NUEVE VIDAS

Peter Swanson

Siruela Policiaca

Peter Swanson

NUEVE VIDAS

Traducción del inglés de
Virginia Maza

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Índice

Cubierta
Portadilla
Dramatis personae
Nueve
1
2
3
4
5
6
7
8
Ocho
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
Siete
1
2
3
4
5
6
7
8
9
Seis
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

12
13
Cinco
1
2
3
4
5
6
7
8
9
Cuatro
1
2
3
4
5
6
Tres
1
Dos
1
2
3
Uno
1
Ninguno
1
Uno
1
Menciones
Notas
Créditos

Para John Merrill Swanson

Las encorvadas, doloridas
y sin linterna en lo oscuro:
ochenta y tres,
tarde o temprano,

las dignas de compasión:
noventa y nueve,
las mortales:
cien de cien.
Cifra que por ahora no sufre ningún cambio.

WISŁAWA SZYMBORSKA,
«Contribución a la estadística»

Dramatis personae

MATTHEW BEAUMONT: un padre desbordado por las complicaciones de la vida en familia que reside en un barrio de las afueras de Dartford, Massachusetts.

JAY COATES: aspira a convertirse en actor de éxito en Los Ángeles, California.

ETHAN DART: se gana la vida como cantautor en Austin, Texas.

CAROLINE GEDDES: profesora de Literatura de la Universidad de Míchigan. Vive con dos gatos en Ann Arbor.

FRANK HOPKINS: propietario del Windward Resort y residente de toda la vida de Kennewick, Maine.

ALISON HORNE: vive desde hace un tiempo en la ciudad de Nueva York, mantenida por la generosidad de un hombre casado.

ARTHUR KRUSE: un enfermero de oncología que llora la pérdida de su esposo en Northampton, Massachusetts.

JACK RADEBAUGH: un ejecutivo jubilado y recién divorciado que ha regresado a la casa de su infancia en West Hartford, Connecticut.

JESSICA WINSLOW: agente de la oficina local del FBI en Albany, Nueva York.

NUEVE

Matthew Beaumont

Jay Coates

Ethan Dart

Caroline Geddes

Frank Hopkins

Alison Horne

Arthur Kruse

Jack Radebaugh

Jessica Winslow

1

Miércoles, 14 de septiembre, 17:13

Jonathan Grant acudía con puntualidad a su casa todos los miércoles por la tarde si nada se lo impedía y la avisaba con tiempo. Ese día era la «noche de chicas» de su esposa (en ocasiones iban a Nueva York, pero solían quedarse en Nueva Jersey), así que Jonathan salía del trabajo a las cinco y, en media hora como tarde, se encontraba en el apartamento de un solo dormitorio de Gramercy Park.

Alison Horne ya estaba preparada cuando el portero llamó al telefonillo para decirle que Jonathan estaba subiendo.

En la misma puerta donde salió a recibirlo, la saludó con una botella de vino de Sancerre, un pañuelo Bulgari que jamás se iba a poner y el correo que le había entregado el portero. Alison empezó a ojear las cartas, pero él se la llevó directa al dormitorio sin tiempo a nada. Llevaba puesto un salto de cama de satén blanco (le gustaba que lo recibiera así) y esperó acostada a que el otro se desnudara. Estaba estupendo para haber cumplido los setenta, con una buena mata de pelo y bastante delgado, aunque los músculos del pecho y de los brazos se le empezaban a descolgar. Se deslizó a su lado bajo las sábanas, ya iba empalmado y con la piel de la cara y del cuello llena de rojeces que delataban la pastilla para la erección que había tomado nada más dejar la oficina. A veces esperaba a llegar a casa y entonces bebían juntos el vino hasta que le hiciera efecto.

Cuando, al terminar, Jonathan se quedó amodorrado, Alison tomó la segunda ducha del día y se vistió como si fueran a salir a cenar, aunque no lo habían hablado. Abrió el vino, se sirvió una copa y echó un vistazo al correo. Dos catálogos, una factura de Amex y una carta sin remite. La abrió con curiosidad. Dentro había una hoja de papel y, al desdoblarla, encontró una lista de nombres:

Matthew Beaumont
Jay Coates
Ethan Dart
Caroline Geddes
Frank Hopkins
Alison Horne
Arthur Kruse
Jack Radebaugh
Jessica Winslow

Extrañada, extendió el papel sobre la mesita y decidió que se lo iba a enseñar a Jonathan. Sacudió las piernas para quitarse de encima el escalofrío que le recorrió la piel. No dejaba de ser inquietante recibir una lista de nombres sin saber por qué. Quizá tuviera algo que ver con Jonathan. Aunque podría decirse que lo conocía poco para el tiempo que llevaban juntos, sabía que estaba forrado. Y la gente con mucho dinero también suele tener enemigos. Puede que reconociera algún nombre de la lista, además del suyo.

Cuando salió del dormitorio iba otra vez vestido, quiso una copa de vino y miró hacia la hoja de papel que le tendió Alison.

—¿Te dice algo? —le preguntó ella.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué es esto?

—Estaba en el correo.

—¿Así, sin más?

—Sí. Es extraño, ¿verdad?

—Muy raro.

Le devolvió la lista a Alison.

—¿Salimos a cenar?

—Me encantaría, pero esta noche estoy pringado. He quedado con unos tipos del fondo de cobertura. Lo siento, Al.

Qué se le iba a hacer. Cuando empezaron a salir —hacía ya un año y medio—, montaba un numerito cada vez que se marchaba. Lo hacía sobre todo por consideración a él, hasta que se dio cuenta de que no hacía falta que le demostrara nada. Él buscaba sexo y compañía, y ella, dinero y (era de suponer) sexo. Antes de irse le dio una Visa de prepago: era su regalo de aniversario, por si no le gustaba el pañuelo.

—¿Cuánto hay?

Jamás le habría hecho esa pregunta cuando llevaban poco tiempo.

—Quiero que sea una sorpresa. Eso sí, para un coche no alcanza.

En cuanto se marchó, Alison Horne llamó a Doug, su mejor amiga, y le propuso cenar juntas. Invitaba ella.

2

Jueves, 15 de septiembre, 10:05

Fue lo más interesante que Arthur Kruse encontró en el buzón al volver de fisioterapia aquella mañana.

Abrió el sobre sin esperar nada digno de mención y le sorprendió encontrar una lista con unos cuantos nombres, el suyo entre ellos. No le sonaba ninguno más.

Tenía tres horas hasta que empezara el turno de enfermería en la unidad de oncología del hospital Cooley Dickinson de Northampton. Acababa de empezar *Un mundo iluminado solo por fuego*, de William Manchester. En verano había leído *Un espejo lejano* y desde entonces se resistía a abandonar la Edad Media. En esas vidas pasadas, en el sufrimiento constante y en la búsqueda de Dios, había algo que le hacía de bálsamo, lo único que lo calmaba desde el accidente de coche que se llevó hacía ya casi un año a su esposo Richard, a su *cocker spaniel* Misty y gran parte de la movilidad de la pierna izquierda. Era increíble que hubiera pasado un año entero. Joan, su pastor (y mejor amigo), le decía que tardaría al menos dos en sentir algo parecido a la normalidad y en recuperar una sombra de felicidad en la vida, pero no terminaba de creerlo. Tenía la sensación de que aquel año interminable iba a repetirse hasta el infinito. Nada le hacía sentirse mejor… En realidad, sí: tenía la historia medieval. Se acomodó con cuidado en la butaca y siguió leyendo el libro de Manchester, aunque no era tan bueno como el de Tuchman. Se quedó dormido a las dos páginas y despertó cuando quedaba una hora para entrar en el hospital.

La pierna siempre le daba guerra después de la siesta, así que fue cojeando hasta la cocina para poner agua al fuego y preparar una taza de té. Mientras esperaba a que el agua hirviera, miró por la ventana que había sobre el fregadero y vio por un segundo al zorro —se llamaba Reynard— que merodeaba por la linde de su terreno. Se movía muy rápido y, justo antes de desaparecer entre los árboles, giró la cabeza y a Arthur le pareció que llevaba algo entre los dientes (¿un pequeño roedor, quizá?). Por una razón que no alcanzaba a entender, aquello lo alegró de pronto. La última vez que había visto a Reynard le preocupó ver lo demacrado que estaba.

Era un día nublado y el sauce que había junto al arroyo empezaba a teñirse de amarillo. Bebió el té frente al ordenador y recordó la lista que había encontrado en el buzón. ¿Para qué era? Podría ser algún tipo de envío automático, un ordenador que se había vuelto loco en algún sitio y

se dedicaba a enviar cartas con nombres al tuntún. Desde luego, cabía la posibilidad. Cuando murió Richard, empezó a hacer pequeñas donaciones a diferentes organizaciones benéficas, así que su nombre debía de estar en más de un centenar de listas de correo. Lo más probable era que ya lo hubieran marcado como «blanco fácil». No pasaba nada. Había cosas peores y recibir correo le hacía ilusión. De pequeño se dedicaba a solicitar catálogos por correo para que le llegaran a casa, hasta que su padre lo pilló y tuvo que dejarlo.

Terminó el té, le confirmó a Joan que se encargaría él de las flores para la misa del domingo y se preparó para ir al trabajo.

3

Jueves, 15 de septiembre, 11:00

Ethan Dart oyó el golpe del correo al caer por el bocacartas de la puerta. Enseguida se fijó en el extraño sobre y lo abrió sin tardar con la esperanza de que llevara la respuesta de algún agente. Acababa de atravesar la temporada más productiva de su vida y había enviado maquetas a una docena de representantes para cantautores. Sabía que aquello era dar palos de ciego, pero tampoco pasaba nada por probar. Dentro del sobre (el matasellos era de la ciudad de Nueva York y eso alimentaba las expectativas), no había más que una hoja de papel con una lista de nombres, nueve, el suyo entre ellos. ¿Le habrían enviado por error el listado de selecciones de algún agente?

Cogió el papel y una taza de café, volvió al dormitorio y encendió el portátil. Ethan escribió el nombre que encabezaba la lista, Matthew Beaumont, y añadió «cantautor» para precisar los resultados. Ninguno, nada que diera a entender que Matthew Beaumont fuera otro cantante en busca de representante. Probó con unos cuantos nombres más, pero no tardó en desistir. Estaba claro que no era una lista de cantautores ni de artistas. Aquello le inspiró una nueva canción, el estribillo diría: «Quiero ser el último de tu lista». Cogió un lápiz, dio la vuelta a la hoja y empezó a apuntar la letra de una canción *country*. La palabra «lista» era fantástica porque tenía muchas rimas, aunque a la vez era una porquería porque todas eran clichés. Vista. Sonrisa. Indecisa. Aun así, escribió tres frases e incluso empezó a escuchar una melodía en la cabeza. Fue a por otro café y a por la guitarra y, después de fumar la primera pipa de maría del día, se puso con la canción.

No volvió a pensar en la lista hasta mucho más tarde, en el bar del casino El Camino de Sixth Street, en Austin. Llevaba una hora con Hannah Scharfenberg y necesitaba algo interesante que contar.

—Esta mañana me ha llegado una lista por correo. Ocho nombres que no conozco de nada y el mío.

—¿Qué quieres decir?

Ethan acababa de abrir una botella de Lone Star y bebió un sorbo que era casi todo espuma.

—Lo que he dicho. Me han enviado una carta y dentro había una hoja de papel con nueve nombres en orden alfabético. El mío era uno de ellos.

—¿Iba escrita a mano?

—No, a máquina. De hecho, la habían impreso con un ordenador.

—Qué raro.

—Puede ser… Lo bueno es que se me ha ocurrido una canción. La he titulado *El último de tu lista*. En una hora la había terminado. Parece de Eric Church.

Hannah, farmacéutica y fanática de los Longhorns, no tenía gran interés por los sueños y esperanzas musicales de Ethan, a quien no se le escapó cómo entornó ella los ojos cuando mencionó la canción. La invitó a un chupito de George Dickel, sacó otro para él y luego la convenció para acompañarla a casa. Allí lo invitó a pasar porque Ashley, su compañera de piso, estaba en Dallas visitando a sus padres. Fumaron algo de hierba y vieron la mitad de *Los Tenenbaums* antes de hacerlo en el futón.

—No podemos seguir con esto —dijo Hannah al salir del baño vestida tan solo con una vieja sudadera de sóftbol.

—¿Por qué?

—Porque estás *saliendo* con Ashley y yo vivo con ella.

—Dice que no somos pareja cerrada.

—Claro que no, pero *vivimos* juntas y sería muy incómodo si se enterase.

—Creo que tú me gustas más que ella.

—Eso no importa.

—A mí, sí.

—Hazme caso, las cosas que te importan a ti no le importan a nadie más, por si aún no te habías enterado.

Convenció a Hannah para que le dejara pasar allí la noche. Antes tuvo que preparar una tortilla de queso y la compartieron en la mesa de desayuno de formica de la cocina. Estuvieron tonteando un rato en la cama de Hannah (en realidad, un colchón en el suelo), hasta que le dijo que el Ambien empezaba a hacerle efecto y que iba a dormir. Dio media vuelta hecha un ovillo y Ethan, sin quitarle la mano de la cadera, hizo un repaso del día; se preguntó si Hannah no habría dado en el clavo con aquello de que lo que le importaba a él no le importaba a nadie más. Eso explicaría muchas cosas.

Antes de quedarse también dormido, pensó en la lista. Se sabía de carrerilla siete de los nombres (tenía una memoria casi fotográfica), pero no recordaba el último. Apenas le había prestado atención. Luego repasó la letra de su nueva canción y se dio cuenta de que era una bazofia, entonces se durmió.

4

Jueves, 15 de septiembre, 13:44

El nombre que Ethan Dart no conseguía recordar era el de Jessica Winslow. El jueves recibió la lista en una carta a la atención de la agente especial Winslow de la oficina local del FBI en Albany. Llevaba un sello sin denominación arriba a la derecha y, por el matasellos, venía de Nueva York. Habían enviado el sobre dos días antes.

No era habitual que le llegara correo a la oficina, mucho menos algo tan misterioso. Nada más que unos nombres. El instinto le dijo que sujetara la carta por los bordes y la dejara con cuidado en el escritorio. Llamó a su supervisor y le pidió a Aaron Berlin que se acercara a su despacho.

—¿Conoces los demás nombres? —le preguntó.

Solo cinco minutos después, lo tenía pegado a la espalda. Aunque ya había leído la lista varias veces, la volvió a repasar para sus adentros.

—El único que me suena es Arthur Kruse, pero solo porque mi padre hablaba de un amigo que se llamaba Art Kruse, aunque puede que lo recuerde mal. La verdad es que siempre pensé que el apellido se escribiría Cruise, como Tom Cruise.

—¿No lo conocías?

—No, mi padre solo lo mencionaba en ocasiones. Cuando alguien le hablaba de una cabaña en el lago o de irse a vivir a orillas de un lago, papá siempre decía algo así como «en la universidad pasé un verano en la casa del lago de Art Kruse». Le tomábamos el pelo, por eso lo recuerdo.

—No es un nombre muy común.

—¿Kruse? En realidad, sí. Aunque para un alemán. En Google he encontrado unos cuantos Arthur Kruse, pero todos son alemanes. Alemanes de Alemania.

—Hum.

Jessica se giró en la silla y miró hacia Aaron. Nunca lo había visto desde ese ángulo y se fijó en la cantidad de pelo negro que le crecía dentro de los orificios nasales.

—¿Tú qué opinas? —dijo.

El hombre se encogió de hombros.

—Mándala a laboratorio si quieres. Puede que no sea nada. Algún error informático que se dedica a enviar correo basura.

—Podría ser.

Cuando Aaron se marchó, metió el sobre y la hoja de papel en bolsas de

plástico diferentes y las dejó junto al correo. Luego siguió estudiando el expediente del juicio por asesinato de William Brundy en el que debía testificar una semana después. Aún tenía la esperanza de que la Fiscalía llamara para decir que habían llegado a un acuerdo antes de ir a juicio, pero ya parecía tarde. William Brundy era un agente de policía de Stark, en Nueva York, que había asesinado a su exmujer y simulado un allanamiento en su rancho de dos plantas. Habían enviado a la oficina las muestras de sangre y las fotografías de la escena del crimen, y pusieron a Jessica al frente de la investigación. No era que le importara gran cosa testificar en un juicio, pero el abogado defensor de Brundy era un cenutrio llamado Elliot Skenderian que siempre se las arreglaba para sacarla de quicio. Si Jessica tuviera una diana, pondría una foto de su cara en el centro.

En cuanto dieron las cinco y antes de salir de la oficina, echó otro vistazo a la enigmática lista y anotó los nombres en la aplicación de notas del móvil. Por la noche podría seguir gugleando un poco mientras veía algún capítulo de *The Good Wife*. Si algo la relacionaba con esas personas, iba a encontrarlo. A internet le gustaba desvelar secretos.

No le sorprendió ver a Aaron Berlin en el Club Room después del trabajo, pero sí que no estuviera solo. Compartía mesa con Roger Johnson, el agente especial al mando saliente, que le pidió que los acompañara cuando la vio entrar en el bar.

—Muchas gracias, pero cenaré en la barra con Anthony.

El camarero ya la esperaba con una copa de *pinot noir* y ella se sentó en un taburete alto con asiento de cuero. Le dio por pensar si estaría mal visto haber rechazado a sus compañeros para cenar sola en la barra, pero enseguida se quitó la idea de la cabeza. Johnson se iba a trasladar a la oficina de Schenectady y Berlin… En fin, a Berlin que le dieran.

Paladeó el vino, entretenida con el crucigrama de *The Times* y la ayuda de Anthony en cuanto tenía un segundo libre. Pidió otra copa, media ración de *penne* con salsa *puttanesca* y una ensalada jardinera. Cuando terminó el crucigrama (solo dudaba de una respuesta), volvió a guardar el periódico plegado en el bolso, pagó la cuenta y se preparó para irse.

—Anthony, dos Belvedere con hielo —dijo Aaron, que se sentó en el taburete de al lado.

—No, gracias, Aaron. Estaba a punto de irme a casa.

Por detrás de Aaron, Jessica vio a Roger ir hacia la salida.

—Solo una copa, Jess. Quédate, por favor.

Aceptó. Para su sorpresa, Aaron le hizo unas cuantas preguntas sobre cómo le iban las cosas antes de meterse de lleno en su tema favorito: su aventura y por qué lo habían dejado.

—Estás casado.

—Más o menos. Más menos que más. Sé que mi mujer tiene algún que otro lío.

—Eso no es lo importante.

—Entonces, ¿el qué?

—Sinceramente, ni siquiera sé si quiero una relación, pero si la quisiera, sería con alguien de mi edad, que estuviera libre y sin hijos, que no trabajara conmigo ni fuera narcisista…

—Ese tipo me cae mal.

Jessica sonrió, aunque esa clase de bromas sin gracia era de las cosas que había llegado a detestar. Cuando empezaron a quedar, saltaban chispas entre ellos. Aaron era algo capullo (siempre lo había sabido), pero se tomaba su trabajo muy en serio, era empático y al principio, durante una semana, incluso pensó que se podrían enamorar. Bebió un sorbo de vodka, tenía los labios algo adormecidos y se dio cuenta de que había sido un error aceptar otra copa. Decidió cambiar de tema.

—¿En serio que no te ha parecido extraña la lista del correo?

Aaron le estaba haciendo señas a Anthony con la mirada para que les sirviera dos más.

—¿Perdona? ¿La lista de nombres? ¿Estás preocupada?

—Preocupada no. Pero me ha extrañado, es rara.

—Supongo… Si quieres, le digo a Rick que busque coincidencias en la base de datos. Quizá encuentre alguna conexión. Quién sabe, igual habéis ganado tres días gratis en unos apartamentos multipropiedad de Fort Myers.

—Puede que tengas razón. Será un fallo en algún sistema de correo comercial.

Llegaron dos vodkas más y Jessica miró el vaso, sabiendo que la distancia entre beberlo y no era la que separaba una noche de sueño reparador y tener a Aaron metido en la cama.

Bajó del taburete y empezó a ponerse el abrigo.

—Lo siento, Aaron. Tengo que acostarme temprano.

Él torció el gesto.

—De acuerdo —le dijo—. ¿Quieres que almorcemos mañana a primera hora?

—Claro.

Anthony miró a Jessica y a ella le pareció ver un gesto de aprobación. Aunque nunca se lo había dicho, a Anthony no le gustaba mucho Aaron.

—¿Ya te marchas? —preguntó el camarero con un atisbo de sonrisa en la cara.

—Sí, Anthony. Gracias de nuevo, y dile a María que me ha encantado la pasta.

Anthony ya estaba cogiendo la botella de vodka cuando Aaron lo detuvo.

—No te preocupes, T, lo dejamos para otro día —dijo vaciando la copa de Jessica en la suya.

Ella terminó de anudarse la bufanda, dio medio vuelta y se marchó

antes de cambiar de opinión. Sin duda, necesitaba dormir.

5

Jueves, 15 de septiembre, 14:00

Caroline Geddes tenía tutoría los jueves. Apenas iba ningún alumno, así que desde hacía un tiempo dedicaba esas dos horas a escribir con tranquilidad. Aquella semana solo pasó por el despacho Elaine Cheong. Apareció sin avisar y, en cambio, los dos alumnos que le habían pedido cita no se dignaron a hacer acto de presencia. Caroline era profesora desde hacía el tiempo suficiente (una docena de años ya) como para advertir que el correo electrónico había transformado la relación entre profesores y alumnos. Ahora los estudiantes trataban de ingeniárselas para resolverlo todo por correo o en la wiki que preparaba para las asignaturas grandes. Por allí le enviaban los trabajos atrasados, elaboraban excusas e incluso le hacían la pelota para subir nota, todo por *email*. Incluso tenía la sensación de que el curso pasado un alumno se le había insinuado por esa vía, aunque, a pesar de llevar veinte años analizando textos, todavía no tenía claro qué había querido decir con lo de «ojalá fuera mi profe d refuerzo. s brma vms». Le costó casi un día descifrar que «s brma vms» era «es broma, nos vemos».

Con lágrimas en los ojos, Elaine le explicó a Caroline que llegó tarde a la segunda clase del semestre porque no había sonado el despertador. Por eso no pudo hacer el examen sorpresa.

—No es justo que no pueda intentarlo —insistió.

—Solo era un control, apenas contará en la nota final.

—Pero tengo que sacar sobresaliente en esta asignatura.

—¿Sabes qué, Elaine? Voy a repetirte el examen. Vamos a hacerlo ahora mismo.

Caroline cogió un folio y anotó aprisa tres nuevas preguntas sobre un poema de Wordsworth; no era de los que habían repasado en clase por la mañana, pero sí entraba para examen. Caroline le pasó la hoja de papel a su alumna y le dijo que tenía diez minutos.

—Pero este no es el mismo examen.

A Elaine se le habían marcado dos surcos profundos en la frente, por lo demás completamente tersa.

—Claro, es un examen sorpresa nuevo.

Caroline sacó un libro y empezó a hacer como que leía mientras observaba a la chica, que se mordía el labio inferior tan fuerte que se dejaba marcas.

—Pensaba que no teníamos que memorizar fechas.

—Tú hazlo lo mejor que puedas, al menos sacarás algo más que un cero.

Elaine se encorvó sobre el papel, garabateó algunas respuestas y, justo cuando Caroline iba a anunciar que el tiempo había terminado, deslizó el control sobre la mesa.

—Tampoco me parece justo —dijo, pero tan bajo que Caroline casi no la oyó.

—Te veré en clase la semana que viene —dijo Caroline y Elaine se marchó hecha una furia con el móvil ya en la mano.

Imaginó que estaría diciéndole a alguien que la profesora de Literatura era una perra. Qué más daba, solo quedaban veinte minutos de tutoría. Echó un vistazo al correo electrónico. No tenía que responder nada, así que abrió el mensaje que le había enviado un par de semanas antes David Latour, el profesor de la Universidad McGill que conoció en verano cuando impartió la conferencia sobre Joanna Baillie en el congreso de Teorías Académicas de Toronto.

En un correo le confesó cuánto le había gustado la exposición y le envió también un poema de Louis MacNeice titulado *Lobos*, convencido de que le gustaría. El primer verso era «No quiero seguir siendo reflexivo» y Caroline no podía sacarse la frase de la cabeza desde que la leyó. Releyó el poema y estuvo a punto de escribirle a David para decirle otra vez que había acertado, pero cambió de idea. Le bastaba con haberle respondido ya un día y pensar que podría verlo de nuevo en otra ocasión y hacerlo en persona.

Cuando terminó la tutoría, cruzó el campus para coger el Prius que esperaba aparcado y volvió a su casa de dos dormitorios en la zona de Water Hill de Ann Arbor. Fable, el más intrépido de sus gatos, había pasado todo el día fuera y la tranquilizó ver que la esperaba en el porche. También respiró aliviada al descubrir que no había cazado nada ni la aguardaba con un pájaro muerto sobre el felpudo. Entró tras ella, levantó las orejas grises y salió corriendo hacia el comedero de la cocina. Estrella, la asustadiza gata atigrada, saltó a la mesa del comedor para saludarla. Caroline echó una ojeada al correo y levantó un sobre blanco que llevaba su dirección impresa en una etiqueta postal con fuente Courier. A la derecha había pegado un sello sin denominación con la bandera de Estados Unidos. Tampoco había remite.

Aunque era del todo impersonal, tenía algo que la hacía personal de alguna manera. Dejó a un lado el recibo del impuesto al consumo y las cartas de ong para pedirle un donativo (estaba *claro* como el agua que Pet Smart había vendido su dirección a alguna lista de correo comercial) y abrió el sobre con la uña.

Dentro no había más que una hoja de papel impresa por ordenador, con la misma fuente Courier que la etiqueta.

Matthew Beaumont
Jay Coates
Ethan Dart
Caroline Geddes
Frank Hopkins
Alison Horne
Arthur Kruse
Jack Radebaugh
Jessica Winslow

Caroline miró si había algo más dentro del sobre, pero salvo por la lista estaba vacío. No le sonaba ningún nombre aparte del suyo, por supuesto.

Estrella intentó frotar el morro contra el papel y Fable maulló alto desde la cocina para reclamar su comida. A Caroline se le pasó una idea terrible por la cabeza: «Es una lista de muertos. Alguien nos quiere ver muertos». Fue un acto reflejo, igual que, cada vez que sonaba el teléfono, lo primero que pensaba era que había ocurrido alguna desgracia. Volvió a leer la lista y, para sus adentros, se rio de lo macabra que era. Claro que todos los de esa lista iban a morir, antes o después morirían. Desde luego, era una idea estremecedora y le recordó el libro de Muriel Spark, *Memento mori*. En fin, estaba dándole demasiadas vueltas a una lista que en realidad no tendría mayor trascendencia. Pero, después de todo, a eso se dedicaba ella: se pasaba la vida dándoles vueltas a las cosas.

«No quiero seguir siendo reflexivo —recitó—, envidiando y retando hechos insensatos». MacNeice llevaba razón en eso, aunque probablemente estaba pensando en la situación política de Alemania en el preámbulo de la Segunda Guerra Mundial y no en la afición por analizarlo todo en exceso. De todas formas, en privado (en clase no) se permitía interpretaciones personales de las obras literarias. ¿Cómo continuaba el poema? ¿Era eso de «no quiero ser un coro reflexivo o trágico», no sé qué, no sé cuántos y, luego, «y que el mar pase después sobre nosotros»? Puede que esa noche memorizara el poema. Aquello era lo único bueno que le había enseñado su madre: memorizar y recitar poesía.

Caroline acarició a Estrella en el pescuezo y notó el temblor de un ronroneo en los dedos. Después fue a la cocina y le dio de comer a Fable.

6

Jueves, 15 de septiembre, 12:33

Echó un vistazo a la lista y la tiró al cubo de la cocina sin concederle mayor importancia. Aquel día Jay Coates se iba a presentar al *casting* para un anuncio y tenía una buena corazonada. Era de arroz instantáneo y él sería el chef estirado que quedaba embelesado por el arroz cutre precocinado. La convocatoria era a las tres de la tarde en Burbank, así que aún le quedaban dos horas para coger el BMW y ponerse en marcha.

Aunque había salido a correr nada más levantarse, sacó la máquina de remo y estuvo con ella una hora entera, tiempo que aprovechó para ver de una vez el episodio de *NCIS* en el que salía su amiga Madison. Tenía la grabación desde hacía semanas y ella no paraba de preguntarle si la había visto, quería sus observaciones. «Observaciones. Joder». ¡Era *NCIS*! Salía en dos escenas, con tres frases de diálogo en total. Hacía de entrenadora personal en un gimnasio y el director del capítulo se aseguró de que las tetas (seguro que le parecieron auténticas) quedaran encuadradas a la perfección en todo momento. Cuando terminó de ver el episodio, Jay se quitó un peso de encima al saber que a) era un papel de mierda y b) Madison lo había hecho de pena. Aquel podía haber sido su gran salto y había tardado tanto en verlo por miedo a que lo hubiera clavado y le dieran más trabajo. *Eso* era algo que no habría podido soportar en aquel momento.

En cuanto aparcó en una plaza para visitas del parque empresarial con edificios de una planta donde tenía su sede Buchman Creative, Jay se metió dos tiritos de coca que guardaba para la ocasión y echó a andar a más de treinta grados de temperatura por el asfalto pegajoso y con los dedos cruzados para no empezar a sudar antes de la prueba. La recepcionista —por el acento parecía del Medio Oeste— no lo hizo esperar. Rechazó la botella de agua mineral y pidió un vaso del grifo. Madison se lo había recomendado: si pides agua del grifo, parece que tienes los pies en la tierra. Repitió sus frases delante de los dos guionistas de publicidad (unos cretinos que podrían ser más jóvenes que él, aunque no lo tenía del todo claro) y de Amy Buchman. La directora de la agencia había pasado a dar una vuelta porque tenía cinco minutos libres. Al marcharse, Jay vio a Dan Sweden en la sala de espera. Ambos hicieron como que no se habían reconocido.

Una hora después lo llamó su representante para decirle que no lo

habían cogido, pero que a Amy le había gustado mucho y que si tenían algo que le encajara… Esas cosas. Cuando lo llamó estaba dando una vuelta por el Brentwood Country Mart, decidiendo si comprar unas deportivas nuevas en James Perse. En lugar de las zapatillas, fue a por unos aros de cebolla a Barney's Burgers, se sentó en una mesa y, echando humo, empezó a buscar a una buena candidata. Tardó veinticinco minutos, pero por fin la vio cuando estaba a punto de terminar los aros. Era perfecta: veintimuchos, *leggins*, no tan guapa como le habían hecho creer y sola del todo. La siguió, sabía hacerlo sin llamar la atención ni perderla de vista. Fue pisándole los talones hasta Christian Louboutin y, mientras ella hacía como que podía permitirse un par de aquellos zapatos, Jay se acercó al mostrador para preguntar si Tracy todavía trabajaba en la tienda. La mujer pareció confundida hasta que cayó en la cuenta.

—¿Se refiere a Theresa?

—Sí, exacto.

—Solo trabaja el fin de semana.

—Gracias —dijo Jay y salió por la puerta al mismo tiempo que la rubia.

La siguió hasta el aparcamiento y la vio acercarse a un Honda Civic azul metalizado que le compraría su padre al cumplir los veinticinco. «Es un coche muy fiable, cariño», le diría con convencimiento y ella le respondería cuánto lo quiere, con un beso la mejilla.

Cuando subió al coche y salió del aparcamiento, Jay echó una carrera hasta el BMW y la alcanzó en San Vicente, en dirección este. Fue su sombra hasta Koreatown y memorizó la matrícula. La chica aparcó en la puerta de un edificio de apartamentos de dos plantas y cruzó las puertas de cristal con una llave que llevaba en el mismo llavero que la del coche. Vivía allí. Jay entró en el centro comercial de enfrente, aparcó en un sitio desde donde podía vigilar el edificio y encendió uno de los dos cigarrillos Parliament que se permitía al día. Cogió el móvil y buscó #brentwoodcountrymart en Instagram; aunque no esperaba encontrar nada, tampoco le sorprendió ver que la imagen más reciente, un primer plano de la espuma de un café con leche en forma de corazón, la había publicado una tal «abbybritell». Casi todas sus fotos eran selfis y le confirmaron que era la rubia a la que había seguido. Se presentaba como actriz, escritora y profesora de taichí.

Ya lo tenía, era suya. Su nombre y sus fotos personales. Sabía dónde vivía y cuál era su coche. También sabía, no tenía ninguna duda, que podía asesinarla en las próximas veinticuatro horas. Y que nadie lo iba a atrapar. No había nada que relacionara a Jay Coates de West Hollywood con Abby Britell de Koreatown. Ya veía los titulares. Asesinan a una bonita chica blanca en Hollywood. Saldría en todas partes. Empezó a fantasear con cómo sería, pero se frenó. Ya habría tiempo para eso; en aquel momento, el mero hecho de haber averiguado su nombre y su dirección le daba un subidón de adrenalina. Se sintió mejor mientras sacaba el coche

del aparcamiento y volvía a casa. Creyó que se iba a sentir igual de bien hasta llegar, pero no fue así: le faltaba algo. Había sido demasiado fácil seguirle el rastro a esa mujer, quizá necesitaba dar un paso más en el juego y hacerle daño de verdad a una de esas zorras engreídas para descubrir qué se sentía.

Esa noche, después de hacer cien flexiones y a continuación su rutina facial, llamó a Madison para decirle que la había visto en *NCIS*.

—Vaya, por fin. ¿Y bien?

—Buenísimo. Y tus tetas…

—Lo sé, quedaban estupendas. ¿Puedes creer que me dieron tres frases?

—Técnicamente son dos.

—Ya, bueno. Tienes razón.

—Pero es estupendo. Lo has hecho muy bien, Mads, tienes que estar contenta.

—Sí. Gracias, Jay.

No le contó nada de la prueba, pero, antes de colgar, le dijo:

—Por cierto, un maquillaje brutal el de *NCIS*, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—¿No recuerdas lo preocupada que estabas? Tenías algo de sarpullido. Casi ni se notaba. A ver, yo me he dado cuenta, pero porque lo sabía. El maquillaje lo disimulaba a la perfección.

—Es verdad —le respondió—. Lo hicieron bien.

Jay percibió la inseguridad que se le colaba en la voz; terminó la llamada a toda prisa y se metió bajo las sábanas. Para dormir se preguntó cómo sería tener el valor de ir a visitar a Abby Britell o alguna otra aspirante y hacerles las cosas con las que soñaba. Enseñarles quién mandaba de verdad. Estiró la mano y se agarró la polla, estaba tan dura como una barra de acero, pero no se permitió hacer nada más que tocarla. Siguió un poco más con Abby Britell, pero al rato estaba pensando en Amy Buchman («Amy no te ha elegido, Jay, pero le has gustado mucho») y en cuánto le gustaría atarla y coger una barra de acero de verdad y ahogarla con ella. Esa idea por fin lo calmó lo suficiente como para quedarse dormido.

7

Jueves, 15 de septiembre, 17:15

En el viaje de vuelta a casa desde el trabajo —cuarenta minutos a solas que acababan demasiado pronto—, Matthew Beaumont se dedicaba a pensar en las cosas de la vida. Lo hacía a diario, era su rutina para recordar lo bueno y tener presente lo que debían mejorar.

Aquel día se iba diciendo que Emma, la mayor, era una adorable niña de séptimo curso que empezaba a mostrar señales más que evidentes de inseguridad y angustia, igual que su madre. Pero era tan bondadosa y complaciente que resultaba fácil olvidarla en el caos en el que estaban sumidos. «Préstale atención, tiene que saber que al final todo saldrá bien». Alex estaba a punto de cumplir los ocho años y por fin habían conseguido un diagnóstico oficial: no solo tenía TDAH, sino también trastorno negativista desafiante, lo que explicaba ciertos problemas de conducta. No todos, como insistió Nancy; aun así, ese diagnóstico era un primer paso y serviría para que el colegio elaborara un plan de estudios adaptado. El pequeño Joshua estaba bien, salvo por las persistentes sinusitis. Tenía que volver a sacar el tema de las terapias alternativas con Nancy, que insistía en darle antibióticos. Puede que esa noche no fuera el momento, pero quizá sí el fin de semana. Según cómo la viera de humor.

Entró por Trail Ridge Way, una calle larga y casi vacía que terminaba en un callejón sin salida flanqueado por tres flamantes mansiones de estilos muy dispares. La suya era la italianizante; al menos era italiana por fuera, aunque por dentro era palladiana (como se dijera) sin lugar a duda. Al pensar en la casa, su mente volvió con Nancy. ¿Estaba mejor o peor en los últimos días? Ya ni siquiera lo tenía claro, aunque en esas semanas había centrado sus obsesiones en Alex y en las últimas pruebas del diagnóstico, y tenía algo aparcada la «aventura» de Matthew con la nueva secretaria de dirección. Se equivocaba en lo de la aventura, por supuesto; salvando alguna fantasía que se permitía de vez en cuando —en realidad, solían ser con la jefa del departamento jurídico Ellen Matthiessen—, Matthew había sido fiel durante los quince años de matrimonio. En julio salió a tomar unas copas con el equipo y acabó acompañando a Jada Washington hasta su apartamento en el South End antes de coger el coche en el Back Bay, era cierto. Sin embargo, Jada no paró de hablar de su afición por los libros de *Cazadores de sombras* y le recordó más a su hija que a cualquier posible objeto de deseo. Cometió el error de contarle a Nancy cómo había

acabado la noche, pensando que le resultaría divertido que la «secretaria de dirección» tuviera tanto en común con su hija doceañera. Pero a ella no le hizo ni pizca de gracia y estuvo toda la noche acusándolo de infiel, y los dos, sin pegar ojo. Al final consiguió convencerla de que no había ocurrido nada, pero tuvo que pasar lo que restaba de verano tratando de persuadirla de que tampoco había querido que ocurriera nada. Ahora llevaba más de una semana sin sacar el tema a relucir y podía ser (solo podía) que se hubiera acabado.

Metió el Lexus en el garaje de cuatro plazas y se quedó ahí un rato, escuchando unos minutos más su mezcla de Foo Fighters; luego, cruzó el vestíbulo y fue a la cocina, donde encontró a Nancy apoyada en la isla y con una hoja de papel en la mano para que la viera nada más entrar.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—Dímelo tú.

Se acercó vacilante justo en el momento en que Alex entró corriendo en la cocina con el disfraz de ninja que había elegido para Halloween, espada samurái de plástico incluida. Matthew esquivó los ataques de Alex mientras cogía la hoja que le tendía Nancy. Era una lista con unos cuantos nombres, entre ellos el suyo. No le sonaba ninguno más.

—¿Esto qué es? —le preguntó a su esposa, y luego, dirigiéndose a su hijo, gritó—: ¡Alex, ya basta!

—No lo sé. Ha llegado hoy por correo y estoy segura de que no debería haberla visto. La verdad, ojalá no lo hubiera hecho, pero ahora que es así me gustaría saber de qué se trata. Es una especie de mensaje en clave.

—No tengo ni idea. ¡Alex, ya vale! Ve a buscar a Joshie y pregúntale si quiere jugar. Nance, ¿a qué viene esa cara? ¿Qué quieres decir con lo del mensaje en clave?

—Bueno, no entiendo de qué va. Solo eso.

—Yo tampoco lo entiendo. Lo más seguro es que no sea nada, se habrán equivocado. ¿Qué ponía en el sobre?

Nancy dio media vuelta y cogió el sobre de entre las cartas que había sobre la encimera de granito. Emma entró en la cocina y abrazó a Matthew mientras Alex se marchaba para buscar a su hermano pequeño; estaría escondido porque Joshua era el único niño de seis años del país que no quería jugar a peleas.

—No pone nada, por eso me pareció tan sospechoso.

Emma le quitó la hoja de papel a su padre y empezó a leerla.

—Sinceramente, Nance, no tengo ni idea.

—A mi instituto va Abby Horne, pero creo que no hay ninguna Alison Horne —dijo Emma.

—Bueno, es igual —dijo Nancy, sirviéndose una copa de vino—. Me pareció sospechoso, eso es todo. Le habré dado demasiadas vueltas.

—¿Qué creías que era, mamá? —preguntó Emma, con una voz rayana en el desdén.

Matthew había notado que, a medida que Emma se hacía mayor, también se volvía más crítica hacia su madre, como si empezara a advertir algunos de los matices más erráticos de la personalidad de Nancy. La idea no lo reconfortaba.

Joshua entró en la cocina hecho un mar de lágrimas y con una marca rosada atravesándole la mejilla. Matthew fue a buscar a Alex: la espada samurái había sido un error garrafal.

8

Viernes, 16 de septiembre, 07:00

Los primeros días de septiembre eran la mejor temporada con diferencia. Seguía siendo verano, las frías aguas del océano Atlántico eran más cálidas que el resto del año y los turistas se habían largado —al menos los que van con mocosos—. El tramo de playa que unía el Windward Resort con el espigón estaba prácticamente desierto (solo una figura se agazapaba cerca de las pozas de marea) cuando Frank Hopkins salió a dar su paseo matutino, una media hora después del amanecer. El cielo era del color desvaído de una sopa de pescado y la bruma estaba suspendida sobre la arena. Llevaba pantalones cortos y náuticos, pero se había puesto un viejo jersey de algodón por encima del polo. Tenía la sensación de que esos días refrescaba más por la mañana. O quizá los huesos se le estuvieran enfriando. «Enfriando y avejentando», rimó por dentro y un ataque de tos lo obligó a parar.

De nuevo en marcha, estuvo a punto de pisar el cadáver de una gaviota medio sepultado en la arena movediza. Quedaban a la vista parte de un ala, la espina dorsal y lo que parecía el pico entreabierto como si graznara. Se le revolvió el estómago, aunque lo más seguro era que fuera por la copa de brandi que tomó por la noche en su habitación después de echar el cierre. Sabía que no le hacía bien, pero tampoco pudo contenerse recostado en la cama sobre cuatro o cinco almohadas mientras trataba de recordar qué le había dicho Shelly en el bar, algo sobre que su esposo quería mudarse a Florida. Entendió que no le hacía gracia, pero en el bar fue creciendo el bullicio y no consiguió descifrar el resto. Shelly servía en la barra del Windward desde hacía una década y no quería que se fuera, pero también suponía que era inevitable. Los camareros van y vienen. Igual que las esposas e igual que los años. Aun así, perder a Shelly le iba a doler. Pasar la noche con ella, aunque cada uno estuviera en un extremo de la barra, era lo mejor del día.

Levantó la vista para ver cuánto quedaba hasta el espigón y empezar el camino de vuelta. A pesar de la vasta capa de bruma que escondía el sol, el cielo resplandeciente lo obligó a entornar los ojos. Se tambaleó. ¿En qué estaba pensando? ¿En que Shelly lo iba a abandonar? ¿O era en su segunda esposa Gloria y en cómo se marchó sin más una mañana para no volver? Desde hacía un tiempo tenía los recuerdos cada vez más embrollados: cosas que le habían pasado de niño parecían de pronto

salidas de ayer y lo que ocurría ahora, como la interminable reforma de la galería, se confundía en una nebulosa vida pasada que no alcanzaba a recordar del todo.

¿Cómo había envejecido tan rápido? Tenía que dejar la bebida. Esa misma noche le iba a decir a Gloria que por cada trago que tomara, cada trago de verdad, bebería también un agua con gas. Eso estaría bien. Quizá así no despertaría en mitad de la noche con la boca tan seca que la lengua parecía un estropajo nuevo. Decidido, esa noche iba a empezar a beber más agua con gas. Se acabó el brandi acostado en la cama. Además, iba a pedir el pescado del día y nada de hamburguesa con queso. Gloria iba a quedar impresionada —no, Gloria no, Shelly— y puede que al final no lo abandonara. Le gustaba cómo bajaba la voz para hablarle, esa intimidad, aunque a veces no entendiera lo que le decía.

Ya estaba a punto de llegar al espigón cuando el disco solar asomó en el cielo, la niebla empezaba a evaporarse. Dirigió la mirada hacia la roca cubierta de percebes que siempre tocaba con superstición antes de dar media vuelta. Su forma le recordaba la figura de una niña acurrucada con la cabeza entre los muslos, y su pelo, las algas negras que había enganchadas en la roca hasta la línea de pleamar. La piedra, como la playa, apenas había cambiado en todo lo que llevaba de vida. Pero aquella mañana, para su sorpresa, lo aguardaba encima un sobre de papel sujeto con un guijarro gris, redondo y con un anillo blanco. Frank recogió la carta y, como la vista le fallaba, la sostuvo a la distancia exacta que necesitaba para leer la etiqueta de envío. Ahí estaban su nombre y su dirección. Qué extraño, no podía ser verdad. ¿Por qué había una carta para él en el rompeolas? ¿Estaba soñando? Tendría sentido. Se le repetían los mismos sueños una y otra vez, y solían suceder en esa playa y junto a ese espigón. Parpadeó a toda velocidad como para comprobar que aquello era la realidad, luego bajó la mirada y descubrió que el sobre seguía en la mano y que estaba húmedo. Con el pulso tembloroso lo abrió y sacó una hoja de papel. No sabía qué iba a haber dentro, pero desde luego no contaba con aquella lista. Leyó por encima los nombres, se fijó en el suyo y de primeras no reconoció ninguno más.

Cuando se disponía a dar media vuelta para ver quién había sido, notó que unas manos lo agarraron con fuerza por los tobillos, tiraron con violencia de él y lo lanzaron de bruces sobre la arena mojada. Se golpeó la cabeza contra el borde de la piedra que le marcaba el camino de vuelta y de repente tenía lágrimas en los ojos y un dolor húmedo y penetrante en la sien. Su atacante lo levantó por el cinturón y lo arrastró medio metro por la arena hasta dejarlo con la cara hundida en un agujero pequeño y poco profundo pero inundado en agua. Intentó levantarse, pero los brazos no le respondían y empezó a pedir ayuda a gritos. La persona que tenía sentada sobre la espalda le metió a la fuerza la cara dentro del charco. La punzada de un dolor terrible le aguijoneó la nariz y la boca se le llenó de arena y

agua.

—¿Sabes por qué vas a morir? —le susurró una voz al oído.

Frank tosió y sintió el sabor de la sangre caliente y salada mezclada con la arena que le cubría la boca.

—No —dijo, aunque en parte *sí* lo sabía. Tenía que ver con el rompeolas, cómo no. Y con esos sueños.

La voz habló de nuevo. Aquel aliento le resbalaba por la piel y lo que oyó decir a su asesino le hizo comprender que había acertado. Igual que sus sueños. Así que por un instante sintió algo parecido a la paz, el mundo real se empezaba a mezclar con el onírico para crear un único lugar: el mundo de su existencia, que avanzaba a velocidad de vértigo hacia el final. Aquellas manos fuertes le clavaron la cara en la arena, y el agua le lamió las orejas. En la oscuridad roja vio círculos concéntricos como pozas de marea que crecían y menguaban. Vio a su madre, que estaba otra vez en la vieja cocina con un delantal sobre el vestido. Le daba la espalda ocupada en los fogones mientras él lloraba para implorar su atención y le decía cuánto lo sentía. «Lo siento, mamá. Lo siento». Pero ella no se giraba. Incluso la oscuridad empezó a menguar hasta que solo quedaron pozas de marea, su madre sin darse la vuelta, el mundo cada vez más pequeño, respirar agua en lugar de aire.

OCHO

Matthew Beaumont

Jay Coates

Ethan Dart

Caroline Geddes

Frank Hopkins

Alison Horne

Arthur Kruse

Jack Radebaugh

Jessica Winslow

1

Viernes, 16 de septiembre, 08:45

El detective Sam Hamilton se encontraba a un par de metros del cadáver tratando de memorizar hasta el último detalle de la escena del crimen. La víctima estaba tendida boca abajo, con una pierna ligeramente levantada como si durmiera. Tenía la cara hundida en la arena mojada y lo único que se veía de la cabeza era el pelo gris y la nuca bronceada.

—¿Seguro que es Frank Hopkins?

De pie junto a Hamilton estaba Lisa Banks, una agente de policía de Kennewick.

—Eso piensa Jim, y yo también. Es su ropa, ¿no? Creo que no hace falta verle la cara.

Frank Hopkins era el dueño del Windward Resort, heredó el negocio de sus padres y era un habitual de su propio bar. En Kennewick lo conocía todo el mundo.

—Sí, yo también creo que es él.

Había cuatro agentes más de la Policía local cerca de la escena, pero solo se había acercado al cuerpo Jim Robichaud, que fue el primero en llegar. Habían dado aviso a la Estatal de Maine y los de la Científica estaban de camino.

—¿Qué tiene ahí? —preguntó Lisa.

Sam miró lo que le señalaba. Frank llevaba en la mano izquierda una hoja arrugada de papel blanco, un sobre quizá.

—Esto me preguntaba yo también —dijo Sam.

—¿Lo miramos?

—Mejor no. No nos serviría de nada y podría ser una prueba.

—¿Una prueba de qué? ¿Crees que lo han matado?

—Diría que le hundieron la cabeza en la arena.

—¿No opinas que se desplomó de un infarto y la marea se encargó del resto? Sé que no eres de por aquí, pero habrás estado en esta playa, ¿verdad? Si te acercas a la línea del agua, la arena te arrastra los pies.

—Claro, tienes razón. Simplemente da la sensación de que aquí ha ocurrido algo más.

En cuanto lo dijo, Sam tuvo que preguntarse si no estaría imaginando un crimen donde no lo había. Frank Hopkins no era joven. Ni estaría saludable, a juzgar por el tiempo que pasaba bebiendo en su propio bar. La explicación más probable para lo sucedido era que salió a dar un paseo

y el corazón se le paró sin más. Sam sabía que tenía la inclinación a ver delitos que no existían y puede que lo estuviera haciendo de nuevo.

Con un gesto de indiferencia, Lisa se giró hacia Micmac Road. Le pareció oír un coche y, en efecto, así era: tres todoterrenos de color azul metalizado se acercaban por la carretera. En dirección contraria venía también una furgoneta de las noticias locales.

—Ya están aquí —dijo con sonsonete, y Sam se rio porque estaba imitando a la niña de *Poltergeist*. Echó a andar con determinación hacia los agentes.

Sam no supo qué habían encontrado en la mano de Frank hasta mucho después, ya de vuelta en comisaría: un sobre desgarrado que estaba dirigido al propio Frank. También encontraron un pedazo de papel; si bien estaba empapado, seguía siendo legible y cabía suponer que era el contenido del sobre. En la hoja había una lista de nueve nombres, el de Frank entre ellos. Llevaron la carta a las oficinas de la Estatal sin tardar, pero le enseñaron a Sam una fotografía y leyó los nombres dos veces seguidas. No le sonaba ninguno. También vio una fotografía del anverso del sobre. Ni sello ni matasellos, nada más que una etiqueta con la dirección. Era desconcertante, un misterio en toda regla. Aunque ya lo era sin el sobre. Según el informe preliminar del forense, nada oficial, unos hematomas en la nuca de Frank Hopkins sugerían que le habían hundido la cara en el agua hasta que se ahogó. ¿Quién querría matar a Frank Hopkins en su paseo matutino? ¿Un atracador? ¿Una amante despechada? Las dos opciones resultaban bastante inverosímiles.

Hacía ya quince años que Sam era detective de policía en Kennewick y conocía bien a Hopkins. Fue uno de los primeros residentes con los que tuvo contacto allá por 1999 cuando se mudó a Maine desde Houma, en Luisiana. La entrevista para conseguir el puesto fue en un soleado fin de semana de octubre. Solo cinco semanas después, cuando llegó a Kennewick a principios de diciembre, lo encontró sepultado bajo una mugrienta capa de nieve helada. Sus nuevos colegas le dijeron que era algo pronto para que el sur de Maine pareciera Siberia, pero acababa de emboscarlos un madrugador sistema del noreste seguido de una larga ola de frío. Hubo muchas bromas del tipo «bienvenido al paraíso» y «espero que hayas traído los calzoncillos largos», pero en secreto Sam estaba encantado de que Nueva Inglaterra lo recibiera con aquella belleza nevada. Había pasado sus primeros treinta y cinco años de vida en Luisiana o en Jamaica, de donde era su familia, y en ninguno de esos lugares se sintió en casa. Por algo inexplicable, siempre quiso vivir en otro sitio. Y creyó dar con él en los edificios desvencijados de Kennewick, en su cielo plomizo.

Su primer acto oficial como único detective de policía de Kennewick fue una visita al Windward Resort para investigar un presunto robo. Lo recibió Frank Hopkins, un hombre con el acento de Maine tan marcado que al oído poco acostumbrado de Sam le pareció impostado. Habían

vaciado la caja del bar del Windward; no habría más de un par de cientos de dólares, le dijo Frank, que sospechaba del friegaplatos Ben Gagnon, a quien acababa de despedir. Ben era un chico del pueblo y lo había echado por coger demasiadas bajas.

—Lo despedí ayer —le dijo Frank—, pero Barbara, la mujer de la limpieza, lo ha visto esta mañana y el chico le dijo que había venido a por el finiquito. Verá, eso no es cierto. Enviamos por correo todos los cheques. Luego Barbara, otra Barbara, la que atiende la barra, dijo que habían desaparecido todos los billetes de la caja.

—¿El cajón estaba cerrado?

—Sí..., bueno. Aunque la llave está colgada bajo la barra, así que no haría falta ser un genio para cometer este delito. Escuche, soy amigo de la madre de Ben y, a decir verdad, no sé si quiero presentar denuncia. Lo que no quiero es que piense que se salió con la suya una vez porque podría intentarlo más. ¿Entiende lo que le digo?

—Sí —dijo Sam—. ¿Sabe dónde podría estar Ben?

—Andará por el Cooley's, el bar que hay en la otra punta de la playa. Estará poniéndome a caldo mientras despilfarra mi dinero.

Sam se hizo con una buena descripción de Ben Gagnon, acudió al Cooley's y llevó al chico a comisaría para interrogarlo; lo confesó todo entre sollozos. Frank no presentó denuncia y Ben devolvió el dinero. Había sido el primer caso de Sam en Kennewick y por eso lo recordaría. Desde entonces, además, iba al Windward a tomar un *whisky* con soda los viernes por la noche. Y a lo largo de todos esos años acudía también de vez en cuando al Cooley's a tomar una cerveza, a pesar de ser el único sitio de su nueva ciudad donde fueron racistas con él (o precisamente por eso): pasó en su primer invierno en Kennewick y fue un promotor inmobiliario de Wells, el pueblo de al lado, que iba pasado de copas.

—¿No te han dicho que te has equivocado de color para venir a Maine?

—¿Cómo te llamas, hijo? —respondió Sam deslizando algo de su acento jamaicano en la pregunta.

—No estoy obligado a responder.

—Desde luego que no. No se me olvidará tu cara y un día de estos te detendré, seguro que por ir borracho y con ganas de jarana. Cuando eso suceda, te alegrará saber que sí olvidé lo que acabas de decir.

El hombre puso cara de no entenderlo. La misma que puso un par de años después cuando se emborrachó (esa vez en el hotel Kennewick Harbor) y Sam lo detuvo por tratar de tocarle el pecho a la universitaria que trabajaba al otro lado de la barra de teca. Fiel a su palabra, el detective Sam Hamilton se comportó como si nunca se hubiera cruzado con el promotor Harvey Beach. Esa fue la única vez que le dijeron algo racista en Maine. De hecho, casi todo el mundo había sido agradable, a pesar de la fama de antipáticos que tienen los de Nueva Inglaterra. Eso incluía a Frank Hopkins, el sempiterno propietario del Windward que acababa de

morir asesinado en su paseo de cada mañana.

Sam hizo memoria, se jugaría lo que fuera a que Frank estaba casado cuando lo conoció. Una mujer de pelo moreno que trabajaba en la oficina de correos. ¿No se llamaba Sheila? Se marchó de la ciudad para mudarse a Florida y no invitó a Frank a acompañarla. De eso hacía ya años y él se había convertido en un solterón de estrictas costumbres: el paseo por la playa todas las mañanas sin fallar una, a no ser que hiciera demasiado viento, media jornada de trabajo en la ingente tarea de mantener el Windward Resort abierto y con beneficios, y una larga velada en el salón del Windward bebiendo con parsimonia una Bud Light tras otra. Por lo que Sam sabía, en ese horario no había espacio para relaciones amorosas. Lo que era más, tampoco lo había para enemistades. Frank era un jefe desenfadado y de trato fácil con todo el mundo. Por eso, lo que le había sucedido en la playa no encajaba; a falta de una palabra mejor, era «equivocado». De no ser por la carta, habría pensado que a Frank lo asesinaron por accidente, por un atraco que salió mal o, quién sabe, a manos de alguien que solo quería experimentar lo que se siente al hundirle la cara a un hombre en la arena hasta que muera. Pero ¿qué era esa carta? ¿Qué significaba aquella lista?

Sam buscó los demás nombres en internet para ver si alguno había aparecido en algún caso de asesinato, pero no había nada. Aun así, solo era Google. La Estatal estaría buscando en su base de datos. Seguro que daban con algo, debía de haber algo que conectara los nombres de la lista.

2

Viernes, 16 de septiembre, 12:30

Jessica Winslow iba los viernes a comer al Cece's y casi siempre con Mary de Contabilidad, pero esa semana Mary estaba de vacaciones, así que Jessica pensó en probar el nuevo local de Congress Street, el del escaparate con pollos asados.

Todas las mesas estaban ocupadas, pero quedaba un asiento libre al fondo del mostrador. Pidió un té helado, muslo de pollo ahumado con arroz y alubias, y guarnición de plátanos fritos. El viejo latino del mostrador le examinó la cara y le hizo una de las preguntas que más detestaba.

—¿De dónde eres, *chica*?

Aunque hacía tiempo que no se la hacían, la había escuchado veces más que suficientes en su vida. Esa y la de «¿y tú qué eres?», o la frase menos grosera pero igual de condescendiente: «Pues eres guapa».

—De Maryland —respondió.

—Digo antes.

—De Maryland, que yo sepa.

El anciano arqueó una ceja, pero se dio por vencido y fue al otro extremo del mostrador para sacar un pedido. Jessica era adoptada y lo único que sus padres sabían con seguridad era que llegó de Vietnam. Sin duda tenía algo de vietnamita, pero además una pizca de sangre africana y también blanca. Aunque no podía saberlo, imaginaba que era el fruto de una mujer vietnamita y de un soldado afroamericano. Y, si ese era el caso, era posible que su madre fuera prostituta. Lo cierto era que no le importaba gran cosa. Nunca pensaba en ello hasta que algún desconocido sentía la urgencia de conocer su historia, como si fuera de su incumbencia. Notó que se estaba enfadando y se contuvo. Lo más probable era que aquel viejo no tuviera mala intención y solo quisiera saber si hablaba español. Mucha gente lo daba por sentado al verla.

El abuelo le trajo el muslo de pollo, estaba mucho mejor de lo que le habían dicho. A mitad del almuerzo sonó dos veces el teléfono, que había puesto boca abajo sobre el mostrador; no respondió, en parte porque tenía los dedos pringosos con grasa de pollo, pero sobre todo porque le apetecía disfrutar del resto de la comida. Cuando sonó por tercera vez, dejó el muslo de pollo, se limpió los dedos en la servilleta y miró la pantalla: dos llamadas eran de Aaron y la tercera, de Stephanie la recepcionista.

También había un mensaje de Aaron: «¿Dónde estás?».

Estuvo a punto de escribir, pero prefirió llamarlo. Contestó enseguida.

—¿Dónde estás? —preguntó, se le notaba molesto.

—Comiendo, es la hora del almuerzo.

—¿Te acuerdas de la lista?

—¿La que me llegó ayer por correo?

—Sí. Uno de los nombres era Frank Hopkins.

—Lo recuerdo.

—Esta mañana han asesinado a un hombre llamado Frank Hopkins en un pueblo de Maine, Kennewick.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, muy en serio. Vuelve a la oficina lo antes que puedas.

—Claro, voy para allá.

Estuvo a punto de pedir que le guardaran la comida que le quedaba en un táper, pero cambió de idea. Pagó y se marchó.

Nada más llegar a la oficina, Aaron salió a su encuentro a medio camino entre la recepción y su cubículo. Le pareció que iba desaliñado, seguro que se quedaría hasta tarde en el Club Room.

—Cuéntame qué ha pasado —le dijo.

—Envié la lista para que la analizaran y alguien del laboratorio había leído una noticia sobre el asesinato de un tal Frank Hopkins en Kennewick. Lo habrían averiguado de todos modos, pero aun así…

—¿Qué le pasó?

—¿Al del laboratorio?

—No, a Frank Hopkins. En Maine. ¿Qué te pasa esta mañana, Aaron?

—Perdona, ayer me quedé un rato con Anthony.

—No te preocupes. ¿Cómo murió el tipo de Maine?

—Estaba dando un paseo por la playa cerca de su casa. Lo ahogaron. Le hundieron la cabeza en una poza de marea o algo así.

—¿Y quién era?

—No lo sé. Nadie en especial. Sé que ayer viste su nombre en la lista y que no sabías quién era, pero ¿has seguido pensando en los demás? ¿Hay alguna cosa que pueda relacionarte con ese hombre?

—No.

—El asunto es que…

—Es un nombre muy común.

—¿Frank Hopkins?

—Sí, la verdad.

—Verás, el asunto es que encontraron un sobre en la escena del crimen, iba dirigido a Frank.

—¿Tenía la lista?

—Exactamente la misma, también salías tú.

—Mierda —dijo Jessica.

—Exacto —respondió Aaron.

3

Viernes, 16 de septiembre, 13:33

El teléfono fijo de Ethan Dart empezó a sonar en el momento exacto en el que cruzaba la puerta del apartamento. Miró la pantalla para asegurarse de que no era su madre, la única persona que todavía lo llamaba a casa, aparte de los abogados. La llamada era de Albany, Nueva York, y prefirió no contestar.

Fue a preparar café, vio que todavía quedaba una cuarta parte de la cafetera del día anterior (¿o tenía más tiempo?) y se lo sirvió con hielo; luego, cogió la guitarra y volvió al salón. Sentado bajo un débil rayo de sol que se colaba por la ventana, observó cómo se levantaban las motas de polvo del sofá que tenía desde que se mudó al apartamento. Estaba agotado. Bebió un largo trago de café helado que le congeló los dientes.

Se puso la guitarra acústica sobre las rodillas, rasgueó un par de acordes y trató de recordar la letra que había escrito el día anterior. Le vino a la memoria al instante. Mientras repasaba la canción recordó que por la noche le pareció una bazofia, pero ahora no la encontraba mal del todo. *Quiero ser el último de tu lista*. El título era pasable. Puede (la posibilidad existía) que la escribiera pensando en Hannah, con quien acababa de estar. Por lo que sabía de ella, tenía una lista de conquistas bastante extensa. No es que la suya no lo fuera. ¿Se estaba enamorando? Quizá la canción podía empezar con un «Anoche volví a despertar en los sueños de Hannah» y titularse *Hannah*, que era mucho mejor que *Quiero ser el último de tu lista*. Lo probó y después buscó en el cenicero de cristal algo de hierba para llenar la cazoleta, aunque lo que quería de verdad era un piti.

Se levantó de los nervios, dio unos saltitos y comprobó si tenía algún mensaje de Albany en el teléfono. En efecto. Escuchó la grabación. Esperaba oír una voz robótica, pero lo que sonó fue una voz real, la de una mujer que decía llamarse Jessica Winslow y que quería hablar con él enseguida. Reconoció el nombre al instante: estaba en aquella extraña lista que había recibido el día anterior. De hecho, era el nombre que no conseguía recordar en la cama. ¿Y si después de todo la lista tenía algo que ver con las agencias de compositores a las que había enviado demos? Pero ¿en Albany? No le sonaba.

—Hola, ¿Jessica? —dijo.

Había contestado tan rápido que ni siquiera sonó el tono de llamada.

—¿Es usted Ethan Dart?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Jessica Winslow. Soy agente especial del FBI y me gustaría hacerle algunas preguntas.

—De acuerdo.

Ethan volvió a sentarse en el sofá.

—¿Le ha llegado hace poco una carta con una lista de nombres?

—La recibí ayer. Su nombre también aparecía.

Un instante de silencio.

—Sí, así es. ¿Lo recordaba?

—Claro. Bueno, la recibí ayer mismo.

—¿Los nombres le dicen algo? ¿Sabe quién pudo enviarlos o conoce alguno?

—Nada en absoluto. Pensé que era un error.

—¿Y Frank Hopkins? ¿Le suena?

—No, no conocía ninguno.

Ethan escuchó de fondo otra voz, la de un hombre.

—¿Le ha ocurrido algo extraño en los últimos días? —dijo Jessica—. ¿Lo han amenazado? ¿Se ha enemistado con alguien?

—Mmm… Yo creo que no.

—De acuerdo. Solo quería comprobarlo. ¿Todavía tiene la carta o la ha tirado?

—Sigue conmigo. ¿Quiere que…?

—No, déjela donde está y no la vuelva a tocar. Se encuentra en casa, ¿verdad?

—Sí.

—Voy a enviar a un agente local para que la recoja. ¿Puedo confirmar su dirección?

—¿Qué está pasando? ¿Debería preocuparme?

—Enviaremos a un agente, ¿de acuerdo? No se preocupe, por lo menos de momento. Estamos tratando de averiguar qué sucede.

—Eso no ha sonado muy tranquilizador —dijo Ethan.

La agente se rio.

—No, ¿verdad? Escuche, no vuelva a tocar la carta hasta que llegue nuestro hombre. ¿Lo hará?

—Por supuesto —respondió Ethan.

Después de colgar, Ethan fue a mirar la lista que seguía junto a su portátil. Había olvidado que escribió la letra de su nueva canción en la parte de atrás y le daba algo de vergüenza tener que dársela a unos federales. No es que le importara. Quién sabe, puede que alguien del FBI viera esas letras, se diera cuenta de que era un genio y le presentara a un primo productor. Ethan se rio él solo en el apartamento. Luego, para la posteridad, sacó el teléfono y fotografió el reverso de la lista.

4

Viernes, 16 de septiembre, 15:50

La segunda persona de la lista a quien Jessica consiguió localizar fue a Arthur Kruse. Cuando lo llamó a su número de teléfono móvil estaba trabajando en el hospital y tardó un tiempo en caer en la cuenta de qué lista hablaba.

—Ah, sí… —dijo por fin.

—Entonces, ¿ayer le llegó una lista por correo?

—Ajá.

Le hizo las mismas preguntas que a Ethan y obtuvo las mismas respuestas. No conocía a nadie de la lista. No le había pasado nada extraño en los últimos días y, hasta donde él sabía, no tenía enemigos.

—También necesitaré la carta y el sobre si todavía los tiene —dijo Jessica—. ¿Puede estar en casa dentro de media hora?

—Lo cierto es que no —respondió Arthur—. Estoy en la mitad de mi turno y…

—Es importante.

—Bien, de acuerdo —dijo él, que sabía perfectamente que Gina y Maggie no tendrían problemas para arreglárselas solas durante una hora o incluso más. No vivía muy lejos del hospital y podría estar de vuelta en poco tiempo.

—Ah, una cosa más —le dijo Jessica—. Sé que es bastante improbable, pero ¿conoce a alguien llamado Gary Winslow?

Arthur pensó un momento en la pregunta.

—No me suena.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y cinco.

—Su padre no se llamará también Arthur Kruse o Art Kruse, ¿verdad?

—Así es —respondió Arthur—. Era Art Kruse.

—Oh, lo siento. ¿Ha muerto?

—En realidad, no. No debería haber dicho «era», pero no lo he visto ni hablado con él desde hace más de diez años.

—Así que su nombre es Art.

—Arthur, aunque todo el mundo lo llama Art.

—Entonces, supongo que no recuerda si conocía a Gary Winslow.

—Creo que no soy capaz de nombrar a uno solo de los amigos de mi padre. ¿No me ha dicho que usted se llama Winslow?

—Así es. Gary es mi padre y recuerdo que tenía un amigo llamado Art Kruse, o eso creo. En cualquier caso, ese nombre se me quedó grabado. Diría que fueron amigos en la universidad.

—Mi padre fue a Princeton.

—Vale, entonces no estudiaron juntos —dijo Jessica.

—¿Su padre estudió en…?

—Fue a la UVM, pero sé que conocía a un tal Art Kruse. ¿Su padre tiene una casa a orillas de un lago?

—No, pero sus padres sí. He visto fotografías. Estaba en Nuevo Hampshire, en Squam Lake. No entiendo de qué va esto, ¿qué tiene que ver con la lista que su padre y el mío fueran amigos?

—Lo siento, sé que puede desorientarlo. Soy agente del FBI, pero también recibí una lista, imagino que será la misma.

—Comprendo. Por eso su nombre me sonó al oírlo. Entonces, ¿*usted* sabe de qué se trata?

—No tengo idea, eso es lo que tratamos de averiguar. Nos gustaría saber si hay algo que nos una a quienes recibimos la lista. ¿Cree que podría llamar a su padre y averiguar si tenía un amigo llamado Gary Winslow y dónde se conocieron?

—La verdad es que ni siquiera sé cómo localizarlo —dijo Arthur—. Y aunque lo supiera, no creo que fuera capaz de hacer esa llamada.

—Lo entiendo. Si se le ocurre alguna forma de contactar con él, ¿podría…?

—Por supuesto.

Arthur volvió en el Subaru de Richard a casa, más allá de los campos baldíos y los edificios de madera putrefacta de las viejas granjas del valle. Una parte del cielo brumoso se había vuelto oscura y sobrecogedora, tal vez se avecinaba una tormenta. Como su nombre había salido a relucir, Arthur pensó en su padre y en la vida que llevaría ahora. De vez en cuando, le contaba alguna cosa su hermana Samantha, que sí hablaba con él, aunque apenas lo veía. Art Kruse vivía en un bloque residencial para mayores de cincuenta y cinco años de West Palm Beach, en Florida. Samantha dijo un día que tenía una novia que también vivía en el complejo, pero que incluso le costó un buen rato darle su nombre. Con la posible excepción de esa presunta novia, tanto Arthur como Samantha tenían claro que su padre estaba solo. A Samantha le preocupaba un poco, pero Arthur no pensaba en ello.

Art lo apartó de su vida cuando supo que era gay, aunque Arthur se preguntaba en ocasiones si la relación habría sobrevivido si nunca se lo hubiera dicho. Su padre era un republicano empedernido y un adicto a Fox News que se enorgullecía de su falta de corrección política, lo que significaba que se creía libre de soltar comentarios racistas, sexistas y homófobos a viva voz y sentirse como si estuviera prestando resistencia a una corriente dominante. Cuando Arthur salió del armario dos años

después de que se divorciaran sus padres, Art torció la sonrisa y le dijo: «Seguro que ahora vas a decirme que te vas a casar, pero no esperes que aparezca por allí». En muchos sentidos, ese rechazo le había facilitado las cosas. Cuando Richard y él decidieron casarse, Arthur le envió una invitación creyendo que la iba a rechazar. Pero no recibió ninguna respuesta, ni siquiera una negativa, y Arthur rompió todos los lazos con él para siempre. Un día Richard le preguntó si pensaba en su padre, si había alguna posibilidad de que recuperasen la relación. Arthur respondió con total sinceridad que rara vez se acordaba de él, puede que nunca.

No llevaba ni cinco minutos en casa cuando un Lincoln Navigator se detuvo en la puerta y bajaron dos hombres, ambos con traje gris.

—¿Arthur Kruse? —preguntó uno de ellos mientras le enseñaba una placa. Tenía una barba blanca y corta que se extendía solo hasta la línea de la mandíbula. La piel de debajo era rosada, la carne regordeta y estaba rasurada.

Arthur les enseñó la carta y el sobre, los había tirado a la papelera de reciclaje. El segundo hombre, más joven, pulcro y muy guapo, los sacó con unos guantes de entre catálogos, publicidad y cajas de comida congelada.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Arthur por si esos agentes estaban dispuestos a darle algo más de información que Jessica Winslow.

—No lo tengo claro, amigo —dijo el de la barba y a Arthur le desagradó un poco que lo llamara «amigo».

El más joven, que tenía un aire a Jimmy Smits cuando salía en *Policías de Nueva York*, estaba metiendo la lista y el sobre en bolsas de plástico diferentes.

—No necesitamos nada más, señor —dijo, y Arthur los acompañó hasta la puerta sin dejar de pensar en su cojera, como siempre le pasaba con desconocidos.

A través del cristal esmerilado de la puerta de entrada vio cómo se marchaban antes de regresar al interior de la casa. Oyó el sonido de un trueno a lo lejos que le recordó que debía volver al trabajo. En su lugar, se sentó en una de las sillas con respaldo del comedor y empezó a pensar en la lista y en por qué el FBI se interesaba por ella. ¿Le ocultaba algo la agente Winslow? Parecía probable.

Se frotó los músculos del muslo izquierdo, estaban agotados. Siempre tenía la sensación de que la pierna empeoraba con el mal tiempo. ¿Serían imaginaciones suyas? Las ventanas se volvieron negras de repente y Arthur supo que enseguida iba a empezar a sonar la lluvia en el techo. Era hora de volver al trabajo, pero solo podía pensar en las ganas que tenía de contarle a Richard todo lo que le había pasado en los últimos días: la lista que llegó por correo, la llamada del FBI y, ahora, los dos agentes que habían venido a llevarse la carta. Haciendo una excepción, se permitió el lujo de imaginar la conversación: Richard habría querido conocer todos

los detalles, *siempre* quería detalles, por ejemplo, cómo eran los agentes. Le habría hablado de Jimmy Smits y del hombre con la barba afeitada hasta la mandíbula. «¿Un George Lucas?», le habría preguntado Richard, echándose a reír. «Exacto —habría respondido Arthur—. No se me había ocurrido».

Pasó unos minutos más ensimismado, incluso permitió que Misty estuviera ahí con su forma particular de recostarse contra sus piernas mientras hablaban, siempre en busca de mimos. Dejó de pensar en esas cosas cuando se le empezó a cerrar la garganta. Tenía que volver al trabajo. Había empezado a llover, pero no le importó mojarse hasta llegar al coche a su paso lento.

5

Viernes, 16 de septiembre, 18:00

A las seis de la tarde del viernes, Jessica había conseguido identificar a cuatro personas que habían recibido la lista, sin contarse a sí misma ni a Frank Hopkins. Dar con Ethan Dart y Arthur Kruse —tal vez porque sus nombres eran los más inusuales— había sido relativamente sencillo. Jessica se puso en contacto con varias mujeres llamadas Caroline Geddes (a todas las desconcertó la pregunta por aquella lista misteriosa que llegaba por correo) antes de que le tocara el premio gordo con una profesora de la Universidad de Míchigan. Como había hecho con Ethan y con Arthur, llamó a la oficina más cercana del FBI para que fueran a recoger la carta y el sobre. A pesar de lo común del nombre, también dio con Matthew Beaumont después de solo cuatro o cinco vías muertas. Era curioso, en cuanto escuchó su voz al teléfono, supo que aquel vicepresidente de una empresa financiera de Boston era el Matthew Beaumont que buscaba. Pero ¿por qué?... Lo pilló aún en la oficina, justo cuando se disponía a salir, y accedió a reunirse con un agente. Le hizo las preguntas de siempre —él respondió que no le sonaba ningún nombre— y luego le preguntó su edad, en parte porque sonaba joven para ser vicepresidente.

—Tengo treinta y nueve años —le respondió.

—Vaya, igual que yo —dijo Jessica con sensación de vértigo.

Después de colgar se preguntó qué edad tendrían Ethan Dart y Caroline Geddes. Arthur Kruse le había dicho que tenía cuarenta y cinco. Por la voz, Ethan y Caroline tendrían más de treinta o incluso cuarenta. ¿Y Frank Hopkins? Él tenía setenta y dos.

Miró los nombres por enésima vez tratando de encontrar alguna pista sobre la edad de los nombres que aún no había localizado. Jay Coates podía tener cualquier edad, lo mismo podía ser un treintañero que haber cumplido los setenta. Jay fue un nombre popular durante mucho tiempo. Jack Radebaugh sonaba a persona mayor, pero quizá estaba sugestionada porque el Jack Radebaugh más conocido era un viejo gurú de los negocios septuagenario. Ya había hablado con él y no le había llegado ninguna carta.

La última persona que faltaba por encontrar era Alison Horne y ese nombre también podía corresponder a cualquier edad; al mismo tiempo, era tan común que encontrar a la Alison Horne correcta podría ser muy difícil.

Decidió tratar de averiguar algo más sobre Frank Hopkins, así que llamó al Departamento de Policía de Kennewick.

Después de identificarse como agente del FBI, pidió hablar con la persona a cargo del homicidio de Frank Hopkins.

—Ahora se ocupa del caso la Estatal, querida —dijo la recepcionista—. Pero el detective Hamilton sigue por aquí. Estuvo en la escena del crimen, si le sirve de ayuda.

—Sería estupendo hablar con él.

El detective estaba al teléfono cuando no había pasado ni medio minuto.

—Detective, soy la agente Winslow de la Oficina Federal de Albany —se presentó—. ¿Tiene un momento?

—Se llama Jessica, ¿verdad?

—Así es. Ha visto la lista.

—Oh. A decir verdad, estaba bromeando. ¿El nombre que aparece en la lista es el suyo?

—Sí, recibí una carta idéntica a la que encontraron esta mañana junto a Frank Hopkins. Pero por ahora hay que guardarlo en secreto.

—¿El qué?

—La existencia de la carta y de la lista.

—Claro, ya me lo habían dicho —dijo el detective—. Bueno, ¿de qué va todo este asunto? ¿Conoce a alguien más de la lista?

—A nadie. También hemos investigado algunos de los demás nombres y no hay ninguna relación, al menos no que hayamos visto.

—Todo esto es muy extraño —dijo el detective Hamilton.

—Aún más extraño cuando es tu nombre el que aparece ahí.

—Lo imagino.

—Bien, ¿qué puede decirme sobre Frank Hopkins?

—Vivió en Kennewick toda la vida. Estuvo casado dos veces, sin hijos. Se hizo cargo de un resort familiar que fundaron sus padres, el Windward.

—¿También está en Kennewick? —preguntó Jessica. No sabía por qué le sonaba aquel nombre.

—En la playa de Kennewick, sí. En su época era un sitio elegante, de esos a los que las familias acudían a pasar un mes seguido. Pensión completa, campeonatos de tejo y martinis en la terraza. Ahora está en decadencia, creo que Frank solo lo mantenía abierto para tener un bar donde beber mientras fingía que estaba al frente de un negocio.

—¿Era alcohólico?

—Supongo que sí, alcohólico funcional como la mitad de las personas que conozco. Pero nunca causó ningún problema, le caía bien a casi todo el mundo.

—¿A usted también?

—Claro, a mí también. Suelo pasar los viernes por la noche en el Windward y Frank siempre fue encantador.

—¿Estuvo en la escena del crimen?

—Sí. No me acerqué demasiado, pero estaba claro que aquello era un asesinato. Bueno, no lo estaba, pero no sé bien por qué no me pareció una muerte natural. Era como si le hubieran hundido la cabeza en la arena a la fuerza.

—Creía que estaba en una poza de marea.

—Lo estaba cuando murió, pero la marea estaba bajando.

—Comprendo. ¿Llevaba el sobre y la lista encima?

—Sujetaba las dos cosas arrugadas en la mano. El sobre no llevaba sello.

—De acuerdo, ese dato no lo tenía.

—Los de la Estatal podrán darle más información. La detective que dirige la investigación se llama Mary Parkinson. Seguro que podrá ayudarla.

—Hablaré con ella.

—Bueno, dígame, ¿a cuántas personas de la lista ha encontrado ya? —preguntó el detective.

—A todas menos a Jack Radebaugh, Alison Horne y Jay Coates.

—Caramba, qué rapidez. ¿Alguien sabe algo?

—Como le dije, hasta donde yo sé todos somos desconocidos. No tenemos nada en común, salvo la lista.

—Bueno, algo es algo.

—Podría decirse así —dijo Jessica.

—Hay un Jay Coates que es actor en Hollywood. Tiene una página web.

—Vaya, ¿también ha estado investigando?

—Un poco. Hoy he tenido algún rato libre y se me ocurrió buscar los nombres en Google, a ver qué salía.

—Ya le he dejado un mensaje al Jay Coates actor —dijo Jessica—, pero no me ha contestado. Es más temprano en California, así que nunca se sabe. Puede que esté trabajando.

—¿Cree que es él?

—Sí, pero no sé por qué. En parte, por su edad. Por ahora todos los nombres que he identificado tienen treinta y muchos.

—Excepto Frank Hopkins.

—Eso es, excepto Frank Hopkins.

—¿Y qué hay de Jack Radebaugh? —preguntó el detective Hamilton—. ¿No ha habido suerte con él?

—Nada todavía. ¿También lo buscó en Google?

—Sí, no había muchos. El que más salía era un escritor que parecía famosillo.

—Hablé con él. No le llegó ninguna carta ni conocía a nadie más que estuviera en la lista.

—¿Qué edad tenía?

—Setenta.

Hubo un breve silencio.

—Si se le ocurre algo más que deba saber sobre Hopkins, ¿me llamará? —preguntó Jessica por fin.

—Claro, deme su número.

Antes de colgar, intercambiaron los números de la oficina y del móvil. Después Jessica se quedó sentada en silencio un momento, tratando de localizar en su mente cualquier recuerdo que tuviera del Windward Resort. Algo *había* resonado ahí dentro. Como una campana lejana, muy lejana.

Había estado en la costa sur de Maine al menos dos veces, pero nunca había visitado Kennewick, que ella supiera. Pasó un lluvioso Día de los Caídos en Camden con Justin, su anterior novio. De eso hacía unos tres años. Antes había estado de vacaciones con la familia a los trece años (lo recordaba porque fue el primer veraneo familiar en el que quiso quedarse en casa para salir con los amigos). Su madre alquiló una casa en Kennebunkport y fue una decepción: quedaba cerca del mar, pero la playa era pedregosa y el agua estaba helada incluso en agosto. Recordaba los viajes en coche por la costa para ir a tiendas y heladerías de otros pueblecitos. También recordaba que su padre había sido más mezquino de lo habitual todo el tiempo que estuvieron allí. Solo lo recordaba porque su madre estalló una noche en la cena, harta de vivir con dos adolescentes egoístas. ¿Habían visitado Kennewick en ese viaje? No lo recordaba.

—Vete a casa —dijo Aaron desde la puerta.

Jessica se giró hacia él desorientada.

—Enseguida, solo quiero hacer una llamada más.

—De acuerdo. Entonces me voy contigo. Soy tu escolta.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No estoy bromeando. Si no quieres que sea yo, buscaré a otra persona, pero no quiero correr ningún riesgo hasta que no averigüe qué está pasando.

—De acuerdo —dijo Jessica—. Te recojo en cinco minutos.

Cuando Aaron se marchó, probó a llamar al Jay Coates de California una vez más. No contestó y se le pasó por la mente dejarle un mensaje algo más apremiante que el anterior, pero cambió de idea. Lo más probable era que no fuera él, no hacía falta asustarlo por nada.

6

Viernes, 16 de septiembre, 18:14

Matthew Beaumont había olvidado que Nancy y él habían quedado para cenar con los Robinson, pero se le refrescó la memoria en cuanto entró en la cocina y vio a su esposa con su vestido favorito, el de color verde.

—¿Vamos a salir? —preguntó.

—Te has olvidado.

—Solo un poco.

—He hablado con Michelle y ya hemos quedado en el restaurante. La mesa está reservada a las seis y media, y Michaela llegará enseguida, así que apenas tenemos unos minutos para repasar el horario de los niños con ella. Por favor, cámbiate rápido, creo que no tienes tiempo para ducharte.

En el dormitorio Matthew descubrió que Nancy le había preparado la ropa: un par de pantalones chinos de color canela y una camisa para llevar suelta. Se quitó el traje, se puso desodorante y se vistió mientras pensaba en la noche que tenía por delante y se preguntaba si debía hablarles a los Robinson de la carta que había recibido el día anterior y del agente del FBI que había ido a buscarla a la oficina. Le había dicho que no la mencionara o, mejor dicho, que no dijera nada de los nombres que aparecían en ella, pero no le dio mayor importancia cuando se enteró de que Matthew ya se lo había contado a su esposa. Lo de la carta era una buena anécdota y estaba claro que iba a contarla si tomaba unas copas con Pete Robinson o con Michelle, para el caso. Sin embargo, también tenía presente cómo había reaccionado Nancy, su desconfianza, y no sabía cómo se lo tomaría si sacaba a relucir el tema en la cena. Tampoco sabía cómo iba a responder cuando le dijera que una agente del FBI lo había llamado al trabajo y que había enviado a otro agente para recoger la carta, como si fuera una prueba. Bueno, en realidad, sí lo sabía: por un lado, aquello la convencería de que era una especie de lista de chantaje sexual. Además, se pondría fuera de sí al enterarse de que se había llevado la lista en lugar de tirarla directamente a la basura. Con eso solo le demostraba que era culpable de algo. En realidad, solo lo hizo para que Nancy no volviera a enfadarse al verla.

En cuanto se cambió, volvió a la planta de abajo y se cruzó con Alex, que iba a toda velocidad por el pasillo, deslizándose con un solo calcetín e impulsándose con el pie descalzo.

—Ten cuidado, no te claves una astilla —dijo Matthew, pero Alex ya

estaba doblando la esquina hacia el salón.

Oyó hablar a Nancy y entró en la cocina, le estaba dando indicaciones a Michaela, una adolescente del vecindario que era su canguro titular desde hacía un par de años. Les gustaba Michaela porque sabía manejar a Alex, o al menos siempre les decía que todo había ido bien al terminar la noche. Su esposa y la niñera estaban en lados opuestos de la isla de granito y Matthew se concentró en no mirar ninguna otra parte de Michaela que no fuera la frente. Hacía poco que había dejado de ser un insecto palo para convertirse en una joven con curvas y, como todas las chicas de su edad, llevaba unos *leggins* que Matthew apenas distinguía de ropa interior y una camiseta de rayas que no le llegaba a la cinturilla del pantalón.

—Emma puede hacer lo que quiera, por supuesto. No te preocupes por ella. Si Alex no baja de revoluciones después de la cena, puede ver una serie, pero desde su cuenta de Netflix, que no entre con la nuestra.

—No sabe la contraseña —dijo Matthew.

—Yo creo que sí —dijo Nancy mientras Michaela asentía con una sonrisa. ¿No llevaba antes aparato? Matthew no lo recordaba, pero si lo llevaba, se lo habían quitado.

—Vale, imagino que sí.

—Estará bien —dijo Michaela—. La última vez me enseñó un videojuego que le gusta. ¿Podemos repetir?

—Claro —dijo Matthew—, pero igual deberías dejarle ganar si no quieres que tenga un berrinche.

—Con propiedad, no es un juego para ganar —dijo Michaela—. Se trata más bien de construir mundos.

De camino al restaurante Nancy se quedó callada unos treinta segundos y Matthew pensó en contarle lo del FBI, pero ella se le adelantó.

—Creo que Michaela no debería seguir cuidando a los niños si vas a coquetear con ella de esa forma. Pareces un pervertido.

Matthew suspiró tan despacio como pudo.

—Nance, créeme, no he coqueteado con Michaela —dijo entonces con calma—. Es imposible porque no tengo ningún interés en ella. Es una niña.

—Solo te lo digo…

—Sé lo que quieres decir y te escucho, aunque te equivoques. Podemos seguir hablando de este tema, pero ahora no, ¿de acuerdo? Tratemos de pasar una buena noche con nuestros amigos.

Dos horas después, mientras llevaban el postre a la mesa, Matthew estaba sorprendido de que la cena con los Robinson hubiera sido tan agradable. A pesar de lo de antes, pareció que Nancy se fue relajando a medida que avanzaba la velada. Glasshouses era un restaurante de productos de proximidad que habían ampliado hacía poco. Ahora tenía un patio exterior con lámparas de calor y allí bajo el cielo nocturno estaba su mesa. El ambiente estaba fresco y lleno de los olores de la parrilla de leña.

Matthew cenó una pechuga de pato deliciosa y se permitió un bocado de tarta Tatin con helado de caramelo salado, diciéndose a sí mismo que saldría a correr a la mañana siguiente.

Estaba sentado frente a Michelle Robinson y al lado de Pete, así que los hombres podían hablar de los Patriots mientras ellas lo hacían de los niños. Al terminar los postres, decidieron tomar una copa más cada uno y ahora Matthew estaba charlando con Michelle, bebiendo oporto y escuchándole contar a ella que había ido a Nueva York para ver *Hamilton*. No podía decirse que Michelle fuera guapa. Tenía las piernas cortas y las caderas anchas, y sus facciones eran demasiado grandes para la cara. Aun así, a Matthew siempre le había gustado un poco. Todo empezó el verano anterior, en una barbacoa que organizaron los Cartwright, unos amigos que Matthew y su esposa tenían en común con los Robinson. A última hora de la tarde, una tormenta dejó a Matthew y a Michelle encerrados en la caseta de la piscina de los Cartwright con un grupo de niños que habían salido huyendo de la piscina y tiritaban de frío. Matthew y Michelle se entretuvieron mirando una estantería llena de juguetes, casi todos abandonados, rotos u olvidados.

—He llegado a un punto de la vida en el que todo me resulta triste —dijo Michelle.

—¿De verdad?

A Matthew la confesión repentina lo pilló por sorpresa y Michelle echó a reír.

—Disculpa, se me ha escapado en voz alta. Me encanta el drama, al menos es lo que diría Pete. Es que tengo la sensación de que en mi vida ya no va a haber más emoción ni más misterio, y ahora todo me llena de nostalgia. A decir verdad, me comporto como una cría con lo de envejecer.

—Creo que sé a qué te refieres —dijo Matthew—. Ser joven era aterrador, pero también interesante.

Ella volvió a reír y estaban tan cerca que Matthew notó el olor a vino de su aliento.

—Eso es lo que echo de menos —le dijo—. Que la vida sea interesante.

—Nuestros hijos son interesantes.

—Los tuyos son algo más pequeños que los míos. Sí, son interesantes, pero muy pronto *tú* dejarás de interesarles a ellos. Estoy siendo infantil de nuevo. —Se acercó a Matthew y le apretó la mano—. Por favor, no le hables a Nancy de esta conversación. No lo entendería.

—Te lo prometo —le respondió y una niña escuálida con chaleco de natación empezó a tirarle de la falda a Michelle.

—Tengo frío.

Michelle la levantó y la abrazó con fuerza.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó a la niña, que se había acurrucado en su pecho y tiritaba. Matthew le frotó espalda. La niña dijo su nombre, pero tenía la cara hundida en el jersey de Michelle y no la oyeron.

Matthew había pensado en esa tarde cientos de veces y el recuerdo aún hacía que le doliera el pecho. Era irónico que estuviera charlando a la luz de las velas con Michelle y que su mujer no estuviera ni de lejos celosa. ¿Por qué? ¿Porque Michelle tenía algo de sobrepeso y les sacaba unos años? Quizá su esposa no se había fijado en lo bonitos que eran sus ojos de color avellana.

Cinco minutos después de llegar a casa, en cuanto Nancy pagó a Michaela y se despidió de ella (Matthew no la miró en ningún momento), Pete Robinson llamó por teléfono.

—Michelle no encuentra el móvil. ¿Por casualidad no lo cogeríais de la mesa?

Resultó que el teléfono de Michelle era del mismo modelo que el de Nancy y llevaba los dos metidos en el bolso. Pete dijo que iba a buscarlo.

—Qué vergüenza —balbuceó Nancy. Matthew se dio cuenta de que iba algo achispada y eso era raro de ver.

—No pasa nada. Sería diferente si hubieras querido robarlo, ¿o has intentado mangarlo?

Nancy sonrió y le pidió a Matthew que esperara fuera.

—Quiero subir al dormitorio y meterme en la cama.

Matthew se enfundó en su jersey más abrigado y salió a esperar con el teléfono. El Volvo de los Robinson paró enfrente de casa y, para su sorpresa, vio salir a Michelle por la puerta del conductor. Matthew recorrió el camino empedrado y fue a su encuentro.

—Creía que iba a venir Pete —le dijo.

—¿Decepcionado?

—No. —Le entregó el móvil.

—A Pete le apetecía ver los mejores momentos del partido y tampoco estaba en condiciones de coger el coche, de todas formas. Puede que yo tampoco, pero me declaro oficialmente adicta al móvil.

—Como todo el mundo.

Se quedaron de pie un momento envueltos por la noche y el silencio, hasta que Michelle dijo de pronto:

—Matthew, ¿cómo te va?

La pregunta lo descolocó, así que respondió sin pensar.

—He estado mejor. Me preocupan los niños y Nancy… Supongo que también me preocupo por ella.

—No debería decir esto, pero creo que no se porta bien contigo.

Con solo escuchar esas palabras a Matthew sintió una presión en el pecho.

—Está siempre enfadada conmigo y no sé por qué. Tampoco sé qué hacer para que pare.

—No soy consejera matrimonial —le dijo Michelle—, pero si lo fuera, te diría que no es culpa tuya ni eres tú quien debe buscar la manera de que deje de hacerlo.

—Es lo que me dice la lógica, pero no lo asumo.

—Es comprensible.

—¿Y qué tal os va a Pete y a ti? —preguntó Matthew.

La respuesta tardó en llegar.

—Ha sido un buen padre, pero lleva años sin mirarme. Lo único que le interesa es el deporte.

—¿Lo has hablado con él?

—Sí. Promete hacerlo mejor, pero no cambia nada. Me hace sentir egoísta por querer más. ¿Y tú hablas con Nancy?

—No creo que se vea como la vemos los demás. No sé… No sé qué hacer. Pero no, la verdad es que no hablo con ella.

La lámpara que colgaba sobre la puerta de entrada tenía un sensor de movimiento y se apagó. Matthew y Michelle se quedaron a oscuras. Sabía que solo tenía que dar medio paso para besarla y que, si lo hacía, no habría marcha atrás. También se le ocurrió que Nancy ya pensaba que la estaba engañando con no sabía cuántas mujeres, así que tal vez no debía darle más vueltas y lanzarse.

Dio un paso, Michelle también, y se besaron.

7

Viernes, 16 de septiembre, 21:25

Ethan hizo caso omiso del mensaje con el que Ashley lo avisaba de que había vuelto de casa de sus padres y le proponía salir a tomar algo. En su lugar, escribió a Hannah para que fuera a verlo. Sin respuesta.

Mientras esperaba a que el burrito se calentara en el microondas, abrió una Shiner Bock. Aunque Ashley y Hannah vivían juntas, no eran grandes amigas que él supiera. Desde luego, eso no quería decir que a Ashley le pareciera bien que se acostara tantas veces con su compañera de piso y que, de hecho, ahora le diera exclusividad. Pero quizá tampoco le molestara gran cosa. Pensó en llamar a Marcus y preguntarle si veía alguna posibilidad de que aquel intercambio de compañeras de piso acabara bien, pero no le hizo falta descolgar el teléfono para oír las risotadas del amigo a quien mejor conocía.

Mientras esperaba la respuesta de Hannah (cómo le ponía que fuera tan distante), se entretuvo buscando en Google los nombres de la lista que le había entregado al FBI horas antes. Uno era el de Caroline Geddes y se preguntó si sería la Caroline Geddes que trabajaba de profesora adjunta en el Departamento de Literatura de la Universidad de Míchigan. Encontró una fotografía suya con el pelo moreno retirado dejando a la vista una frente amplia y despejada, y en la cara el esbozo de una sonrisa… Cómo describirla… Tal vez la palabra fuera «hermética». A Ethan le resultó conocida nada más verla. Puede que nunca hubieran coincidido, pero por algo inexplicable tuvo la sensación de reconocerla.

En la página del departamento había una dirección de correo electrónico, así que le envió un mensaje escrito al vuelo: «Caroline, ¿has recibido una lista muy rara en la que salía tu nombre? Si no es así, haz caso omiso de este mensaje tan inoportuno. Pero si te ha llegado: mi nombre también estaba y no sé por qué. Escríbeme. Ethan Dart».

Bajó la tapa del portátil convencido de que la respuesta tardaría en llegar, si es que lo hacía, y se agachó frente a su colección de discos para buscar algo que escuchar. ¿Qué le apetecía?… Eligió a Joni Mitchell, puso la cara B de *The hissing of summer lawns* y, cuando volvió a mirar el correo, le sorprendió encontrar un mensaje de Caroline tan pronto: «Has acertado. Vinieron del FBI y se la llevaron por las buenas, sin responder ninguna de mis preguntas. ¿A ti?».

Le respondió: «Lo mismo. Tiene que pasar algo. ¿Deberíamos

preocuparnos? Ahora necesito saber más».

Caroline: «Me ocurre lo mismo. Y también me preocupa un poco, ¿conocías algún nombre?».

Ethan: «No, y eso que los busqué todos. No me sonaba ninguno, pero cuando te vi en la página de la universidad… me resultaste familiar. No sé por qué».

Caroline: «¿Quieres decir que nos conocemos? Tu nombre no me dice nada».

Ethan: «¿De verdad? Soy famoso en la música».

Caroline: «¿En serio?».

Ethan: «No, aunque me gustaría. Estoy intentando abrirme paso en el mundillo. Y ahora me da corte haber hecho una broma tan tonta. ¿Cambiamos de tema? ¿Dónde creciste?».

Estuvieron intercambiando mensajes durante una hora, comparando trayectorias vitales y tratando de buscar puntos en común. La conclusión fue que apenas los unía nada, salvo la edad (los dos eran treintañeros). Aparte de eso, solo se les ocurrió que sus abuelos eran de la zona de Boston, en Massachusetts.

Ethan: «Quizá lo que tenemos en común es que no tenemos nada en común. Casi resulta extraño no dar con algo».

Su mensaje: «Tú compones música y a mí me gusta la música… No creo que cuente».

Ethan: «Además, no creo que te gustaran mis canciones. Pero tú estudias poesía y a mí me gusta la poesía».

Caroline: «La afición por la poesía es, de lejos, más infrecuente que la afición por la música. ¿Qué poetas te gustan?».

Ethan paró un momento a pensar una lista con la que causar buena impresión. Hasta que admitió que no tenía ningún sentido y, en su lugar, decidió ser sincero: «De primeras se me ocurren los nombres de John Berryman, Frank O'Hara, Weldon Kees y Robert Lowell. También hay otros muchos que imagino que no serán poetas para ti: Joni Mitchell, Dylan, Leonard Cohen, James McMurtry, Willy Vlautin…».

La respuesta a ese mensaje no llegó al instante como las demás, quizá esa selección de poesía le había hecho perder el interés por él. Se apartó del ordenador y ojeó los discos. Sacó *Songs of love and hate* y dejó caer la aguja sobre la primera pista.

8

Viernes, 16 de septiembre, 21:48

Caroline estaba acostada sin un ápice de sueño, intercambiando mensajes sin parar con un desconocido. Como de costumbre, Estrella, la gata atigrada, se había quedado dormida al borde del colchón, hecha un ovillo a los pies de la cama. No tenía ni idea de dónde andaría metido Fable.

Ethan Dart le había escrito por aquella carta tan rara y acababa de pasarle un listado de sus poetas favoritos; así que allí estaba ella ahora, buscando en Google un poema de Weldon Kees en el que había pensado. Tardó unos minutos en encontrarlo y lo leyó de nuevo. *Para mi hija* era un poema inusual. El último verso era el que se le había quedado grabado: «No tengo hija. Ni deseo tenerla».

Estaba a punto de responder a Ethan cuando le llegó otro mensaje suyo: «Te esfumaste cuando dije que Dylan es un poeta, ¿verdad?».

Contestó con una sonrisa: «No, no me he esfumado, aunque tampoco es poeta. Es cantautor. Estaba buscando un poema llamado *Para mi hija*, de Weldon Kees. No se habla mucho de él hoy en día».

Ethan: «Sigues ahí, menos mal. Ya te echaba de menos. Me encanta Kees, a veces creo que solo lo idealizo porque desapareció sin dejar rastro. ¿Has leído *El club del crimen*?

Caroline: «No, pero lo buscaré».

Ethan: «Genial. Esperaré pacientemente a que lo leas. Intentaré no empezar a desvariar pensando que me has abandonado».

Caroline y Ethan siguieron escribiéndose hasta poco antes de que saliera el sol. No supo que era tan tarde por la luz mortecina que se colaba a través de las ventanas, sino porque Fable entró en el dormitorio para despertarla y que le dejara salir a dar su vuelta territorial antes del amanecer.

«Ya casi es de día», escribió y la respuesta llegó al instante: «La hora que menos me gusta. ¿Podemos seguir hablando mañana por la noche? ¿O quizá no deberíamos tentar la suerte?».

Caroline: «Por mí sí, pero solo si consigo dormir algo, aunque sea un poco».

Cerró el portátil y lo llevó al despacho para ponerlo a cargar. A la luz de la mañana las cortinas casi parecían estar en llamas. Aun así, volvió a acostarse y pensó en lo extraños que habían sido los últimos días: la carta, la llamada del FBI para hacerse con ella y ahora una larguísima

conversación por correo electrónico con un cantante *country* de Austin, en Texas, a quien le encantaba Weldon Kees. Había visto la fotografía que tenía colgada en su web y le pareció que se daba un aire a los retratos de Edmund Spenser. La misma nariz fina y aguileña, los mismos ojos castaños.

Metió la cabeza bajo sábanas para hacerse con un pequeño estanque de oscuridad y siguió un rato sin poder dormir.

9

Sábado, 17 de septiembre, 07:16

Jessica Winslow estaba despierta en la cama, no tenía claro si habría conseguido acumular tres horas de buen descanso. Aaron la había acercado a casa por la noche y lo invitó a pasar, incluso le dejó quedarse un rato. Pero no le ofreció nada de beber y luego lo acompañó hasta la puerta.

—Por la mañana ven directa al trabajo —le dijo—. No aparezcas por ningún sitio público.

—Claro —le respondió, agachándose para recoger el catálogo que le había llegado por correo.

—¿Te lo estás tomando en serio?

Levantó la vista. Le pareció que la preocupación de Aaron era sincera, aunque también notó que el aliento le olía a pasta dentífrica y eso quería decir que se había cepillado los dientes antes de salir del trabajo para llevarla a casa. Lo que significaba que llevaba idea de quedarse allí.

—Por supuesto —le dijo—. Mañana iré directa a la oficina si prometes que me recibirás con un café y una palmerita de Mia.

—¿La cafetería de Clinton Ave?

—Esa misma.

—Vale, nos vemos.

Pasó el resto de la tarde recopilando datos sobre los nombres que faltaban por identificar, pero no envió más mensajes ni hizo nuevas llamadas. Al terminar, se acostó con el último libro de Lisa Gardner y leyó hasta que le pareció que se dormía. No fue así, al menos en un rato; su cerebro seguía tratando de conectar los nombres de la lista, buscando vínculos. Por fin se quedó dormida y debió de soñar con algo, porque se despertó convencida de que aquel sueño encerraba la clave de todo. Buscó el cuaderno que guardaba en la mesilla de noche, pero, en cuanto lo abrió por una página en blanco, se dio cuenta de que también tenía la mente en blanco. El sueño se había borrado sin dejar huella.

Aunque Aaron iba a llevarle café al trabajo, se preparó una taza antes de salir de casa. Esa mañana iba a ser de las duras. Se vistió con su traje más cómodo y, sumergiéndose en un día nubloso, escudriñó las ventanas vacías de las casas de alrededor. Como casi todos los de la urbanización, aparcaba en la puerta de casa a no ser que fuera a nevar y tuvieran que pasar las quitanieves. Había un aparcamiento para residentes, pero estaba

en el extremo opuesto de la piscina.

Trató de escuchar la NPR de camino al trabajo, pero no conseguía concentrarse, así que apagó la radio y recitó los nombres de la lista. Frank Hopkins. Jack Radebaugh. Arthur Kruse. Alison Horne. Jay Coates. Ethan Dart. Caroline Geddes. Matthew Beaumont. Tenía ocho. Había uno más, ¿verdad? Eran nueve… Entonces recordó que el noveno nombre era el suyo. «¿Por qué somos nueve? ¿No se hacen siempre listas de diez?». Aparcó en su plaza del trabajo. Eso era lo primero que iba a preguntarle a Aaron: ¿por qué nueve?

10

Sábado, 17 de septiembre, 08:00

Matthew había llegado a la parte del recorrido que atravesaba la reserva natural de la ciudad, un pinar que bordeaba el mayor humedal de Dartford. Bajó el ritmo para atrapar un sonido que obligaba a guardar silencio, el de la delicada brisa que corría por las copas de los árboles. Quería sentir el aquí y ahora.

Paró de correr y se quedó escuchando. No oía apenas nada que no fuera su propia respiración entrando y saliendo de los pulmones. Apenas podía creer lo que le había ocurrido la noche pasada a última hora, besarse con Michelle Robinson en la oscuridad como adolescentes a punto de que llegara la hora de volver a casa. Casi no había pegado ojo recordando una y otra vez lo sucedido, el tacto firme de la espalda contra su mano, los suaves labios. ¿Cuánto tiempo fue? ¿Cinco minutos? Después ella se echó a reír.

—Vaya, esto ha sido interesante —dijo.

—Creo que no deberíamos…

—No, claro que no. —Lo tenía agarrado por la cintura para apretar su cuerpo contra el suyo.

—Debería entrar antes de que Nancy…

—Sí, deberías. Claro que sí. —Lo soltó y se apoyó en el coche—. Podríamos recordar esto como un paréntesis agradable en nuestra vida.

—Suena bien. La verdad es que ha sido muy agradable.

Se besaron una vez más, un roce apenas, pero en los labios. Y se dieron las buenas noches.

Lo tranquilizó que dijera eso; de otra forma, estaría aterrorizado pensando que Michelle nada más llegar a casa le había anunciado a Pete que se había enamorado de otro y que quería el divorcio. Eso no iba a suceder. No había sido más que un beso entre dos amigos casados que iban algo bebidos. Solo eso, y con el tiempo quedaría olvidado. ¿Acaso podía ser de otra manera? A Matthew le entraban sudores fríos con tan solo pensar en una aventura, andar besándose dentro de un coche, alquilar habitaciones en moteles de carretera y mentir a sus cónyuges. Era una pésima idea que acabaría haciendo daño a alguien.

¿En qué estaría pensando Michelle en ese momento? ¿Debía escribirle para quedar a hablar con ella? Si lo hacía, tendría un rastro de mensajes en el móvil. Aunque consiguiera borrar el historial, siempre quedarían

pruebas. Además, daría más importancia a lo que había pasado. No, lo mejor era hacer como si no hubiera sucedido nada.

Sin embargo, había un problema: puede que Matthew estuviera de los nervios, pero también se sentía feliz. Cuando menos, el recuerdo de aquel beso iba a ayudarlo a sobrellevar todo un invierno de problemas familiares. Estaría salvaguardado en la memoria y al alcance de la mano. Debía conformarse: si empezaba una aventura con Michelle, los pillarían. Esas cosas no podían terminar de otra manera. Cuando eso pasara, Nancy y él se divorciarían y lo más seguro era que no volviera a ver a los niños. Ella se quedaría con la custodia y llena de odio por lo que le había hecho, y les transmitiría todo ese rencor a sus hijos. Más aún, seguro que les trasladaría también sus neuras y que los niños terminarían convertidos en versiones en miniatura de la madre. Aunque podía ser de otra forma. Puede que acabaran bien. Él mismo lo consiguió a pesar de todo. A pesar de una madre desastrosa que llevaba quince años sin salir de casa, desde que se marchó a la universidad, y que vivía a base de sopa de verduras y una provisión permanente de películas de Hallmark, cualquiera le valía con tal de que tuviera final feliz. Joder, ¿qué hacía pensando en su madre? Volvió a centrarse en Michelle y en cómo fue tenerla entre sus brazos.

Matthew seguía con las manos en las rodillas y el cuerpo caído hacia delante, aunque ya había recuperado el aliento. Se incorporó y dio un par de zancadas tocando el suelo con la rodilla para estirar. Aquel día le tocaba la vuelta larga, así que aún le quedaban cuatro kilómetros. Tenía tiempo para seguir pensando en Michelle Robinson. Cuando iba a reanudar la marcha, sin embargo, oyó el chasquido de una ramita a la espalda y lo lanzó contra el suelo la fuerza descomunal de una bala del calibre 44 que le abrió un agujero entre los omóplatos y le seccionó la médula espinal, de tal forma que, cuando aterrizó en el suelo mullido del bosque, ya se encontraba en muerte cerebral.

SIETE

Matthew Beaumont

Jay Coates

Ethan Dart

Caroline Geddes

Frank Hopkins

Alison Horne

Arthur Kruse

Jack Radebaugh

Jessica Winslow

1

Sábado, 17 de septiembre, 08:04

En el preciso instante en que una bala terminaba con la vida de Matthew Beaumont, Alison Horne, que había madrugado aquel sábado de septiembre, apuró un vaso de agua alcalina y se tendió sobre la esterilla de yoga.

Quería relajarse, pero su mente era un torbellino. No había forma de detenerla y eso que hacía ya dos horas que se había despertado. Le pasaba en ocasiones, de pronto se apoderaba de ella el pánico, la aterraba que su vida no tuviera ningún sentido ni sirviera a propósito alguno. Había tenido ya alguna vez esa misma sensación a los veintitantos y también a los treinta. Pero ahora el tiempo se sumaba a la ecuación. En diciembre iba a cumplir cuarenta y uno, y la idea le cerraba el estómago y la helaba de miedo. Vivía en Nueva York desde hacía diecinueve años; se mudó nada más terminar Bellas Artes en el Mather College de Connecticut y enseguida consiguió algunos empleos que no tenían futuro, por prometedores que parecieran. Trabajó de canguro en casa de una pareja adinerada del Upper East Side, impartió clases de yoga y fue fotógrafa especializada en retratos de actores. También le dieron unas prácticas no remuneradas en una galería fotográfica del Village y llevaba haciendo sus propias fotografías desde que tenía uso de razón. La mayoría eran fotos de amigos y tomas callejeras de Nueva York. Al mirar ahora algunas de esas imágenes, la invadía una sensación de fracaso casi dolorosa. Le parecían copias de poca calidad de obras mejores de fotógrafos mejores. Algunas no estaban mal, pero tampoco destacaba ninguna. Le recordaban que no era especial. También le recordaban lo libre que había sido a los veinte y que esa época no iba a regresar. La mayoría de los amigos de aquellas fotografías habían abandonado la ciudad para tener familia o labrarse una prometedora carrera profesional. Ella seguía en el mismo sitio.

Alison se había iniciado en el *collage* hacía un año, en el tiempo libre que le permitía su relación con Jonathan Grant. Utilizaba algunas de sus fotos, las mezclaba en el lienzo con copias impresas de SMS y mensajes de correo electrónico, y pintaba al óleo encima.

A Jonathan le gustaban e incluso se ofreció a tratar de conseguirle una exposición en alguna galería, pero desde hacía un tiempo mirar la docena de piezas que había producido era como contemplar un guion redactado en otro idioma. No lo entendía. No sabía si eran buenas o espantosas. Las

tenía guardadas al fondo del vestidor.

Cuando tenía un buen día se decía que su vida era feliz y cómoda, que era una mujer afortunada. Vivía en un apartamento amplio de un dormitorio en Manhattan y sin ningún aprieto económico. También disponía de tiempo para el arte y la lectura, para entrenar y quedar con amigos. Su única obligación era hacia Jonathan, que era quien le pagaba las facturas a cambio de sexo una vez por semana (a veces ni eso) y alguna que otra cena en un restaurante de lujo.

Llevaba un año siendo la amante a sueldo de Jonathan (a veces se decía a sí misma que era su novia, pero tenía claro que no era así). Empezaron a hablar cuando trabajaba en la recepción de un asador del centro de Manhattan. Ella estaba pasando por una racha nefasta en lo económico y en lo sentimental. Salió cinco años con un chico hasta que se separaron de mutuo acuerdo, pero, nada más romper, él se lio con una mujer más joven de su mismo bufete de abogados y en menos de un año estaban casados, con una casa en propiedad en Nueva Jersey y familia. Además, acababa de perder el mejor trabajo que había tenido desde que llegó a la ciudad: editora de fotografía en una nueva revista literaria sufragada por un empresario de las puntocoms llamado Bruce Lamb. Por lo visto, la revista perdió tanto dinero en sus dos primeros años de andadura que ya no le servía ni para desgravar impuestos. Su amiga Lucy le consiguió ese trabajo en el Lodge. La obligaban a vestir con una falda diminuta y camiseta de tirantes, pero era un trabajo sencillo y las propinas se repartían también con las chicas que como ella recibían a los clientes, así que ganaba mucho más a la semana que en cualquier otro empleo de los que tuvo en Nueva York.

Jonathan Grant frecuentaba el Lodge, llegaba solo a eso de las nueve y siempre se sentaba en la barra. Vestía bien y, con la voz grave y la postura envarada, a Alison le recordaba a James Mason, uno de los actores favoritos de su madre. Siempre pedía el filete de la casa, un *petit filet mignon* con cangrejo y salsa bearnesa. Cuando la noche estaba tranquila solían charlar, a menudo sobre el vino que tomara ese día. Una noche se quedó en la barra hasta tarde y le preguntó a Alison si quería acompañarlo a un local que conocía a un par de manzanas, un restaurante de tapas español con el mejor vino de la ciudad. Debió de verla vacilar, porque enseguida levantó las manos y dijo:

—No te preocupes, puedes rechazar la oferta, no pasa nada. Me encanta hablar de vino contigo y estaría bien hacerlo cuando tú también pudieras probarlo, nada más.

—Cuando cerremos te digo si me apetece —le dijo mientras volvía a su puesto.

Le apetecía acompañarlo. Puede que tuviera la edad de su padre, pero le parecía buen tipo y era atractivo. Aun así, al oír la pregunta la recorrió un extraño escalofrío, una suerte de premonición. Le había pasado toda la

vida, eran fogonazos en los que sabía que iba a pasar algo. Un día hablando con su abuela por teléfono, le entró tanto frío que tuvo que correr a por un jersey nada más colgar. Cuando volvió a ver a su abuela, estaba metida en un ataúd, como si hubieran cambiado su cuerpo por un mal remedo que no respiraba. Pero sus accesos de frío no siempre tenían que ver con la muerte. A los trece años conoció a su vecina de Greenwich, la señora Talbot. La hizo tiritar. Un año después su padre los abandonó para irse a vivir con Marianne Talbot a una casa adosada de Filadelfia. Siempre había sido un hombre infeliz y algo distante, pero, después de abandonar a su familia, se convirtió en un perfecto desconocido. Alison llevaba diez años sin hablar con él.

Le daba por pensar que sus presagios tenían que ver con el cambio, pero siempre era un cambio a peor. Qué otra cosa era la muerte, sino un cambio a peor.

A pesar de todo, a pesar del frío que la atravesó entonces, empezó a quedar con Jonathan Grant. Y lo pasaron bien. Él le hablaba de sus hijos y del trabajo, y se interesaba por ella. No trató de besarla, aunque imaginó que se lo habría permitido. Al llegar a la tercera cita, le hizo una propuesta.

—Me gusta hablar claro. Así es como he ganado el dinero que tengo. Verás, quiero hacerte una oferta.

Alison supo de qué iba la propuesta mucho antes de que él entrara en detalles, pero fueron estos los que terminaron de convencerla. Tenía un apartamento cerca de Gramercy Park y podría vivir allí sin pagar alquiler. A cambio, le gustaría verla una vez a la semana para tener un «encuentro físico» (esas fueron sus desafortunadas palabras) y también le aseguraría regalos y dinero más que de sobra para sus gastos.

—Aún no nos hemos acostado —le dijo Alison—. ¿Cómo sabes que te va a gustar?

—Porque me gustas tú. No soy fetichista ni me importa cómo tienes el pecho ni lo que estás dispuesta a hacer o no. No me importa nada de eso. Solo quiero tener intimidad contigo, pero entendería que quisieras probarlo *antes* de tomar una decisión.

Y lo hicieron esa misma noche en una habitación del hotel Greenwich. Como le había dicho, no había nada extraño ni perverso en la sexualidad de Jonathan. Primero se tomó una pastilla —le dijo que así tenía más posibilidades de tener una erección— y luego la llevó a la cama. Al principio fue delicado, casi aburrido, pero de pronto tomó las riendas, les hizo cambiar de postura hasta que dio con la que mejor les sentaba a los dos y la llevó al orgasmo sin problemas. Se quedó tendida en el confort de aquella cama con el cuerpo cansado y relajado mientras él pedía una botella fría de vino blanco al servicio de habitaciones.

—Entonces, ¿voy a ser tu fulana?

—Creo que está mejor decir «amante», pero puedes llamarte como te

apetezca. Si no aceptas, lo entenderé.

—¿Y si conozco a alguien? ¿Qué pasa si me enamoro?

—Me alegraría por ti.

Ya habían pasado catorce meses desde entonces. A pesar del presentimiento en el Lodge, tenía la sensación de que casi todo había cambiado a mejor con Jonathan. Su vida estaba llena de cosas buenas. Ya no le preocupaba el dinero. Aunque sí le preocupaba el sentido de la vida y haber quedado atrapada en la relación con un hombre casado y mayor que ella. No iba a durar para siempre y ¿qué iba a hacer cuando él no estuviera? ¿Cómo iba a ganarse la vida sin sus ingresos fijos?

Tenía un día entero por delante. Escribió a Doug para preguntarle si podía quedar a almorzar, pero nada más enviar el mensaje recordó que había ido a pasar el fin de semana con su novio al norte del estado.

Empezó a dar vueltas por el apartamento sin saber por qué estaba tan agitada aquella mañana. Hasta le picaban las piernas. No se encontraba bien desde hacía un par de días y, haciendo memoria, se dio cuenta de que todo empezó cuando recibió la extraña lista por correo. Hacía tiempo que no se apoderaba de ella una de esas sensaciones, pero aquella carta la había descolocado. Eso quería decir que se avecinaban cambios, y de los malos.

Estuvo a punto de rebuscar en la basura de la cocina para leer la lista de nuevo, pero ¿de qué iba a servirle? En lugar de eso, llamó a su *spa* favorito para ver si tenían un hueco y hacerse la manicura esa misma mañana.

2

Sábado, 17 de septiembre, 08:21

Había dejado la ventana del dormitorio abierta y la habitación estaba helada cuando despertó. Aun así, Arthur estaba abrigado, sepultado bajo un pesado edredón. Siguió un momento tumbado mientras regresaba a la conciencia, disfrutando de la sensación del aire frío, del calor de su cuerpo y de la cortina que la brisa sacudía. La luz fluctuaba a través del techo y se quedó mirándola absorto. Luego, igual que cada mañana, le llegó todo en tropel a la cabeza: la muerte de Richard, la carta extraña, el FBI. Se había despertado.

En la ducha pensó en aquellos minutos de calma que había tenido todavía acostado. Cada vez le ocurría más a menudo: se despertaba y era feliz hasta que recordaba que había perdido a Richard y que nunca iba a volver a verlo ni a hablar con él. Estaba dividido. Le encantaba tener momentos así, disfrutar sin más de seguir vivo. Sin embargo, también le aterraba que Richard se estuviera esfumando y que pasara a ser un fantasma apenas recordado del pasado.

Decidió no seguir pensando en eso, era mejor planear la jornada. El sábado era el día más duro de la semana. No tenía trabajo ni iglesia, así que el día se extendía ante él como un pasillo vacío e interminable. Tenía que quitar las hojas del jardín, eso le iba a ocupar parte del día, y había pensado en ver una exposición del Museo de Arte Mead, se llamaba «Una colección de objetos devocionales medievales», justo lo que le gustaba. Con esas dos cosas, comer, por supuesto, y una película después de cenar se las arreglaría para sobrellevar el sábado.

3

Sábado, 17 de septiembre, 11:13

—¿Por qué somos nueve? —le preguntó Jessica en cuanto vio a Aaron asomar en su cubículo.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué hay nueve personas en la lista? ¿Por qué no somos diez? ¿Las listas no suelen ser de diez cosas? ¿Qué pasa con esta?

Se dio cuenta de que Aaron en realidad no quería escucharla, sino decirle algo. Giró la silla hasta que lo tuvo de frente, llevaba las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Han asesinado a otra persona.

—¿A quién? ¿Dónde?

—A Matthew Beaumont, en Dartford, Massachusetts. Salió a correr por la mañana y le dispararon.

—¿Es el mismo Matthew Beaumont que…?

—¿El que recibió la carta? Exacto. Trabaja… trabajaba en Boston. Allí recogimos la lista ayer mismo.

—Mierda —dijo Jessica.

—Tú lo has dicho.

—¿Cómo dices que lo han asesinado? ¿De un disparo? ¿A qué hora?

—No sé la hora exacta, pero encontraron el cadáver a las diez de la mañana. Un agente de la ciudad lo reconoció a pesar de que no llevaba identificación, y como habíamos dado aviso…

—Así que tenemos a la persona que está haciendo esto a solo unas horas de ahí.

—Eso no es decir gran cosa, podría ser casi cualquier lugar —dijo Aaron.

—Lo sé, pero es que van dos en dos días…

—Creo que en parte quería creer que no era más que una coincidencia pasmosa, una especie de broma del universo. Nueve personas acaban por azar en una lista y una es asesinada. Y ahí terminaría. No habría más muertes y nos olvidaríamos de todo.

—Este es el segundo avión —dijo Jessica.

—¿A qué te refieres?

—El 11-S, estaba viendo las noticias después que se estrellara el primer avión, cuando pensábamos que no había sido más que un terrible accidente. Entonces llegó el segundo y lo cambió todo.

—Es cierto, me acuerdo. Este es el segundo avión y tenemos que conseguir protección para las personas que aparecen en la lista. Para ti también.

Jessica asintió.

—Ojalá los encontremos a todos. He pasado la mañana intentándolo. ¿Sabes cuántas Alison Horne hay en el país?

—¿Y cómo sabes si la Alison Horne que buscas está aquí?

—No lo sé, tienes razón. Pero hay que dar con ella. También debemos ir a Massachusetts.

Aaron sacó una mano del bolsillo y la apoyó en el panel que separaba un cubículo del otro.

—Supongo que cuando dices «debemos» te refieres al FBI. Sabes que no puedes seguir en el caso.

Jessica lo sabía y, aunque negó con la cabeza, no pudo contenerse.

—Al menos puedo seguir buscando a las personas que no hemos encontrado todavía, ¿verdad?

—A mí no me mires, eso es cosa de Ruth. Justo por eso había venido, tenemos reunión a las diez.

—De acuerdo —dijo Jessica—. Va a mandarme a casa de permiso, ¿verdad?

—Sería lo suyo. Enviarte de vacaciones con destino desconocido hasta que atrapemos al autor. Tú harías lo mismo en su lugar, ¿no es así?

—Supongo que sí. —Al levantarse, Jessica cogió el teléfono—. ¿Cómo le dispararon?

—¿A Matthew Beaumont? Creo que por la espalda. No lo vio venir.

—Hablé con él ayer mismo. Joder, esto va en serio.

Echaron a andar los dos juntos hacia el despacho de Ruth Jackson.

4

Sábado, 17 de septiembre, 09:48

Jay se despertó de un humor de perros, con el recuerdo vivo en la memoria del fiasco de *casting* que había hecho dos días antes. Tenía resaca, un dolor sordo detrás de los globos oculares, y comenzó a recontar las copas que había tomado por la noche. Unas cuantas cervezas bajas en alcohol en el bar de siempre y, de vuelta en casa, un par de vodkas con hielo (¿o fueron tres?). Había entrado en Craigslist para buscar a alguien para follar de la hostia o, más bien, follársela a hostias. Incluso llegó a negociar el precio con una furcia que no respondió más en cuanto le preguntó cuánto le costaría darle por el culo propinándole algún que otro golpe en los riñones. Lo mejor de la noche había sido imaginar la cara que pondría ella al leer ese mensaje, aunque en ningún momento, ni siquiera ahora, dejó de pensar en la mujer del Brentwood Country Mart a quien siguió hasta el apartamento de Koreatown. Quizá debería hacerle una visita. Fue en lo último en lo que pensó antes de dormir y por la mañana seguía dándole vueltas. Abrió Instagram y empezó a ver sus fotografías, eran como cualquier perfil de Instagram de cualquier salidorra. No faltaba la foto acurrucada con un libro para que todos vieran que además era una intelectual. Ahí estaba también bebiendo *prosecco* con las amigas en un *brunch*. Y, claro está, había unas trescientas fotos suyas en bikini, porque en realidad era lo único que le interesaba mostrar al mundo. Eh, mirad este cuerpo, ¿no os lo querríais follar? Eso era todo y a él le encantaría bajarle un poco los humos… O apagárselos.

Dejó el móvil y por un momento el sueño de aquella noche se le coló en la conciencia. Lo soñaba en ocasiones, una y otra vez desde que tenía memoria. En el sueño había matado a alguien y debía ocultar el cadáver, lo aterrorizaba que lo descubrieran. Otras veces ya lo había escondido, pero sabía que lo iban a encontrar. Intentó desenmarañar cómo había sido esa noche, a quién había asesinado. ¿Era la rubia del Brentwood? No, ella no. Seguramente fuera Olivia Bauer, la chica con la que salió en el instituto y con la que perdió la virginidad. Además, no era la primera vez que soñaba con matarla a golpes y esconderla en el Eel Pond, el bajío cenagoso que no llegaba ni a estanque junto al pueblo de mierda de Nuevo Hampshire en el que se crio. Aquello ya lo había soñado y siempre era igual: intentaba que se quedara hundida bajo la superficie verdosa del charco; la lastraba con piedras, pero ella siempre volvía a emerger del agua.

Lo había soñado tanto que a veces se preguntaba si no habría sido real.

Quitando la clase de *spinning* que iba a dar en el gimnasio entre once y doce de la mañana, Jay tenía un día libre por delante. Hizo unas cuantas flexiones, se preparó un batido y luego vio algo de porno sin masturbarse, incluso se contuvo de tocarse. Fue difícil, pero también le hizo sentir fuerte. Cuando se aburrió, cogió otra vez el móvil y vio que tenía un mensaje de voz de un número desconocido. Lo habían dejado el día anterior y, aunque imaginó que sería una llamada comercial, lo escuchó por si era de trabajo. Se equivocaba: resultó que una tal Jessica Winslow del FBI quería hablar con él lo antes posible. Sintió un pellizco en el estómago, una mezcla de rabia y miedo. Joder, ¿sería por el mensaje que le había enviado por la noche a esa puta de Craigslist? Imposible. Estarían hartos de oír cosas así y no había forma de llegar hasta él con su cuenta. Además, se fijó en que la llamada del FBI había sido por la tarde y el mensaje lo envió después. Eso lo tranquilizó un poco. Aun así, no era el primer mensaje de ese estilo que enviaba desde su perfil. Quizá era mejor borrarlo y limpiar el portátil, por si las moscas.

Escuchó de nuevo la grabación tratando de interpretar el tono de voz. Ni una sola pista. No sería nada, seguro que no. En cualquier caso, decidió que no iba a devolver la llamada. No quería oírlo, le daba igual lo que fuera. Borró el mensaje.

5

Sábado, 17 de septiembre, 14:05

Después de levantarse tarde, Caroline pasó lo que quedaba de mañana corrigiendo trabajos y una conferencia sobre George Eliot; incluso sacó media hora para memorizar un poema de Weldon Kees. Preparó un sándwich de queso a la plancha para almorzar tarde y calentó algo de la sopa de tomate que había cocinado al principio de la semana. Salió con la comida al porche y descartó la idea de servirse una copa de vino.

Hacía calor y unas cuantas nubes se tendían a través del cielo como una gasa o como un paciente anestesiado sobre la mesa de operaciones. Estrella estaba en el porche a su lado y observaba un cardenal al otro lado de la mosquitera. Fable seguía fuera de casa, un rato antes lo había visto acechando entre la hierba crecida del jardín del vecino.

Llevaba el móvil encima y empezó a releer la conversación con el desconocido de Texas. Había sido tan extraño que no se lo sacaba de la cabeza. Seguro que para sus alumnos (y supuso que también para la gente de su edad) era habitual pasar la noche entera hablando y flirteando por internet, pero para ella era una novedad y ahora era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera aquel hombre que no conocía de nada. No, no era así. Se *habían* conocido esa noche aunque no fuera en persona. En cierta manera, era la conversación más importante que había tenido en años, mucho más interesante que algún que otro coqueteo en congresos con académicos pagados de sí mismos. Cerró el correo y abrió el navegador para ver las pocas fotografías de Ethan Dart que consiguió encontrar. Siguiendo un impulso, buscó también vídeos y en YouTube encontró uno donde salía sobre el escenario, acompañado solo por una guitarra y cantando una canción titulada *No significa*. La actuación había sido en el Austin Showcase un par de años antes. Ethan llevaba unos vaqueros de color negro y una camiseta de De La Soul, y cantaba sentado en un taburete. Caroline no sabía gran cosa de música. Tenía claros sus gustos, pero no andaba a la búsqueda de nuevos grupos ni acudía a conciertos. Apenas escuchaba otra cosa que cedés que tenía desde la universidad: cantautoras, cuartetos de cuerda y unos pocos álbumes de música *ambient* islandesa con los que se quedó al separarse de Alec. Se alegró de que le gustara la canción de Ethan. El estribillo repetía la frase «que llevara el ritmo con el pie no significa que me gustara la canción» y enseguida se encontró analizando el significado.

Mientras mojaba lo que le quedaba del sándwich en la sopa, se fijó en el coche patrulla que giró para entrar a poca velocidad por la entrada de su casa. En ese tiempo se le pasaron un buen número de cosas por la cabeza: «¿Se han matado mis padres? ¿Han encontrado a mi gato muerto en un arcén? ¿Han venido a preguntar por Ethan Dart?». Al llegar a esta pregunta, se dio cuenta de que lo más seguro era que estuvieran ahí por la lista. Bajaron del coche dos agentes de uniforme, un hombre y una mujer, el uno caderón y la otra patizamba, y se dirigieron hacia el porche.

6

Sábado, 17 de septiembre, 13:18

Un agente de policía de Austin, uno solo, llegó al apartamento de Ethan más o menos a la misma hora en que Caroline hizo pasar a la policía de Ann Arbor al porche. Ethan seguía dormido cuando el agente Resendez llamó a la puerta. Aunque se había levantado antes para tomar una taza de café y tres huevos estrellados, estaba tan agotado que había vuelto a la cama para echar una cabezada. Los tres golpes secos del agente Resendez pasaron a formar parte del sueño de Ethan, un sueño en el que tenía que volver a la Universidad de Lubbock y hacer un nuevo examen para graduarse. Allí los golpes los daba un enorme buitre de color negro que estaba al otro lado de las ventanas del aula y picoteaba el cristal. Cuando Ethan se levantó del futón y fue hacia la puerta, vio a un policía bien afeitado al otro lado de la mirilla: el sueño ya se había esfumado.

—Hola.

Ethan abrió la puerta una rendija y saludó al policía.

—¿Es usted Ethan Dart?

—Ajá —dijo y carraspeó para aclararse la garganta. ¿Iban a detenerlo?

—¿Le importaría acompañarme a comisaría? Está bajo custodia temporal. Hay un agente federal de camino para explicárselo.

—¿Lo dice en serio? ¿Qué sucede?

—La verdad es que no tengo ni idea, amigo. Pero, si fuera usted, iría a por algo de ropa cómoda que ponerme. No sabemos cuánto tiempo va a tener que ir con ella.

7

Sábado, 17 de septiembre, 15:10

El correo cayó con un golpe más fuerte de lo normal y al oírlo Jack se levantó de la mesa de la cocina para echar un vistazo. Su esposa le había enviado un paquete envuelto en papel manila. No tenía remite, pero reconocía la letra de ella mejor que la suya.

Volvió a la mesa con el envoltorio y lo abrió con un cuchillo para carne. Dentro había cartas a su nombre y remitidas a su antigua dirección. La primera llevaba una nota adhesiva en la que Harriet había escrito: «¡Cambia las señas!».

Ojeó el correo, la mitad de las cartas se podían tirar a la basura sin necesidad de abrirlas. Había avisos de suscripciones canceladas, peticiones de donativos para campañas políticas y ofertas de tarjeta de crédito. También encontró un cheque por los derechos de autor de su editorial, una felicitación navideña de su viejo amigo Earnest que, o bien llegaba muy pronto, o bien muy muy tarde, y un sobre blanco que, al igual que el paquete en el que había llegado, no llevaba remite. Lo abrió y leyó una lista de nombres, entre ellos el suyo. La dejó con cuidado sobre la pila de cartas para tirar, pero lo pensó mejor y acabó en el otro lado.

Tres días antes lo había llamado una agente del FBI para preguntar si había recibido esa lista. Le dijo que no, pero ahora que la tenía delante lo mejor sería devolver la llamada. Seguro que podía encontrar el número.

Se levantó y volvió a llenar la taza de café. Sabía que no iba a beber más que un par de sorbos, pero le gustaba sentir el vaso caliente entre las manos. Había llegado el otoño. La estación favorita de Jack allí donde estuviera, pero sobre todo en West Hartford, el lugar donde se había criado y al que había regresado después de comprar la casa donde vivió de niño. Era una casa de ladrillo de estilo Tudor en un barrio de casas de estilo Tudor, todas con la misma silueta que las hacía salidas de un cuento de hadas (el tejado con una pronunciada inclinación y ventanas menudas) y con un jardín impecable en el patio.

La casa que acababa de recuperar tenía una cocina independiente en la parte de atrás y la ventana daba al patio trasero de los vecinos. Cuando Jack era niño, era la casa de los Lambert. Fue a principios de los años cincuenta. Los Lambert tenían tres hijas algo mayores que él y que su hermana. Una era ya adolescente y no había perdido el acento inglés de antes de que la familia emigrara a Estados Unidos. A las otras dos

hermanas, unas gemelas, les gustaba atrapar a Jack y a su hermana en unas peculiares aventuras imaginarias que estaban pobladas por las hadas que habitaban en sus patios. Jack recordaba esos juegos mejor de lo que recordaba las caras de los Lambert. ¿Qué sería de su vida? Por supuesto, los padres ya estarían muertos y las niñas serían mayores que él. Habrían tenido hijos y nietos, alegrías y desengaños. También era más que probable que alguna de ellas hubiera muerto.

Mientras miraba hacia la antigua casa de los Lambert, una mujer delgada y con el pelo largo y castaño salió al solárium con un café en la mano y la mirada perdida en el patio. De niño la casa no tenía aquella terraza acristalada. Era una pieza hecha casi entera de cristal que construirían allá por los años setenta u ochenta. La llamaba «solárium», aunque estaba seguro de que no se decía así: tenía otro nombre que no recordaba. Desde hacía un tiempo se le olvidaban palabras. Eran como el humo de un cigarrillo. En cuanto abría la boca, la palabra se desvanecía en el aire y, a pesar de que podía distinguir su forma mientras se evaporaba, enseguida había desaparecido.

Salió de la ensoñación y volvió a centrarse en la casa de la vecina. La mujer del café se había girado hacia él y lo miraba directamente; no lo observaba con animosidad, acaso con curiosidad. Levantó una mano, ella le devolvió el saludo y Jack se apartó de la ventana. Había un espejo en el vestíbulo de la entrada y se miró para comprobar que no tenía restos de comida entre los dientes ni legañas en los ojos; luego, se pasó los dedos entre la espesa melena canosa y se dirigió al porche trasero. Si la mujer seguía en la solana (¡eso era, «solana»!), se acercaría a saludarla.

Fuera hacía más frío de lo que pensaba, así que se abrochó la rebeca y echó a caminar hacia la vecina. La mujer estaba en el mismo sitio y salió al encuentro de Jack en cuanto lo vio cerca de la entrada.

—Venía a presentarme.

—Soy Margaret —le respondió la mujer, que le tendió la mano y dio tres pasos apresurados y torpes para estrechar la de Jack.

—Me llamo Jack. Soy…

—Tenía intención de pasar a presentarme, incluso había empezado a preparar una cesta para darle la bienvenida, pero al final me comí yo las magdalenas. En fin, no sé por qué se lo cuento. Siento mucho no haberme acercado antes.

—No hay nada que disculpar. No llevo ni un mes por aquí.

—Lo sé, pero no quiero parecer una mala vecina. ¿Puedo ofrecerle una taza de café?

—Por supuesto —respondió Jack.

En cuanto se acomodaron en el solárium-solana con un café que a Jack no le apetecía, Margaret continuó la conversación.

—Por lo que he oído, ya vivió aquí.

—¿De verdad? ¿Quién se lo ha dicho?

—Una compañera de la biblioteca. Trabaja conmigo, en esta misma calle. Me dijo que fue antes de que le dieran el puesto. Y también que escribió un libro muy conocido.

—Ha acertado una de dos. Es verdad, viví aquí, pero mi libro no es demasiado conocido. Tuvo cierta fama durante un año y medio más o menos. Cuando lo publicamos.

—¿Qué libro era?

—Se llamaba *Habla claro y luego hazlo*. Era… es un libro de negocios, explica que siempre hay que anunciar los planes antes de llevarlos cabo. Se estará preguntando si se puede escribir un libro entero sobre eso. Para serle sincero, apenas recuerdo cómo lo conseguí. Puede que el truco fuera poner mucho margen. En cualquier caso, me sirvió para ganar bastante dinero y convertirme en asesor a tiempo completo. También sigo impartiendo seminarios por todo el mundo.

—Me suena. Puede que lo comprara mi padre.

—¿Su padre se dedicaba a los negocios?

—Trabajaba en una aseguradora.

—Siendo así, lo más seguro es que lo comprara.

Margaret había sacado una bandeja con porciones de pastel, Jack cogió una y le dio un bocado. Estaba delicioso. Vio que la mujer esperaba su reacción, así que le dijo cuánto le había gustado y ella le confirmó que era casero. Empezó a hablar de su pasión por la repostería y él mientras se dedicó a estudiarla. Tenía los rasgos finos, la barbilla ligeramente puntiaguda y la piel de las mejillas más oscura que la del resto de la cara, como si hubiera tenido acné de adolescente. Era delgada y se sentaba algo encorvada, con la misma mala postura que Jack veía en muchos jóvenes. Lo más bonito de ella era la larga melena castaña. Tenía ese aspecto lustroso que se consigue con una dieta sana, o simple cuestión de genética.

—Entonces, ¿es cierto que vivió en el barrio de niño? —le preguntó, retirándose el pelo de la cara e irguiendo la espalda.

—Me crie aquí. De hecho, justo al lado, en la casa que acabo de comprar. Mi padre, igual que el suyo, trabajaba en seguros.

—Caramba. ¿Y cuánto tiempo vivió aquí?

—Hasta que fui a la universidad. Después mis padres se divorciaron y vendieron la casa. Salvando las vacaciones, pasé aquí toda mi infancia.

—Seguro que tiene buenos recuerdos.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, ha comprado la casa y acaba de mudarse a ella. A menos que tenga intención de quemarla o algo así, me pareció que…

—Claro, tiene razón. De niño fui bastante feliz. Y me encantan el barrio y estas casas de ladrillo.

—Debe de estar muy diferente.

—No mucho. La ciudad ha cambiado, pero esta calle sigue igual que la recordaba. Aquí comenzó mi vida, así que me parece un sitio tan bueno

como cualquier otro para que termine.

—Oh, no diga eso —dijo Margaret, que se echó hacia delante y bajó los hombros—. Diría que ni siquiera se ha jubilado todavía.

—Estoy medio jubilado. Pero no sé… Tengo la sensación de que este regreso no es algo temporal. Es definitivo. Quiero dejar de trabajar y mi matrimonio está roto. En realidad, está arreglado. Es una de esas separaciones que sin duda beneficia a las dos partes. En mitad de todas esas cosas, vi por internet que la casa estaba en venta. Fue cosa del destino. Y aquí estoy, preparado para esta nueva etapa de mi vida. ¿Y usted cómo terminó aquí?

Margaret le contó que había ido a la universidad en Hartford y que se casó nada más graduarse. Aunque la pareja había soñado con mudarse a Nueva York, a su marido Eric le ofrecieron trabajo en una empresa financiera de la ciudad y ella, que había estudiado para eso, trabajaba a media jornada en la biblioteca del barrio. Compraron la casa hacía unos meses.

—Así que también es nueva por aquí.

—No tan nueva. Vivíamos de alquiler a unas manzanas. Era un apartamento en la casa del mejor amigo de mi marido, así que conocemos la zona. Pero sí, somos casi recién llegados en esta calle y usted es el primer vecino que ha venido a tomar café.

—Entonces, es un honor.

—Estaría bien que cenara con nosotros algún día. Quizá podríamos organizar una barbacoa en el patio antes de que llegue el frío de verdad.

—Me encantaría —dijo Jack dando por sentado que solo trataba de ser amable. También supuso que, al proponer un nuevo encuentro, estaba poniendo fin al de entonces. Se levantó—. Tengo que trabajar en algunas cosas esta mañana.

—Oh, claro. —Margaret también se incorporó y Jack vio que la atravesó un rictus de nerviosismo, o incluso de miedo—. Lo siento, no quería hacerle perder el tiempo, yo…

—Por favor, no se preocupe, ha sido un placer. Solo tengo unas cuantas cosas que hacer. Además, si me quedo un poco más por aquí, acabaré con todo ese pastel.

De vuelta en la cocina, Jack se acercó a la ventana y observó sin ser visto a la vecina que lo ordenaba todo hecha un manojo de nervios. Dudaba que cumpliera con el ofrecimiento de invitarlo a cenar. Mejor así, sospechaba que su marido no iba a caerle demasiado bien.

Volvió a la mesa de la cocina y observó los dos montones en los que había repartido las cartas. Se acordó de la agente del FBI y decidió buscar su número de teléfono. La llamaría esa misma tarde… o quizá esperaría al lunes. Fuera lo que fuera seguro que podía esperar.

8

Sábado, 17 de septiembre, 16:04

El detective Sam Hamilton ya había colaborado en dos ocasiones con Mary Parkinson, la detective de la Estatal. El primer caso fue el atraco frustrado a un banco y se resolvió en cuestión de horas; el segundo, un atropello con fuga que no se cerró. Se entendió bien con ella, aunque era bastante cerrada, una mujer escueta y curtida de Nueva Inglaterra que parecía haber nacido con arrugas y solo hablaba si no quedaba otra. Aun así, cuando lo hacía era bastante afable y nunca se mostró reacia a colaborar con un detective de la local.

Llevaba todo el día pensando en llamarla para ver si había novedades en el homicidio de Frank Hopkins, pero había hecho todo un ejercicio de contención para no molestarla tan pronto en mitad de una investigación. Al final, después de pasar el día en casa buscando en internet conexiones entre los nueve nombres de la lista sin apenas resultados, Sam se lanzó a hacer la llamada.

—Dígame, soy la detective Parkinson.

—Hola, Mary. Soy Sam, de Kennewick.

—Hola, Sam, ¿has encontrado algo?

—Ojalá. No tengo nada, llamaba con la esperanza de que *tú* me dijeras algo *a mí*.

—¿Sobre Frank Hopkins?

—Sí.

—Ya no estoy en el caso. Bueno, dijeron que contarían conmigo si necesitaban asesoramiento, pero ahora está en manos de los federales.

—¿Lo dices en serio?

—Muy serio. Fue hace una hora.

—¿Por qué? ¿Tienes alguna idea?

—Ha habido otro asesinato. En Massachusetts.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sam.

—Esta mañana han asesinado a Matthew Beaumont en Dartford. Salió a correr y le dispararon. Su nombre estaba en la lista, seguro que lo recuerdas. Había recibido la misma carta que Frank, así que ahora tenemos a un asesino en serie que actúa en diferentes estados. Al menos, es lo que parece.

—Vaya —dijo Sam—. Aunque no me sorprende, *es* una sorpresa. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí, tengo la misma sensación. Llevo en esto mucho tiempo y sé que, por complejo que pueda parecer un crimen, la mayoría de las veces la respuesta es la más sencilla.

—A eso me refería.

—Aún podríamos tener razón —dijo la detective Parkinson—. Lo más probable es que a Frank Hopkins lo asesinara un yonqui puesto hasta las cejas. Seguro que en Kennewick hay unos cuantos de esos, ¿verdad?

—¿Yonquis?

—Sí.

—Alguno que otro —dijo Sam.

—Sam, creo que por aquí quieren que cuelgue. Siento no poder darte más información.

—La que me has dado me sirve de mucho, gracias, Mary.

Después de colgar, Sam siguió unos minutos pensando con la mirada perdida al otro lado de la ventana de su segundo piso. Por mucho que Mary quisiera pensar lo contrario, la muerte de Frank no podía ser obra de un colgado fuera de control y tenía claro que, con ese nuevo asesinato, la opción quedaba descartada. Frank había muerto con una lista en la mano. Nueve nombres. Y acababan de asesinar a otra de aquellas personas. Eso no era una mera coincidencia.

Se levantó para acercarse a la estantería que llenaba la pared de su despacho. Entre otros libros, tenía la colección de novelas de Agatha Christie de su abuela. Aunque no lo dejó apuntado de forma expresa en el testamento, toda la familia sabía que esos libros eran para él. Sobre todo, la colección completa de Christie con unas cuantas primeras ediciones que se habrían pagado caras.

De niño, Sam estuvo casi todos los veranos en casa de la abuela en Yorkshire del Norte. Patricia Barnard pasó parte de su vida adulta en Jamaica, adonde llegó desde Inglaterra en 1946 para trabajar de secretaria en una empresa de exportación. Allí se enamoró de Robert Hamilton, el propietario de un popular restaurante de Kingston, jamaicano y negro. Se casó con él y en menos de un año estaba embarazada de Rosemary, la madre de Sam. En ocasiones había hablado con su abuela sobre lo que suponía tener un matrimonio interracial en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Ella siempre le decía que lo peor de todo eran las malas formas de la gente, «las miraditas que nos lanzaban cuando subíamos juntos al autobús».

Bob Hamilton murió cuando su hija acababa de cumplir los dieciocho años. Sin su esposo, Patricia regresó a Inglaterra y se instaló en una casa de campo de su familia en los Yorkshire Dales. Aquella casa de piedra fue testigo de los mejores meses de la infancia de Jack, libre para vagar por la campiña inglesa y, lo que era más importante, con la colección de libros de la abuela para él. A los diez años leyó *Un crimen dormido* de Agatha Christie, y lo enamoró. Después de eso se enganchó al género. También se

convirtió en un anglófilo obsesionado con el chocolate Cadbury, con el fútbol del Arsenal e incluso con las absurdas comedias inglesas que veía en compañía de la abuela en el aparatoso televisor del salón. Pero si algo lo atrapó fueron los libros. Le encantaban Agatha Christie, Dick Francis y Ruth Rendell, los favoritos de la abuela, y esos libros le brindaron una forma de ver el mundo que no se parecía en nada a la vida que tenía en Houma, con unos padres que no pararon de discutir hasta que se divorciaron cuando estaba a punto de terminar el instituto.

A casi todos sus amigos y compañeros les sorprendió que pidiera el puesto en un pueblo de Maine llamado Kennewick. Entre bromas decían que con el traslado quería duplicar la población jamaicana de Nueva Inglaterra. Pero el jefe de policía Jean Landry supo dar con el verdadero motivo de la decisión. Fue en el discurso que pronunció en su fiesta de despedida: «Siempre supe que en el fondo Sam quería ser la Jessica Fletcher de Cabot Cove en la costa de Maine; ahora va a tener su oportunidad». No le faltaba razón. Aunque nunca dejó de visitar Inglaterra, ni siquiera después de morir la abuela, sabía que no podía trabajar allí. Con ese traslado al menos podría trabajar en Nueva Inglaterra, empezar una nueva vida en un pueblo de Maine y tener la sensación de estar viviendo la vida para la que nació.

Los libros de Agatha Christie estaban en orden cronológico. Sacó la edición en tapa del libro que después pasó a titularse *Y no quedó ninguno*, aunque el ejemplar de Sam todavía conservaba el original: *Diez negritos*.

Sam recordó que, al terminar *Un crimen dormido*, le pidió a la abuelita Pat que le recomendara otro.

—Hay uno que te gustaría mucho —le dijo—, pero creo que debería comprarte otro ejemplar.

—¿No lo tienes?

—Sí, pero el título es algo feo. De hecho, es tan feo que ahora lo han cambiado. Ya lo han cambiado un par de veces en realidad.

Le enseñó el libro y le explicó que el título original venía de una antigua canción de cuna. A Sam le fascinó desde el primer momento, sobre todo por la cubierta: una espectral mano blanca tendida hacia diez figurillas africanas, algunas en pie, otras con lanzas y otras caídas. Por supuesto, lo leyó del tirón en una tarde aterradora sin esperar a que la abuelita Pat encargara en la librería del pueblo un ejemplar con el título más adecuado.

Al terminar se dedicó a seguirla por toda la casa mientras recogía las cosas, quería hablar de lo que ocurría en la novela, de los espeluznantes asesinatos, de la grabación de fonógrafo en la que todas las víctimas eran acusadas de sus crímenes y del tiempo que siguieron los cadáveres en la isla ya muertos todos.

—¿No sientes curiosidad por el título? —le preguntó ella.

—Pensé que era porque todos los invitados a la isla eran negros, pero imagino que no es así.

—No, solo había blancos. Pero no les cuentes a tus padres que tu abuela te ha dado a leer un libro con semejante título. Diles que se llamaba *Y no quedó ninguno*.

—Pero papá me llama así muchas veces.

—¿Cómo?

—Negrito.

—¿Ah, sí?

—No siempre, pero mucho.

—No pasa nada porque lo diga él, pero en el caso de Agatha Christie es diferente. Quizá en su época diera igual, pero ahora no es así.

—¿Cuánto se tarda en morir ahorcado? —le preguntó.

O algo muy parecido. Sam se dirigió con el ejemplar a la butaca de piel donde más le gustaba leer. El libro estaba muy bien cuidado. Un día le dio por saber cuánto costaba y averiguó que rondaría los diez mil dólares a pesar de lo racista del título (o quizá por eso). No era que tuviera intención de venderlo, como ninguno de sus queridos libros. De hecho, lo que pensaba hacer era releerlo, y no por primera vez. La historia de Frank Hopkins y los otros ocho desgraciados de la lista, fuera la que fuera, guardaba cierto parecido con la de la novela. La abrió por el primer capítulo y leyó la primera frase: «Al fondo de un vagón de primera clase para fumadores, el recién retirado juez Wargrave daba caladas a un cigarro puro mientras repasaba con interés la sección de noticias políticas de *The Times*».

9

Sábado, 17 de septiembre, 16:39

Como era de esperar en una agradable tarde de sábado como aquella, Arthur fue el único visitante del Museo de Arte Mead en acudir a la exposición de objetos devocionales del medievo. Había unas cincuenta piezas, todas ellas prestadas por un museo de Alemania, y él se entretuvo mirándolas todas y cada una, y leyendo todas y cada una de las cartelas. Aunque le interesó, le resultó curioso lo frío que lo dejó todo. Tuvo ocasión de contemplar el hermoso busto de una santa tallado en madera, algunos crucifijos y varios cuadros de la Virgen. Le encantó imaginar esos objetos en el lugar y en la época que les correspondían, el efecto hipnótico que tendrían en los fieles medievales, esos pobres que tuvieron la mala fortuna de nacer en la Edad Media. Al mismo tiempo, aquellos objetos no lo conmovieron lo más mínimo. Salvo una pieza, quizá. En realidad, eran dos: un par de cuentas talladas y destinadas a formar parte de un rosario. Cada una mostraba un rostro, el uno de hombre y el otro de mujer, lozanos y rollizos por un lado, pero nada más que cráneos con jirones de carne por el otro. En uno de ellos, era como si un lagarto hubiera escarbado un agujero en el mentón. La cartela los llamaba «memento mori», simples recordatorios de lo breve que es la vida y del destino que todos compartimos: pudrirnos algún día hasta desaparecer.

Arthur se quedó tan prendado de las cuentas que durante unos cinco minutos se planteó seriamente la opción de robarlas. Incluso recorrió el techo con la mirada en busca de cámaras, pero abandonó el plan cuando pasó a su lado una vigilante del museo, una mujer alta y desgarbada con gafas de culo de vaso.

Aun así, no paró de pensar en las cuentas el resto del día. Aunque iba a misa como siempre, le costaba seguir creyendo desde que Richard murió. Era verdad que sus problemas con la fe habían comenzado antes, en la época en que su piadoso padre lo rechazó por su orientación sexual, pero después del accidente (después de despertar en el hospital para descubrir que Richard y su perro Misty se habían borrado en un solo instante y que se había quedado solo y lisiado) era incapaz de concebir la idea de que el universo que habitaba estuviera regido por el bien y por un orden. Seguía asistiendo a la iglesia y encargándose de vez en cuando de los arreglos florales de los domingos, pero solo por un cierto sentido del deber y como una forma de llenar un puñado de horas. También le gustaba el tipo de

gente que acudía a misa, sobre todo las señoras mayores. Parecía que sabían apreciar la vida, incluso los pequeños placeres. Puede que también le gustara la manera como lo mimaban.

Si aquellas cuentas eran tan bellas era porque significaban lo mismo para cualquiera, tuviera fe o fuera agnóstico, como Arthur se consideraba entonces. Todos sabemos que nuestro tiempo en la Tierra es corto, parecían decirnos. Lo sabemos aunque no siempre lo sintamos. Nuestro rostro y nuestro cuerpo solo son hermosos por poco tiempo. Los huesos nos sobreviven. Pero, en lugar de hacerle sentir mal, aquellos *memento mori* lo reconfortaban. Qué suerte fue tener a Richard en su vida los años que lo tuvo. Qué suerte era seguir vivo y notar el sol en la cara y el cuidado césped del campus bajo los pies. No muy lejos de donde estaba, dos alumnos se lanzaban un frisbi el uno al otro y le pareció hermoso e indescriptible. Puede que la vida fuera un abrir y cerrar de ojos, pero él estaba en ella.

Cuando llegó a casa lo sorprendieron dos coches desconocidos en el camino de acceso. Uno era una patrulla de policía, y el otro, un sedán negro que le recordó una carroza fúnebre, aunque sería por la resaca de la exposición que acababa de visitar.

Le dijeron que iba a estar bajo protección policial por un tiempo; un federal le hizo preguntas en la mesa de la cocina al tiempo que un policía echaba un vistazo rápido por la casa. Era por la carta de los nueve nombres. El federal no le explicó gran cosa, pero era evidente que debía de haberle sucedido algo malo a alguno de los demás. Repasaron todos los nombres, pero no le sonaba ninguno.

—¿Y qué hay de los apellidos? —El federal se llamaba Tom Urbino. A Arthur le pareció joven, no le echó más de treinta, tenía la piel aceitunada y la mirada profunda.

Arthur ojeó de nuevo la fotocopia de la lista que le tendían sobre la tapa esmaltada de la mesa.

—Nada —dijo y recordó la conversación con Jessica Winslow. Esa agente del FBI dijo que sus padres podrían haber sido amigos. ¿Tenía su padre un amigo llamado Winslow? Aunque hubiera sido así, no lo recordaba.

Accedió a que un agente hiciera guardia aparcado en la puerta de casa toda la noche y, cuando el federal se marchó, el policía (otro hombre joven, este con el pelo muy rubio y espinillas en el mentón) le dijo a Arthur que él mismo iba a encargarse del primer turno en el coche patrulla.

—Cierre bien las puertas y no deje entrar a nadie. Avíseme si necesita cualquier cosa.

—¿Puede contarme algo más? ¿Qué está pasando? —dijo Arthur, en parte porque estaba desesperado por saberlo y en parte también porque tener a alguien con quien hablar lo tranquilizaba un poco.

—Si le soy sincero, yo tampoco sé mucho. No soy más que el último eslabón de la cadena.

—Pero ¿es habitual este tipo de cosas? ¿Qué diría por su experiencia?…

—Creo que no, pero no llevo mucho aquí.

Al darse cuenta de que no iba a sacarle nada más, Arthur le dijo al policía (no recordaba su nombre, pero sabía que se apellidaba Clift, como el actor) que no tenía ningún problema si prefería quedarse dentro de la casa. No podía, debía permanecer fuera en el coche.

Tumbado ya en la cama, Arthur repasó aquel día tan surrealista: los rostros tallados que la muerte y el tiempo habían rebajado a calaveras de sonrisa desencajada, los jóvenes que jugaban al frisbi en el patio y lo que pensó mientras paseaba, cómo se sintió de pronto en paz con todo lo que había perdido en la vida. Nunca había sabido qué era peor: si sentir el hueco y no saber cómo llenarlo o sentir el hueco y saber exactamente qué faltaba. Por el motivo que fuera, aquella noche tuvo la sensación de conocer la respuesta. Vio con una claridad proverbial lo fugaz de la vida y lo necio de llorar por quienes la abandonan demasiado pronto.

Esa noche hacía más frío que la anterior y se levantó para cerrar la ventana. De vuelta en la cama se arrebujó con el edredón, puso las manos sobre el pecho y empezó a quedarse dormido. En ese momento no le suponía ningún problema, pero desde que era un hombre adulto había padecido temporadas de insomnio. Incluso visitó a una especialista en trastornos del sueño que, al enterarse de que dormía boca arriba y con las manos cruzadas sobre el pecho, le apuntó que aquella era la postura del ataúd. Así que ahora recordaba la expresión cada vez que se dormía.

Dos horas después, un bidón de acero inoxidable que esperaba escondido en el interior de una maleta vacía al fondo del armario empezó a liberar monóxido de carbono en silencio. Estaba equipado con una válvula modificada para tal fin y que se abría con un sistema de temporización. Al cabo de una hora la concentración de monóxido de carbono en el dormitorio era de tres mil doscientas partes por millón y Arthur, que seguía metido bajo las sábanas en la postura del ataúd, se había marchado de este mundo.

SEIS

Matthew Beaumont

Jay Coates

Ethan Dart

Caroline Geddes

Frank Hopkins

Alison Horne

Arthur Kruse

Jack Radebaugh

Jessica Winslow

1

Domingo, 18 de septiembre, 14:01

—¿Tienes adónde ir? ¿Te apetecería conocer algún lugar?

—Le he estado dando vueltas. —Jessica se había sentado en el butacón de piel más cómodo de la casa mientras Aaron Berlin daba vueltas sin parar por el salón. Iba a sacarla de sus casillas—. ¿Por qué no te sientas un poco? ¿Quieres una cerveza?

—No sé cómo puedes estar tan tranquila. Han muerto tres personas de la lista, una de ellas incluso bajo protección policial.

—No estoy tranquila, créeme. Pero tampoco me serviría de nada perder los nervios.

—¿Tienes cerveza fría?

—Sí.

—Vale, ¿te apetece una?

—Claro, ¿por qué no?

Aaron volvió al salón con dos IPA de Fort Orange Brewing.

—¿Las traje yo? —dijo mientras le pasaba una lata.

—Imagino que sí. No suelo beber cerveza.

Aaron se sentó; al menos era un comienzo, aunque lo que hizo más bien fue quedarse agazapado al borde de una silla junto a la entrada. Justo donde Jessica dejaba el correo.

—A lo que íbamos, ¿puedes ir a algún sitio? Tiene que ser un lugar con el que no puedan relacionarte.

—Hablaron con Arthur Kruse ayer mismo, ¿verdad? —dijo Jessica, haciendo oídos sordos a la pregunta—. Dijiste que estaba bien, ¿sabes si comentó algo sobre su padre?

—Ni idea. No es mi caso, y el tuyo, tampoco.

—Aun así, ¿intentarás conseguirme los datos de contacto de su padre?

Aaron dio un buen trago de cerveza y se le quedó espuma pegada en el bigote sin afeitar. Jessica también bebió un sorbo, fue como meterse una piña piñonera en la boca.

—He transmitido tu idea sobre una posible conexión entre tu padre y el de Arthur Kruse. Puedo conseguirte esos datos, pero tendrás que esperar a que hablemos antes con él. Ya lo sabes.

—Por supuesto. No paro de pensar que debe de haber algo. Tiene que haber un vínculo.

—Siempre lo dices y estoy de acuerdo contigo. Pero ¿no crees que

también existe la posibilidad de que os eligieran al azar?

—No, la verdad es que no. —Bebió un poco más de cerveza. Empezaba a cogerle el gusto—. Si seleccionaras de forma aleatoria a nueve personas de Estados Unidos, el resultado sería más diverso en términos de raza, edad y posición económica.

—Lo de las edades está bastante repartido. Algunos tenéis entre treinta y cuarenta años, pero Frank Hopkins pasaba de los setenta. Tú eres una mujer de color. Y no sé cuánto gana Ethan Dart, pero no da la impresión de que esté forrado.

—De acuerdo, pero tampoco está en la miseria, ¿verdad? Aunque no tiene mucho dinero, su familia no es de clase baja. Y yo no soy blanca, es cierto, pero soy adoptada. Sé que es importante: no hay ninguna diversidad entre los padres de las nueve personas que estamos en la lista.

—Eso no lo sabes.

—Es cierto, pero tengo la sospecha. Además, si la lista fuera aleatoria de verdad, volvería a mi primera pregunta: ¿por qué elegir a nueve personas y no a diez? Sé que no son más que conjeturas, pero como ya no estoy en el caso, voy a seguir haciéndolas. Si la investigación fuera mía, elaboraría un perfil de todos los padres y buscaría puntos en común. Allí están las conexiones. También trataría de encontrar cualquier circunstancia o suceso extraños en el pasado de nuestras familias: casos sin resolver, por ejemplo.

Jessica hablaba a toda velocidad.

—Frena un poco, ¿quieres? —dijo Aaron.

—Lo siento, estaba pensando en voz alta. Nuestros nueve nombres no son ninguna casualidad. Sé que nos une algo y que la persona que está haciendo esto no se detendrá hasta que estemos todos muertos. Joder, ha sonado a película. Es como *estar* en una peli.

—A partir de ahora se lo vamos a poner más difícil. Se las tendrá que ver con la protección policial.

—¿Como la de Arthur Kruse? Perdona, no me hagas caso… De todas formas, Jay Coates, Alison Horne y Jack Radebaugh siguen sin custodia.

—La tendrán. Daremos con ellos. —Aaron dejó la lata de cerveza en el suelo a sus pies. Parecía vacía—. Sé que evitas responderme, pero creo que estarías mejor en otro sitio mientras esto no se resuelva. Quedarte aquí no es buena idea. No puedes pasearte por el supermercado del barrio ni pasar el rato en el centro de reunión de la comunidad. No es conveniente. Podemos enviarte a otro sitio, ya lo sabes, pero si hay alguno que quieras conocer…

—Puede que tenga una idea. Podría estar bien.

—Vale, no me digas nada. Tomaré otra cerveza antes de salir. Tú deberías empezar a prepararte.

Aaron fue a la cocina después de pasar por el baño. Jessica pensó en el lugar que tenía en mente. Solo sabía que estaba en la costa central de

Maine. Hacía un par de años Darlene, una amiga de la universidad, la invitó a su boda y en todo el fin de semana no se separó de Gwen Murphy. También coincidieron en la universidad, pero no se conocían mucho. En la boda, sin embargo, fueron inseparables, incluso tuvieron un tonteo al terminar el banquete, algo que Jessica no hacía desde la universidad cuando se tenía por una auténtica bisexual. Gwen le contó que había heredado una casa de campo de su abuela en una península de Maine y que podía ir de vacaciones cuando quisiera. No había aceptado la oferta, quizá porque no tenía del todo claro si las vacaciones eran para ella sola o con Gwen. Aquel le pareció un buen momento para llamarla. Si la casa estaba disponible, sería perfecta. Apenas había nada que la relacionara con aquella mujer. Ni siquiera se habían escrito por teléfono o correo electrónico desde la celebración.

Aaron volvía a ir de un lado para otro con la segunda cerveza en la mano. No le había ofrecido nada a ella. Lo más seguro era que no fuera por falta de cortesía, sino porque la conocía bien.

—Deberías ir al trabajo —le dijo.

—Debería. Voy a darte una cosa. —Sacó un móvil plegable del bolsillo —. Es una línea de prepago. Úsala si tienes que decirme dónde estás. Si fuera tú, no me fiaría del móvil ni de la línea fija.

—Lo sé. —Aceptó el teléfono.

Lo besó en los labios al llegar a la puerta y lo sacó de un empujoncito cuando notó que iba a preguntarle si quería que se quedase. Antes de cerrar, distinguió el coche camuflado de la Policía que había aparcado a cincuenta metros.

En cuanto se quedó sola, fue a la mesa de trabajo y sacó el cajón lleno a desbordar y en absoluto desorden donde guardaba todas las cosas que no necesitaba pero que tampoco quería tirar. Fue con él al dormitorio y lo vació sobre la cama. Cayeron esquelas de funerales a los que había asistido, cartas de comida para llevar, tiques, postales navideñas y un pasaporte caducado. También aparecieron unas cuantas tarjetas de visita. Le costó un rato encontrar la de Gwen Murphy; era agente inmobiliaria en Jamaica Plain, a las afueras de Boston. Llamó al número de la tarjeta con el teléfono de prepago.

—Dígame, soy Gwen Murphy.

—Hola, Gwen, soy Jessica Winslow —le dijo y, tras un silencio, aclaró —: Nos conocimos en la universidad.

—Claro, disculpa. Voy conduciendo.

—¿Estás sola?

—Sí, dime. Te hablo con el manos libres.

—Te voy a pedir un favor enorme. En realidad, son dos. ¿Recuerdas que en la boda de Darlene me dijiste que tenías una casa en Maine?

—Por supuesto, aún la tengo.

—¿Hay alguien?

—No, está vacía. ¿Por qué? ¿Te apetece ir?

—La verdad es que *contaba* con ella. Sé que es mucho pedir, pero estaba pensando en ir a Maine ahora mismo.

—Por mí no hay problema —dijo Gwen—. ¿Va todo bien?

—Sin entrar en detalles, te diré que tengo que marcharme de aquí y no se puede enterar nadie.

—Vaya, de acuerdo —dijo Gwen, y Jessica notó cómo le cambió el tono de voz. Sabía que su amiga estaría pensando que trataba de escapar de algún maltratador.

—Tengo que pedirte que no menciones a nadie que voy a tu casa. Por favor, guarda esta conversación en secreto.

—Por supuesto, cuenta con ello.

—Lo digo en serio, Gwen, tienes que prometerme que te olvidarás de que estoy allí.

—Puedes confiar en mí, Jessica, te lo aseguro —dijo Gwen bajando la voz para demostrar que no bromeaba. Acto seguido, le dio la dirección de la casa de St. George y le dijo dónde escondía unas llaves. También le aseguró que no iba a aparecer nadie más por la cabaña.

Al terminar, Jessica estuvo cinco minutos dándole vueltas a la llamada. Aunque no le gustaba la sensación de estar huyendo, trató de convencerse de que esconderse en Maine era su mejor opción. Enjuagó la lata de cerveza y empezó a hacer la maleta.

2

Domingo, 18 de septiembre, 16:07

Ya acababa la tarde del domingo y Alison no había salido de casa desde que volvió de hacerse la manicura el sábado por la mañana.

Se estuvo repitiendo que era un lujo infrecuente tener un fin de semana para ella sola, pero estaba nerviosa y aburrida. Diez años antes, cuando todas sus amigas seguían en la ciudad, habría llamado a cualquiera. Ahora solo le quedaban Doug, que había salido de fin de semana, y Natalie, pero la última vez que habló con ella seguía viviendo en el centro y convertida en una alcohólica empedernida que vivía de unos ahorros cada vez más exiguos. ¿Cuándo fue la última vez que quedaron? Hacía por lo menos seis meses, quizá un año. Miró el teléfono, aún tenía su número y decidió llamarla. Podrían ir al Swan, en el East Village, tomar unos *bloody mary* y pasar ahí la noche a ver quién entraba. Sería como un viaje en el tiempo.

Marcó el número, pero una grabación le dijo que la línea estaba fuera de servicio. Buscó la dirección de correo electrónico de Natalie, la encontró y escribió: «Hola Nat, soy Al. ¿Te apetecería salir de juerga un domingo por la noche por los viejos tiempos? Creo que el Swan sigue abierto». Envió el mensaje sin desprenderse de una sensación extraña, así que decidió buscar a Natalie y averiguar si seguía en Nueva York. Le costó recordar su apellido (en los contactos solo había guardado «Nat G»), pero al final dio con él: Gimbel, como unos antiguos grandes almacenes. Escribió «Natalie Gimbel» en el buscador y el primer resultado fue un obituario de hacía un par de meses. Al abrir la página, vio una foto de su vieja amiga sonriendo a la cámara, con la piel ajada por el sol y el pelo canoso. Lo cierto era que se había marchado de Nueva York y vivía en una ciudad de Arizona, en Sedona. La necrológica no mencionaba la causa de la muerte, pero decía que, en lugar de flores, se enviaran donativos al centro de rehabilitación Honeysuckle, así que Alison solo tuvo que atar los cabos. ¿Cómo era que no se había enterado? ¿Acaso no lo sabía ninguna de sus amigas? Y, si estaban al tanto, ¿por qué no la habían avisado?

Alison trató de respirar hondo, pero tenía la tráquea cerrada como si no le entrara suficiente aire. Le dolía el pecho y la sala de estar, impecable y con todas sus cosas, le resultó extraña e irreal, igual que si nunca hubiera estado allí. No le respondían los brazos ni las piernas, y una voz por dentro le decía: «Te estás muriendo, eso es lo que te pasa». Luego, escuchó otra: «Es un ataque de pánico. Ya tuviste uno en la universidad y te pasó

lo mismo». Y esta voz fue la que ganó. No llamó a urgencias, tan solo esperó a que se le pasara. Y tardó mucho, pero se fue.

A la hora de cenar se sentía casi humana de nuevo, aunque agotada y lo bastante hambrienta como para comerse un yogur. Mientras comía recorrió los canales de televisión y, como no encontró nada que ver, se conectó a Amazon Prime e hizo una maratón de la segunda temporada de *Fleabag*, una serie que ya había visto un par de veces. Entre el segundo y el tercer episodio, abrió una botella de vermentino y una bolsa de almendras crudas. Cuando llegó al último, sonó una llamada de Jonathan. Era muy extraño que la llamara a esas horas del domingo. Paró la serie y respondió con un «hola».

—Al —le dijo él.

No hablaban mucho por teléfono y, cuando lo hacían, siempre tenía la sensación de que parecía mucho mayor que en persona. Tenía una voz masculina y áspera de película antigua.

Estuvo a punto de hacer alguna broma sobre recibir noticias suyas en domingo, pero se contuvo.

—¿Va todo bien?

—Sí y no. Jane me ha dejado.

Jane era su esposa y, por lo que le había contado sobre ella, se suponía que era el tipo de esposa que nunca rompería un matrimonio.

—¿Qué quieres decir? ¿Es definitivo?

Jonathan carraspeó.

—Estoy conmocionado. Ha conocido a otro, ha recogido todas sus cosas y se marchó ayer por la tarde. Incluso han alquilado un apartamento juntos.

—Dios mío, Jonathan. ¿Cómo estás?

—La verdad es que aún no me lo creo, pero también… Imagino que ahora también soy libre.

—Eso parece.

—La primera persona en quien he pensado has sido tú.

—Cariño… —le dijo, y no lo llamaba así a menudo.

—¿Quieres que nos vayamos unos días? Podría llevarte a mi casa de las Bermudas. Va a hacer buen tiempo…

—Sí, claro que sí. —Se incorporó tan rápido que tiró la botella al suelo de un puntapié y derramó el poco vino que quedaba.

—Tengo algunas cosas que hacer, pero estaría bien irnos hacia el final de la semana para pasar allí el próximo finde.

—Me encantaría.

—Fantástico. Te llamaré para organizarlo todo. Puedo reservar un vuelo privado desde Teterboro, mandaré un coche para que te recojan. ¿Seguro que te apetece pasar tanto tiempo con un anciano?

—Estoy encantada. De verdad, no lo digo por decir, Jonathan.

Al terminar la llamada, Alison puso su lista «Salir» de Spotify tan alto

como pensó que podía sin que alguien avisara a la Policía y buscó el tiempo que iba a hacer en las Bermudas. Aunque faltaban días para el viaje, empezó a elegir la ropa.

Después de hacer una lista con todo lo que tenía que comprar antes de irse, escuchó el extraño mensaje de un hombre que se identificaba como el agente Berlin del FBI y le preguntaba si había recibido una carta con una lista y su nombre. También le daba su número de teléfono para que lo llamara y el de la oficina del FBI en Manhattan, donde podía preguntar por el agente Garrett. Desde el primer momento supo que la carta le iba a dar problemas, así que borró el mensaje sin anotar los números. Había decidido que vivía mejor sin saber nada. Además, en menos de una semana iba a estar en las Bermudas.

3

Domingo, 18 de septiembre, 17:31

Jack apenas había puesto un pie fuera de casa en todo el día, leyendo noticias en Google y con llamadas de trabajo, así que decidió prepararse una copa y beberla fuera antes de que anocheciera.

En el comedor tenía un armarito empotrado que había convertido en mueble bar.

Abrió una botella de Plymouth bien fría con la idea de tomar un martini, hasta que recordó que no tenía aceitunas. «A la porra», pensó y resolvió mezclar lo que llamó un «Travis McGee» en honor del protagonista de una serie de novelas de detectives que en otra época le encantaba devorar. Los libros tenían la cubierta llena de colores y recordaba en particular uno que se titulaba algo así como *Un lugar amarillo para morir*. El autor se apellidaba MacDonald… ¿Cómo se llamaba? Podía ser John, ¿o era Gregory? En cualquier caso, el héroe era Travis McGee y, por el motivo que fuera (quizá porque estaba de muerte), también recordaba cómo se elaboraba su bebida favorita.

Echó un puñado de hielo en un vaso y lo roció con un chorro de *sherry*. Después vació la copa de *sherry* y la llenó de ginebra Plymouth. Sacó un limón del frigorífico y exprimió unas gotas de zumo. No recordaba si en los libros añadían cáscara de limón, pero lo hizo de todos modos. Quedaba bonito y Jack siempre había apreciado el componente estético de la bebida por encima de cualquier otra cosa. Iba a salir al patio de atrás, pero prefirió disfrutar de la copa en el banco que había a la derecha de la puerta de entrada. No era cómodo, pero sería agradable entretenerse viendo coches y paseantes de perros.

Apoyó el vaso en la superficie metálica del banco y se abotonó la rebeca. Bebió un buen trago de ginebra, que estaba deliciosa, y brindó en silencio a la salud del autor de Travis McGee.

Le sorprendió que hubiera tan poco tráfico hasta que cayó en la cuenta de que era domingo. A cambio, pasaban muchas personas a pie, casi todas con determinación, entregadas al paseo. O eso le pareció. Vio unos cuantos corredores, en su mayoría hombres. Pero incluso quienes caminaban, sobre todo las mujeres, lo hacían con paso exagerado y ropa deportiva: *leggins* negros y tops llamativos. Además de andar con absoluta decisión, hablaban. Jack tardó en comprender que conversaban por teléfono por el micro que colgaba de unos auriculares.

Terminó la copa y, cuando se disponía a entrar en casa para cerrar el día, vio que la vecina se acercaba por la acera (ya se le había olvidado el nombre). Se habría fijado en ella aunque no la conociera de nada. Para empezar, le faltaba la ropa de deporte. Vestía unos vaqueros y un jersey de cuello alto. Y también iba despacio, mirando las hojas que seguían aferradas a los árboles. Ni siquiera llevaba auriculares.

—Hola —la saludó y, como al parecer no lo oyó, lo repitió un poco más alto.

Dio un respingo y se giró hacia él.

—Me ha asustado. Iba pensando en mis cosas.

—Continúe, por favor. Siento haberla interrumpido.

—No se preocupe. Si supiera en qué estaba pensando, no me diría lo mismo. No lo había visto, cuesta distinguirlo de la fachada de su casa.

Jack se miró. Llevaba pantalones marrones y una chaqueta de color teja que lo mimetizaban con el ladrillo.

—Es verdad —le dijo—. Iba a entrar para prepararme otra copa. ¿Le apetece acompañarme un rato aquí fuera?

La vecina, que había entrado a su jardín para hablar con él, se encogió de hombros y aceptó.

—¿Qué le sirvo? —le preguntó mientras intentaba recordar cómo se llamaba.

—¿Qué está tomando usted?

—Ginebra con hielo. Acabo de darme cuenta de que es bastante fuerte para un domingo por la noche.

—Así es, pero tomaré lo mismo si tiene tónica.

—Creo que sí.

Cuando regresó con dos *gin-tonics* la encontró sentada en el banco.

—Me marcharé enseguida —le dijo cuando le tendió el vaso—. Mi marido ha tenido que ir al trabajo y volverá pronto, espero que no le moleste…

—Si se marcha, no me lo tomaré como ninguna ofensa, se lo prometo. Aquí estamos en un buen sitio. Podrá verlo cuando vuelva a casa.

—Cierto —dijo, y bebió un traguito.

—Me avergüenza confesar esto —dijo Jack—, pero he olvidado su nombre. Es lo que tiene ser viejo.

—Soy Margaret —respondió—. Y usted no es viejo.

—Margaret, es verdad. ¿La llaman así o de alguna otra forma?

—Creo que soy la última Margaret del planeta. No soy Maggie ni Megan ni Meg.

—Ni Peg —dijo Jack.

—Bien visto. Ni Peg, aunque creo que tampoco quedan Pegs. Pero sí, yo me llamo Margaret. Un novio de la universidad me llamaba Maggie y entonces me encantaba, luego rompimos y…

—Y se acabó lo de Maggie.

—Exacto.

Siguieron bebiendo un momento en silencio.

—¿Su marido trabaja todos los domingos?

—Quiere llegar lejos y dice que el domingo saca más trabajo adelante en ocho horas que en una semana entera. A mí me da igual. He estado todo el día leyendo y luego he salido a desentumecerme un poco. Me gustaría presentárselo. Le hablé de usted y buscó su libro, lo conocía. ¿Por qué no pasa un día a cenar?

—Oh —dijo Jack, algo apabullado por lo rápido de la propuesta—. Me encantaría cenar con usted y con su marido.

—Perfecto, déjeme pensar… ¿Qué le parece este jueves? ¿Le iría bien?

—Sé que ahora debería titubear y hacer como que repaso mi lista de compromisos, pero la verdad es que estoy seguro de que el jueves lo tengo libre. Será un placer.

—Fantástico. Venga a las seis. Es temprano, pero solemos cenar pronto. ¿Hay algo que no pueda comer?

—Lo único que no como es pulpo. Aunque no creo que llevara intención de prepararlo.

—¿Por qué no come pulpo?

—Está delicioso, pero me enamoré de esos animales en un documental. Son muy inteligentes y también tienen su pizca de misterio. La verdad, ahora soy incapaz de comerlos. Sé que los cerdos son listos y que las gallinas crean vínculos con las personas, conozco todo ese tipo de cosas, pero con los pulpos es diferente. O puede que sea simple y llana hipocresía.

—A mí me parecen muy buenas razones. Nada de pulpo. No hace falta que traiga nada. Con ser puntual es suficiente.

Miró hacia la calle y vio que un todoterreno negro entraba en su casa. Bajó un hombre de aspecto impecable, a Jack le pareció vestido para jugar al golf: pantalones chinos ajustados y un polo metido por dentro. Margaret apuró la ginebra de un trago, le dio el vaso a Jack y se incorporó. Dio unos pasos por el jardín y le hizo señas a su esposo para que se acercara. Él echó a andar hacia donde estaban y a Jack le pareció que Margaret se puso tensa.

—Jack, este es Eric. Eric, este el vecino de quien te hablé. El escritor.

Jack se levantó para estrechar la mano de Eric. Contaba con el apretón fuerte de un joven ejecutivo, pero aun así le sorprendió el daño.

—Es cierto, me comentó que había escrito un libro —dijo Eric—, pero no supo decirme nada más. Lo busqué. Seis meses en la lista de más vendidos de *The Times*. Caramba, no está mal.

—De eso hace ya mucho tiempo —respondió Jack.

—Jack va a venir a cenar el jueves —dijo Margaret, que levantó la vista y miró a Eric de perfil—. Ya está todo organizado. No habrá pulpo.

—De acuerdo… —dijo Eric, que miró a Jack y arqueó las cejas como si

ellos dos fueran amigos de toda la vida, y Margaret, una majadera que acababan de conocer.

—Margaret me preguntó y le dije que no como pulpo.

—¡Vaya, hombre! ¿Ha estado en ese local español del centro? Es un bar de tapas y tienen un pulpo que está de muerte. Joder, si es listo, cambiaría de idea.

Margaret lo cogió del brazo.

—Creo que deberíamos dejarlo ya. Además, tengo que hacer la cena.

El marido se giró hacia ella y Jack clavó la mirada en el tendón del cuello de Eric sin poder contenerse.

—¿Has bebido? —preguntó él.

—Una copa. Jack ha sido muy amable.

—Apestas a ginebra. ¿Qué vas a hacer para cenar?

—Vamos y te lo digo. Jack, muchas gracias por la invitación. Estoy deseando que llegue el jueves.

Dieron media vuelta y se marcharon. Jack siguió un rato sin moverse y con una tristeza insondable.

Cuando entró en casa, recorrió todas las habitaciones para encender las luces. Ya había anochecido. Era la hora del día que menos le gustaba y lo único que evitaba que aquella oscuridad lo abatiera era una casa bien iluminada. Fue a la cocina y abrió el frigorífico para pensar en la cena. Aunque lo que más le apetecía era beber otra ginebra.

4

Lunes, 19 de septiembre, 10:06

Jessica tenía preparada la bolsa de viaje sobre la mesa de centro. Se había vestido con pantalones de chándal y una sudadera con capucha. Le esperaba un viaje de al menos ocho horas para llegar a la casa que su amiga Gwen tenía en Maine y quería estar cómoda.

Tomó una decisión de pronto. Fue al estudio, abrió el armario y sacó una enorme caja de cartón llena de papeles viejos que quería triturar desde hacía meses. Volcó todo en el armario y fue con la caja vacía a la salita. Metió dentro la ropa y el neceser. Mejor así.

Ya había apagado el iPhone, que se iba a quedar guardado en el cajón del escritorio. Sería raro estar sin él, pero ya era todo muy extraño de todas formas.

Levantó la caja con las dos manos y abrió la puerta como pudo, la cerró con llave al salir de casa. Se acercó al Camry y puso la caja en el asiento de atrás, consciente de que la observaban desde el sedán azul que había aparcado junto a la piscina de la comunidad. Se dirigió hacia el coche y saludó. La ventanilla bajó un poco, lo suficiente para hablar.

—Solo venía a avisar de que voy al despacho a dejar algunas cosas. Después volveré directa a casa.

Conocía al hombre que había sentado al volante, llevaba poco tiempo en la oficina. Tenía los hombros anchos y la mirada ausente de un exmilitar.

—Es un buen momento, la verdad. Estaba a punto de terminar mi turno.

—¿Viste algo anoche?

—Solo a un tipo nadando en pelotas.

Jessica se rio.

—Ese es Bob. Lo hace todos los días a medianoche hasta octubre. Siento mucho que lo hayas tenido que ver.

—Yo también.

—¿Vas para la oficina?

—Te seguiré hasta allí y luego iré a dejar el coche. Avisarás al agente Berlin de que has llegado, ¿verdad?

—Lo haré.

Jessica fue hasta la oficina sin perder de vista al agente que la seguía. Detuvo el coche en el aparcamiento para visitas y a él lo vio desviarse para

aparcar donde los empleados. Volvió a ponerse en marcha, hizo un cambio de sentido y salió del *parking* para coger la 787 en dirección norte. Tenía intención de cruzar Vermont y seguir por Nuevo Hampshire hasta Maine evitando las autopistas. Había cogido un viejo mapa de carreteras y le apetecía encontrar el camino con un mapa de papel en lugar de dejarse guiar por el GPS.

Se desorientó al llegar a Concord, en Nuevo Hampshire, así que aprovechó para hacer una parada y comer algo. En el restaurante, mientras esperaba con una Pepsi a que le trajeran su hamburguesa, no sabía qué hacer sin el móvil. En circunstancias normales se habría entretenido con las noticias, jugando al Threes o consultando el tiempo. Ahora en cambio estaba perdida, así que se centró en lo que la rodeaba: la mesa de plástico raído, la cojera de la camarera y la pareja de ancianos comiendo sopa en silencio. Se preguntó cómo sería estar en Maine, en la casa de Gwen. Sabía que tenía wifi y había cogido el portátil para leer toda la información que publicaran sobre las personas de la lista. Lo único que tenía decidido era llamar al padre de Arthur Kruse y averiguar si conocía al suyo. Más allá de eso, no tenía más planes, salvo ser invisible hasta que detuvieran al asesino. Con una pizca de suerte encontraría libros en la casa, se le había olvidado meter alguno en la caja.

Cuando terminó la hamburguesa volvió al coche y estudió el mapa, tratando de elegir la mejor ruta. Había empezado a llover, una fina llovizna que se arremolinaba en el aire y lo hacía todo un poco borroso. Encontró una emisora universitaria en la que sonaba una canción de Valerie June, encendió el limpiaparabrisas al mínimo y puso rumbo a Maine.

Acababa de anochecer cuando llegó a St. George. La fina lluvia de antes se había convertido en un aguacero con vendaval. Acercó el coche todo lo posible a la puerta de entrada, pero tardó cinco minutos en encontrar la llave que estaba escondida bajo una piedra en forma de corazón del jardín. Cuando entró con la caja de ropa, estaba empapada y tiritando. Antes de ver cómo era la casa, se desnudó y se dio una larga ducha con agua caliente en el cuarto de baño de la planta baja. Después se puso el pijama de franela, sacó sus cosas y buscó algo para comer en la cocina. En el frigorífico no había apenas nada que no fueran especias, pero encontró también una botella de cerveza que, tras un sorbo desagradable, resultó ser sidra. En un armario había una lata de minestrone y la calentó en un cazo. Iba a cenar la sopa y la sidra.

La casa era pequeña y de dos dormitorios, con vigas vistas pintadas de blanco en el techo y las paredes llenas de cuadros abstractos que, si se miraban con detenimiento, parecían paisajes marinos. Jessica dejó las cosas en el dormitorio más amplio y buscó algo para leer en la estantería del vestíbulo. Le gustaba el suspense y Gwen tenía novelas, pero no eran del género. Sacó un libro con un título que le llamó la atención, *Me desperté*

temprano y saqué al perro, y resolvió darle una oportunidad. Después de leer una cuarta parte arropada en una cama que le resultaba extraña, apagó la lámpara de la mesilla y escuchó el viento durante la hora que tardó en caer en un sueño poco profundo y agitado.

5

Lunes, 19 de septiembre, 15:33

—¿Cómo está, detective? —dijo Clara.

Sam Hamilton se sorprendió al verla tras el mostrador del Windward Resort. La última vez que coincidió con ella, era camarera en el Kennewick Harbor Inn.

—¿Vuelves a trabajar aquí, Clara? —le preguntó.

—Solo es una sustitución. Karen está de vacaciones, yo sigo en el Inn como siempre.

—¿Mucho trabajo?

—¿En el Kennewick? Una locura, por aquí no tanto.

Mientras avanzaba por el suelo de linóleo ajado camino del mostrador, a Sam no se le había escapado el olorcillo a moho del Windward. Imaginó que, si el viejo hotel seguía en el negocio, no era más que por la testarudez de su dueño. Ahora que no estaba, dudaba que aguantara un año más abierto.

Sam conocía a la mayoría de los clientes fijos del Kennewick, al menos de vista si no por el nombre, pero a Clara la conocía bien porque fue su sombra durante un par de días hacía unos ocho años, cuando era reportera en el periódico del instituto de Kennewick. Entonces estaba en el último curso y, al terminar, fue a la Universidad de Boston para estudiar periodismo. Ahora hacía un par de años que había regresado. Primero consiguió trabajo en el Windward y luego de camarera en el Kennewick Harbor Inn. Se rumoreaba que había vuelto a Kennewick por Brad Romer, un tipo de la ciudad que no era ni de lejos lo bastante bueno para ella.

—Clara, ¿podría pasar al despacho de Frank? Imagino que la Estatal ya lo habrá registrado, pero a mí también me gustaría echar un vistazo.

La mujer se encogió de hombros.

—Por mí sin problema. Ya sabes dónde es, ¿verdad? Estará abierto.

—Sí, sé ir.

Sam se dirigió hacia el pasillo donde estaba el despacho, pero se detuvo a medio camino.

—¿Has oído algún rumor? ¿Se comenta algo sobre la muerte de Frank?

Clara pensó en la pregunta con el ceño fruncido y a Sam le recordó a su madre June, una de las parroquianas del Kennewick en liza por el premio a la alcohólica más problemática de la ciudad.

—¿Sobre quién querría matarlo, por ejemplo?

—Es una buena forma de empezar.

—Creo que nadie. Frank le caía bien a todo el mundo.

—De acuerdo —dijo Sam.

Le pareció que Clara seguía dándole vueltas a la pregunta.

—¿Alguna aventura?

—¿Frank? —dijo ella, con un mohín—. No creo. Estaba coladito por Shelly, pero no era correspondido, te lo aseguro. Lo siento, Sam, no te puedo ayudar.

—Avísame si te enteras de algo.

—Lo haré, pero no creo que te interesen los únicos rumores que corren por aquí.

—¿A qué te refieres?

—Oh, de lo que más se habla es de la maldición del Windward. Seguro que no lo sabías.

—No.

—Es lo que cuentan los empleados. Dicen que la segunda planta del pabellón huele a fantasma. Según dos señoras de la limpieza, hay un alma en pena en el antiguo salón de baile.

—Ajá.

—¿Lo ves? Sabía que no te iba a interesar —dijo Clara, que se recostó en el taburete giratorio. A Sam le pareció ojerosa.

—¿Y qué tienen que ver esas historias de fantasmas con que Frank apareciera asesinado en la playa?

—¿Conoces a Milana? Es de la limpieza. Dijo que a Frank le rondaban los espíritus, que fueron a por él e hicieron que se ahogara. —Clara lo dijo tratando de imitar un acento de Europa del Este.

—No creo, a menos que el fantasma lo agarrara por la espalda y le hundiera la cabeza en el agua.

Clara volvió a poner ese mohín y Sam siguió hacia el despacho de Frank después de disculparse.

Era una habitación diminuta, casi claustrofóbica por las cajas que se apilaban a lo largo de las paredes. Dentro había un escritorio y una silla, el primero sepultado por papeles. Sin saber por dónde empezar, Sam decidió sentarse en la silla de oficina en la que Frank había pasado tantos años. Abrió el cajón central, rebosante de facturas viejas y minibotellas de brandi, la mayoría vacías y algunas sin abrir. Los demás cajones también estaban llenos hasta el tope de papeles con cuentas del hotel. Sam ni siquiera trabajaba oficialmente en el caso, era imposible que revisara todas esas pilas de documentación. Sacó un fardo de papel amarillento que encontró al fondo de un cajón y la goma reseca se deshizo al tirar de ella para liberar menús amarillentos de una cena de Nochebuena de 1986. Cóctel de gambas y ternera Wellington. Lo sacudió de pronto la tristeza por el paso del tiempo y se preguntó si alguien recordaría aún aquella

cena. ¿Habría ocurrido algo importante? ¿Una historia de amor quizá? ¿Rupturas? ¿Cuántos de los invitados seguirían vivos?

Devolvió los menús a su sitio y se quedó mirando al frente. Sobre el escritorio había un tablero de anuncios apoyado contra la pared. Como todo lo demás que había en aquel despacho estaba lleno de documentos del centro: recibos antiguos, notas adhesivas, solicitudes de empleo. Estaban unos encima de los otros, salvo una fotografía. Aunque por los bordes la tapaban otras cosas, estaba claro que Frank no quería que acabara escondida. La cogió. Era una fotografía familiar, en blanco y negro y algo descolorida. Se veía a una pareja joven, el hombre de traje y sombrero, y la mujer con un vestido veraniego de lunares. Entre ellos había una niña de unos doce años y un niño que rondaría los ocho. El chico tenía el ceño algo fruncido, como si hubiera tenido que posar demasiado tiempo para la foto. Era Frank, sin duda, tenía la misma cara. Y esos debían de ser sus padres, los propietarios originales del hotel. Estaban de pie frente a la entrada principal del Windward, con el mismo letrero tallado en madera.

Sam siguió pensando un rato con la fotografía sobre las piernas.

«Esto sigue un patrón —pensó—. La lista no es casual ni una coincidencia. Y a Frank lo mataron primero». De hecho, el asesino le entregó la lista en persona e hizo que la leyera antes de matarlo. Para Sam, la única conclusión lógica era que Frank había hecho o le habían hecho algo que era clave para averiguar lo que estaba pasando.

Aquella fotografía le dijo algo más: aunque ya no era lo habitual para la mayoría de la gente, Frank había pasado la vida entera en el mismo sitio. En una ciudad de Maine, Kennewick. En el Windward Resort. Eso le hizo pensar también que la respuesta a lo que estaba ocurriendo podría estar ahí mismo, en aquel hotel decadente donde Frank había pasado toda la vida. Pensó en los fantasmas que solo veía el personal de limpieza venido de otros países y en toda la gente que se había alojado allí a lo largo de los años. Seguro que serían miles, puede que cientos de miles.

Sam volvió a colgar la fotografía en el tablero, con cuidado de pasar la tachuela por el mismo agujero.

Se preguntó si la hermana mayor de Frank seguiría viva.

6

Lunes, 19 de septiembre, 16:35

Hacía meses que Tod Fischer no recibía una llamada de la mujer que solo conocía por Linda. Imaginó que Linda había recibido la llamada de un tal Fred del que solo conocía el nombre de pila y la voz al teléfono. Y Fred le habría dicho a Linda que lo llamara a él. La información se transmitía así a lo largo de una cadena de personas que no se conocían entre sí y que solo hablaban con números de tarjeta prepago.

Lo curioso de Linda era que siempre parecía alegrarse de oírlo, como si fueran amigos de toda la vida o compañeros de trabajo que se llevaban bien. En cierto modo, lo eran.

—Hola —le dijo—. Soy Linda.

A él nunca lo llamaba por su nombre, puede que no lo supiera. Para ella no era más que un número y una voz.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Fischer.

—Sí, ¿verdad? —Fischer, que estaba viendo un partido de fútbol americano de su hijo pequeño en el campo cubierto por la niebla del pueblo de al lado, no respondió, así que al rato continuó ella—: ¿Tienes algo para escribir?

Siempre le preguntaba lo mismo y Fischer siempre le respondía que sí, aunque lo que tenía era muy buena memoria.

—De acuerdo. Jessica Albers Winslow. Te lo deletrearé por si acaso. —Mientras deletreaba el nombre, Fischer visualizó las letras escritas en una pizarra. Sabía que nunca olvidaría el nombre en cuanto estuviera allí—. Nació el 3 de diciembre de 1975 y su dirección actual es el número 17 de Tamarack Meadow Way, en Thornton, Nueva York. A las afueras de Albany.

—Entendido —dijo Fischer. Estaba a unos quince metros del campo de fútbol y le resultaba imposible distinguir cuál de los jugadores en miniatura vestidos de rojo y negro era su hijo Jerome. Lo que sí sabía era que el equipo del niño, los Trojans, acababa de marcar un *touchdown*.

—Es agente del FBI, de la oficina de Albany. —Fischer pasó por alto el ligero tono interrogante con que Linda dijo aquellas palabras.

—De acuerdo.

—Sin embargo, ahora mismo ha salido de Nueva York. El cliente cree que está en Maine, aunque no sabe en qué lugar exacto. La estaban siguiendo, pero la perdieron al norte de Thomaston y Rockland, en la

Ruta 1. Conducía un Toyota Camry blanco, modelo de 2012, y la matrícula es…

—Espera, Linda, dame un momento —dijo Fischer. Desde luego, tenía muy buena memoria, pero no estaba seguro de poder recordar una matrícula además de toda esa información. Con una carrerita, se acercó a Suzie Maris, una madre que nunca se perdía un partido de su hijo y una mujer que siempre cargaba con un bolso del tamaño de un pavo de Acción de Gracias. Sabía que en aquel bolso no iban a faltar boli ni papel.

No se equivocaba, volvió a su sitio y anotó el número.

—¿Listo para lo bueno? —dijo Linda.

—Siempre lo estoy —le respondió.

—Tendrás quince mil en tu cuenta en cuanto aceptes el encargo. Treinta y cinco al terminar. No está mal.

—No está mal —dijo—. ¿Alguna instrucción especial?

—Sí. Dos palabras, «sin dolor». —Lo dijo con la entonación con la que llamaría a su gato.

—Vale, entendido —respondió. Ningún problema, «sin dolor» era su especialidad.

—¿Aceptas o quieres tiempo para pensarlo?

—¿Cuál es el plazo?

—Claro, perdona. Lo había olvidado. La única consigna es «cuanto antes». Más allá de eso, no hay plazos.

—De acuerdo.

—¿Eso es que aceptas?

—Claro —dijo Fischer.

—Fantástico —dijo Linda, que sonó contenta de verdad, aunque Fischer nunca había rechazado un trabajo—. ¿Tienes toda la información?

—Tengo todo. Gracias, Linda.

Cuando su esposa Valerie se quedó dormida en el sofá viendo un programa de decoración esa misma noche, Fischer bajó al despacho que tenía en el sótano. Encendió el ordenador que utilizaba para los encargos y encontró algo más de información sobre Jessica Winslow, incluso una fotografía suya en LinkedIn. Era curioso lo rápido que había encontrado su foto, pero conocía a muchos agentes de la ley y todos compartían algo: se sentían invulnerables. Miró la fotografía. Analizándola con frialdad era bastante guapa, se parecía a su esposa. Tenía el mismo tono de piel, pómulos prominentes y unas cejas finas. Verla no le hizo sentir nada en particular, salvo cierta curiosidad quizá. Se preguntó si habría servido en el Ejército como su esposa y él. Tenía ese aspecto. También se preguntó si tendría familia, hijos. Se hacía esas preguntas igual que se lo preguntaría al leer un obituario. La mujer de la fotografía estaba muerta. Murió en el momento en que él aceptó un encargo que iba a mejorar la seguridad (económica y de todo tipo) de su propia familia. Así funcionaba aquello, como siempre.

Fischer encontró otra instantánea de Jessica, esta salida del periódico de un pequeño pueblo en que fue elegida futbolista del año. Aparecía ella sola con uniforme de color granate y el pie sobre un balón. Mientras observaba la imagen tratando de memorizar sus rasgos, volvió a pensar en la forma en que su muerte se traducía en seguridad para su familia, una parte del ritual que seguía cada vez que aceptaba un trabajo. Era fácil de entender. Los recursos del planeta son finitos, aunque los seres humanos no siempre lo tengan presente. Y el mundo es un lugar cruel e implacable, otro hecho que los estadounidenses no siempre quieren reconocer. No hay suficiente para todos, así que son ellos o tú. Por eso ahora, igual que siempre, debes proteger a tu familia. Y el dinero no es lo único que brinda protección en este mundo, pero sí lo más importante. Fischer estaba convencido de ello.

Sabía que lo que hacía no estaba bien, como tampoco lo que le ordenaron hacer en Afganistán. El mundo funcionaba de ese modo, tan sencillo como eso. Escribió a Steve para avisar de que no podría echarle una mano en el garaje durante un par de días y al momento le respondió que no había ningún problema. Luego sacó la llave que guardaba escondida tras la caja de fusibles y fue a abrir el armero.

7

Lunes, 19 de septiembre, 22:46

Después de ver *Boyhood* con su amiga Meghan, Ethan fue con ella a un bar de North Austin que le gustaba. Hablaron de la película. A ella le había encantado y a él no le molestó verla. Puede que incluso le gustara un poco. El problema era que le había hecho pensar en su infancia y eso lo dejó triste e irritable. Meghan bebió tequila, y él, una cerveza de barril de tres dólares que lo amodorraba. Cuando Meghan se encontró con un par de amigas, se disculpó y volvió a casa, aunque todavía era temprano.

Caroline le había escrito por la tarde para decirle que iba a cenar con gente del trabajo y no sabía por qué, pero tenía celos. Se había propuesto no escribirle hasta el día siguiente, pero no fue capaz de contenerse y, nada más echarse a la cama con un ejemplar plagado de notas de *The dream songs* de John Berryman, envió un mensaje para preguntarle si ya había llegado a casa. Ella respondió a los cinco minutos: «Acabo de volver, ¿y tú?».

Ethan: «Igual».

Entonces, antes de perder el valor, le escribió a toda prisa: «¿Te puedo llamar?».

Nunca habían hablado por teléfono. Al cabo de treinta segundos que se hicieron eternos, llegó la respuesta: «¿Seguro que quieres dar ese paso?».

Había añadido el emoji de una carita sonriente. Era la primera vez que lo hacía.

«Has tenido que usar un emoji, está claro que te ha descolocado».

Respuesta: «Jajaja».

Y acto seguido: «Claro, llama».

Ethan se incorporó en la cama con los cojines de respaldo y marcó su número.

—Hola —le respondió ella con una voz que le sonó más grave de lo que esperaba.

—Hola. Gracias por dejarme llamar.

Se preguntó qué le parecería su voz, que en ese momento le sonó casi ridícula.

—¿Vas a decirme algo importante? No me preocupes.

—No, no. No hemos parado de escribirnos y me apetecía oírte. Solo eso, ¿lo encuentras extraño?

—Ahora mismo es todo muy extraño —le dijo Caroline—. ¿No te

parece?

—¿Por lo de la custodia policial? Apenas me doy cuenta. A veces ni veo que van detrás.

—Yo sí porque siempre voy a los mismos sitios y aparcan en la acera de enfrente.

—Esta noche has ido a un sitio diferente.

—Es verdad. Estuve a punto de contarlo en la cena, pero al final no dije nada. ¿Tú lo cuentas?

—No. Bueno, esto no es del todo cierto. Se lo conté a mi amiga Hannah, pero habíamos salido, era tarde e imagino que no me creyó. Charlie me dijo que no lo contara.

—¿Quién es Charlie?

—Oh, lo siento. El policía que me custodia.

—¿Y lo llamas por su nombre de pila?

—Sí, nos hemos hecho amigos. ¿Cómo llamas al tuyo?

—Agente Hanley. Es una mujer agradable pero muy seria. No me sentiría cómoda tratándola con tanta familiaridad.

—Supongo que es lo ideal. Oyes «agente Hanley» y sabes que es la persona que te mantendrá sana y salva. En cambio, «Charlie» suena al tipo que se desangra a tu lado tirado en el suelo con una bala cada uno.

—Al menos morirás al lado de tu nuevo mejor amigo —le dijo Caroline—. Será romántico.

—Ahí te doy la razón. Si tengo que palmar, que sea con Charlie a mi lado.

Ethan se había tumbado otra vez en la cama. Estaba relajado, la conversación con Caroline iba bien.

—¿Tienes miedo? —le preguntó ella.

—¿De morir?

—No solo de morir, sino de morir pronto. De morir porque estamos en la lista.

—Imagino que sí. Me asusté cuando me dijeron lo de la protección, pero ahora casi me he acostumbrado. Además, todos los días busco en Google los nombres de la lista para ver si ha muerto alguno. No ha aparecido nadie más desde Matthew Beaumont.

—Entonces, ¿no sabes lo de Arthur Kruse?

—¿Cómo? —Ethan se incorporó contra la pila de almohadas.

—Lo he leído hoy. En Massachusetts han celebrado el funeral de un tal Arthur Kruse. No decían nada sobre cómo murió.

—¿Cómo es que no lo he visto?

—Ha salido hace nada. Yo lo he encontrado esta tarde.

—Así que ya van tres.

—Eso es, tres —dijo Caroline—. Tres que sepamos, por cierto. Pensé que me llamabas por eso.

—No, yo solo… solo quería hablar contigo por una vez, en lugar de

escribirte.

—Me alegra. Es bonito oír tu voz.

—¿En el artículo decían cuándo murió?

—Nada. No era más que una nota breve sobre el funeral, también decían que era enfermero de oncología. Pregunta a Charlie por el tema, puede que sepa algo más.

—No hablo con él de trabajo, lo que nos une es la música. Y la cerveza. Le gusta hablar de cerveza artesana. Va en serio lo de que voy a morir con él a mi lado, ¿verdad?

—Eso parece.

Rieron los dos y luego se callaron.

—Un silencio incómodo —dijo Ethan.

—No ha sido incómodo. Estábamos pensando. Las conversaciones deberían tener más silencios, no menos.

—Muy profundo, profesora.

—Gracias.

—Ahora cuéntame tú. ¿Tienes miedo de morir? —preguntó Ethan.

—Estoy inquieta, no te lo niego. Pero siempre lo he estado por cualquier cosa. Me pongo nerviosa antes de todas las clases, me pongo nerviosa cuando me toca pedir en la cafetería y me pone nerviosa la llamada semanal a mi madre, aunque de lo único que hablamos es de la tele y de lo que cenó la noche anterior. Al menos ahora tengo algo por lo que preocuparme de verdad. Mi nombre aparece en una lista de personas que están muriendo, así que está bien que eso me angustie. Es como si por fin mis emociones concordaran con la realidad y eso me hace sentir mejor. ¿Te parece un disparate?

—Creo que no —le dijo Ethan—. ¿Para qué preocuparte por pedir un café si puedes preocuparte por terminar asesinada?

—Podría decirse así.

—Disculpa, no quería ser frívolo.

—No, no te preocupes —dijo Caroline, aunque Ethan ha notado que lo que acaba de decir ha enfriado la conversación—. Creo que estar condenada a muerte te hace ver las cosas desde otra perspectiva.

—De todas formas, siempre estamos condenados a muerte.

—Sí.

Un silencio de nuevo, y Ethan se contuvo para no añadir nada.

—Sé que ya te lo he preguntado, pero ¿se te ha ocurrido qué podría unir a las personas que aparecemos en la lista? —preguntó en su lugar—. ¿Qué lazo tenemos?

—Ni idea. Creo que es el azar, que nos eligieron aleatoriamente.

—Mi última teoría es que la lista es una cortina de humo. Que alguien quería asesinar a Frank Hopkins, el primero en morir. El asesino elaboró una lista con nueve personas más elegidas al azar y la envió a todos. Después mató a Frank y la policía está tan ocupada con la lista que cierra

los ojos ante el sospechoso que tiene justo delante.

—Pero han muerto dos personas más —dijo Caroline.

—Puede que sea simple casualidad. Piénsalo, cualquier lista de nueve personas es una lista de personas que van a morir.

—Pero no que vayan a morir asesinadas.

—Cierto.

—Acabas de resumir el argumento de una novela de Agatha Christie, no recuerdo cuál —señaló Caroline.

—*El misterio de la guía de ferrocarriles*, un libro de Poirot.

—Es verdad. ¿Te gusta la novela negra?

—De niño era muy aficionado —reconoció Ethan—. Leí todos los libros de Agatha Christie, los de Fletch y el padre Brown. Cosas así. Luego, descubrí a Charles Bukowski y a Jack Kerouac, y dejé de leer suspense.

—Yo también leí los libros de Christie de niña. Luego, descubrí a Jane Austen.

—Al menos tenemos a Agatha Christie en común.

—Tenemos muchas cosas en común. A los dos nos gusta la poesía. También tenemos un sentido del humor muy parecido… ¿Qué más?

—¿Estamos en la lista de un asesino?

—Eso es, estamos en la lista de un asesino —dijo Caroline.

Otro silencio corto y Ethan se obligó a no romperlo. Lo hizo Caroline.

—Creo que debería acostarme.

—Claro. Me gusta haber hablado contigo, ha sido bonito.

—Sí, lo ha sido. Ahora tenemos otra cosa en común.

—A los dos nos parece bonito hablar por teléfono.

—Estamos chapados a la antigua.

—Sí, los jóvenes ya no lo hacen.

>—No.

—¿Te puedo llamar más veces? —preguntó Ethan.

—Cuando quieras.

8

Martes, 20 de septiembre, 13:03

Fischer siguió la Ruta 1 en dirección norte hasta llegar a las afueras de Rockland, en el estado de Maine. Entró con el Equinox en el aparcamiento de una marisquería para cambiar de sentido, pero cuando estaba a punto de volver hacia el sur, decidió que estaría bien llenar un poco el estómago. Aunque no tenía mucha hambre, podía aprovechar el rato para llamar a Brandon y ver si había averiguado algo más sobre el paradero de Jessica Winslow. Brandon era otro colaborador del que solo conocía la voz al teléfono y un nombre sin duda falso, pero era quien le proporcionaba toda la información que necesitaba sobre su presa desde que empezó a trabajar de asesino a sueldo. Venía a ser la biblioteca de consulta para aquella profesión tan particular.

Fischer nunca había estado en Maine, así que pidió un rollo de langosta de veinte dólares para celebrar la ocasión. Una joven bastante atractiva le preguntó si lo quería con mayonesa o mantequilla y, ante sus dudas, le propuso un «¿qué tal las dos cosas?» y a él le pareció bien.

Fuera refrescaba y el cielo amenazaba lluvia. Aun así, se sentó en una de las mesas de la terraza. Casi no tenía cobertura. Llamó a Brandon.

—Si está escondida ahí —dijo Brandon—, no he podido encontrar a nadie en esa zona de Maine que tenga alguna conexión con ella.

—¿Y en Maine en general?

—Tiene un amigo en Portland.

—¿Qué clase de amigo?

—Eso no lo sé. Lo tenía en una vieja cuenta de Facebook. Un tal Jay Anderson. Es barista. No tengo nada más.

—De acuerdo, gracias.

En cuanto terminó el rollo de langosta (en su calidad de neófito, mucho mejor con mantequilla fundida), Fischer consultó la aplicación de mapas. Estaba claro que Jessica Winslow sabía que estaba en el punto de mira y que se había escondido. Quien la quería muerta la hizo seguir y, en algún punto de la Ruta 1, se perdió el rastro. Lo más seguro era que solo fuera un coche y que se quedara a cierta distancia, con más razón en una carretera grande como aquella. En algún momento volverían a pisar el acelerador para darle alcance y ya no la encontraron: habría abandonado la Ruta 1. Por supuesto, Jessica podría haber ido hacia el interior, pero tenía más sentido que se desviara hacia la península de St. George. Iba a

empezar por ahí. No era precisamente pequeña, de hecho, había tres pueblos, pero solo tenía una carretera. Optó por centrarse en las casas de campo y en las residencias más cercanas a la costa. Buscaría el coche. Jessica Winslow era de clase alta: si necesitaba un lugar para esconderse, le pediría prestada la casa de veraneo a algún amigo. Era lo más lógico.

Fischer entró en la península. Había campos de cultivo a ambos lados de la carretera, entreverados de bosques con copas que ya cambiaban de color. Cuanto más se adentraba, más espesaba la niebla. Cuando por fin vio el océano solo distinguió las piedras negras y la espuma blanca de la orilla. La niebla cubría todo lo demás, aunque se despejaba en algunas partes e incluso dejaba ver una isla oscura salpicada de árboles no muy lejos de la orilla. Se le pasó por la cabeza si Jessica Winslow no estaría en una isla —había visto carteles que anunciaban servicios de ferri— y que, de ser así, iba a ser muy difícil dar con ella. Fischer descartó la idea y se centró en buscar coches blancos en la puerta de las casas y luego en comprobar si eran un Camry. En Tenants Harbor vio un Camry blanco aparcado delante del supermercado y, por un momento, pensó que le había tocado el gordo, pero la matrícula no coincidía.

Tomó algunas bocacalles, casi todas sin salida, fijándose sobre todo en las casas que parecían de veraneo. Algunas no tenían ningún coche en la puerta (estaba claro que la temporada había terminado) y otras tenían un acceso muy largo o estaban rodeadas de pinares. De momento las pasó por alto. Si hacía falta, volvería a comprobarlas, pero por ahora confiaba en la suerte. Fue hasta Port Clyde, el pueblo más alejado de la península, y siguió una carretera que llevaba hasta un bonito faro con un centro para visitantes. En el aparcamiento había un sedán blanco, era un Corolla. Dio media vuelta y tomó otra carretera que lo llevó al centro del pueblo. Un ferri descargaba pasajeros en el muelle. Aparcó, se puso la gorra de los Toronto Raptors y dio una vuelta a pie por el pueblo, mirando los coches y también el puerto. El cielo seguía negro, pero había un hueco entre las nubes por el que la luz del atardecer se colaba e iluminaba un pedazo de agua en calma. En lo alto revoloteaban las gaviotas y el aire olía a mar. Fischer se había criado en la costa del golfo de Florida, con una familia y en una ciudad que siempre deseó abandonar y que de hecho abandonó en cuanto cumplió los requisitos para alistarse en el Ejército. Nunca pensó que sintiera nada especial por el océano, pero ese olor que desprendía ahora, tan distinto al de Florida a pesar de ser el mismo mar, le evocó una infancia larga y angustiosa en la que su padre a veces tenía trabajo, pero casi siempre no, y su madre solía estar ausente, muchas veces borracha. Fischer era el mayor de cuatro hermanos y casi todas las noches le tocaba a él preparar la cena.

Tenía la esperanza de encontrar pronto a Jessica Winslow para coger otra vez el volante y regresar a casa en Virginia con la familia.

Sorprendió a una joven que lo observaba: bajaba del ferri con una

mochila a la espalda y un perro mestizo de *pitbull* de la correa. Tenía la piel clara y pecosa —no muy diferente a la de Fischer— y el cabello pelirrojo. Le arqueó una ceja y eso le hizo apartar la mirada a ella. Se le ocurrió que localizar a Jessica Winslow en Maine podría ser más sencillo que encontrar el coche. Todas las personas que había visto eran blancas, así que sería fácil dar con alguien que no lo fuera, como Jessica. Él mismo era un hombre blanco con esposa negra y tres hijos, así que pensaba bastante en temas raciales. La gente no paraba de decir que en Estados Unidos todos eran iguales, pero eso solo significaba que los que mandaban estaban encantados de joderte la vida sin importarles el color de tu piel.

Fischer regresó al coche y salió del pueblo, empezó a alejarse de la península y a tomar vías secundarias siempre que podía sin perder de vista los coches aparcados en las entradas. Luego volvió a la Ruta 1 y decidió pasar por Rockland. Según el GPS parecía una ciudad de tamaño decente. El coche que había perdido a Jessica al sur de la ciudad habría pasado a toda velocidad para ver si seguía hacia el norte. Así que cabía la posibilidad de que se dirigiera a Rockland. Entró en la ciudad y aparcó en una calle principal con edificios de ladrillo y escaparates a ambos lados.

Empezaba a anochecer y tenía claro que no la iba a encontrar. Francamente, habría sido un milagro. Aun así, dio un paseo por la ciudad. Miraba hacia los escaparates, aunque en realidad observaba los reflejos de los coches que pasaban por detrás, en busca del color blanco. Pasó por un restaurante y leyó el menú; le intrigó el plato especial de la noche: cocochas de bacalao salteadas. Su esposa cocinaba bien, pero no era muy imaginativa. Le gustaban el pollo, los filetes y las hamburguesas. No le entusiasmaba gran cosa el pescado y nada en absoluto cualquier plato que le recordara al animal que iba a comer. Le encantaba el *pulled pork*, pero no las costillas, y muchas veces se ponía como una loca si lo veía comer algo con hueso. Por eso, cada vez que Fischer salía de misión le gustaba aprovechar para probar platos innovadores. En la carta que estaba leyendo había ostras y hacía mucho que no las probaba. Sin duda alguna, era mejor comer sin tener a Valerie al lado mirándolo con cara de espanto.

Pero, antes de eso, necesitaba un sitio para dormir. Aunque había pasado por varios moteles en la Ruta 1, prefería no hacer noche en un lugar donde hubiera que pagar con tarjeta de crédito a menos que fuera del todo inevitable. Sabía que estaba siendo demasiado precavido, pero en lo que llevaba de vida ser demasiado precavido le había salido bien. Volvió al coche y, después de seguir un rato hacia el norte por carreteras secundarias, encontró un apartadero sin coches aparcados. Caminó unos cien metros por un sendero oscuro y bordeado de pinares hasta un claro lo bastante grande como para montar la tienda de campaña. Regresó al coche.

El plan era volver a la ciudad y comer en el restaurante chic de las ostras

y las cocochas de bacalao. Intentaría sentarse junto a la ventana para ver pasar coches y personas. Luego volvería al sendero, aparcaría y dormiría en la tienda para madrugar y volver a la carretera en cuanto amaneciera. De esa forma, tendría el día entero para buscar un Camry blanco y a Jessica Winslow. Estaba en alguna parte y la iba a encontrar.

9

Miércoles, 21 de septiembre, 11:14

Jessica ya llevaba allí dos días y aún no había descolgado el teléfono de pared de la cocina para comprobar si había señal. Cuando lo hizo le sorprendió escucharla, sobre todo por lo antiguo que era el aparato. Verde claro, el color de las cocinas pasadas de moda, y con un cable rizado para el auricular.

Por la noche consultó el correo. En un mensaje, Aaron la felicitaba por haberle dado esquinazo a la escolta. También le pasaba el número de teléfono de Arthur Stearns Kruse, el padre de Arthur Kruse. Le decía que uno de los agentes al cargo de la investigación iba a hablar con él y que esperase al menos un día para llamarlo.

Aunque estaba desesperada por hablar con Art Kruse y tratar de averiguar si conocía a su padre, esperó. En su primer día en Maine apenas salió a la calle, solo dio un paseo a primera hora de la mañana hasta un faro blanco que se alzaba sobre unas rocas metidas en la costa. La niebla estaba helada y era tan compacta que Jessica ni siquiera veía el océano que se abría pasado el faro, la luz giraba y giraba sin parar y la sirena estallaba a un ritmo incansable. Era como si hubieran cubierto la costa con un manto gris. En realidad, no: era como mirar hacia la nada, como si el mundo dejara de existir más allá de un punto.

Desde el faro se dirigió a pie hasta Port Clyde, apenas un puñado de muelles y edificios siguiendo la línea del bullicioso puerto. Tenía un restaurante, una tienda de helados y un supermercado. Jessica entró en el súper, compró algo de comida y vino para unos días, y acarreó las pesadas bolsas de vuelta a casa.

Durante el resto del día trató de hacerse a la que iba a ser su nueva vida por un tiempo. El libro que había empezado a leer no estaba mal (trataba de la vida después de una devastadora plaga), pero, en los ratos que pasaba entre atracones de lectura, daba vueltas angustiada de un lado a otro de la casa. A la hora de cenar preparó pasta con almejas y la acompañó con media botella de *chardonnay*. Encendió la televisión y, después de media hora sin averiguar para qué servían los tres mandos, se acomodó para ver *Río Bravo* en TCM. Era una de las películas favoritas de su padre y no recordaba que fuera tan divertida. Tuvo ganas de llamarlo, pero era imposible: estaba ingresado en una residencia asistida y hacía ya tiempo que le costaba reconocer a los familiares que iban de visita. Mucho más

por teléfono.

«Debería llamar a mi madre», pensó. Al menos, podría decirle que estaba en un caso y que quizá le costara localizarla. También podía preguntarle por Art Kruse, aunque dudaba que supiera de él. Aun así, estaría bien pedirle que preguntara a su padre. Si bien su estado empeoraba, aún tenía momentos de lucidez, sobre todo cuando se trataba del pasado más lejano.

Esa es la razón por la que su primera llamada a las once y media de la mañana siguiente fue al móvil de su madre, que la recibió un alegre «hola».

—Mamá, soy Jessica.

—Vaya, no me salido tu número. Qué raro.

—Te estoy llamando desde otro teléfono. Y justo por eso quería hablar contigo. Estoy hasta arriba de trabajo y voy a pasar unos días sin atender el móvil.

—¿Qué pasa? Mejor no me lo digas, solo conseguirás preocuparme. ¿Estás en casa? ¿Te puedo llamar?

—Hace tres años que no tengo línea fija. De todos modos, si es una emergencia, envíame un correo electrónico, ¿te parece?

—De acuerdo, cariño. Adivina dónde estoy ahora mismo.

—Ni idea, ¿dónde?

—Almorzando en casa de Margie Lowry. ¿Te acuerdas de Margie?

—Creo que sí.

—¿Y de Danny Lowry?

Emergió el recuerdo de un niño pelirrojo con una timidez incómoda y gafas de culo de vaso. Jessica y él habían ido a la misma clase desde la guardería hasta acabar el instituto, aunque creía que nunca habían cruzado una sola palabra.

—Recuerdo a Danny. ¿Estás en casa de su madre?

—Ha organizado un almuerzo con las antiguas jefas de exploradores, las madres del «equipo *brownie*».

—Parece divertido. No te entretengo más, pero ¿te puedo pedir un favor?

—Claro —dijo su madre. Jessica oyó la charla de fondo, el cotilleo de un grupo de ancianas.

—¿Cuándo vas a visitar a papá?

—Pensaba ir esta tarde después de comer. Ahora Margie vive en Westford, así que estoy a medio camino…

—Cuando lo veas, ¿puedes preguntarle por uno de sus viejos amigos? Un tal Art Kruse.

—¿Art Kruse? ¿Y dices que era amigo de tu padre?

—Estoy casi convencida. ¿A ti no te suena de nada?

—La verdad es que no, cariño, pero podría ser. De todas formas, ya sabes que papá…

—Lo sé, será difícil que se acuerde. Aun así, pregúntale. ¿Te has

quedado con el nombre?

—¿Puedes enviarlo por mensaje?

—No, no puedo.

—Claro, claro, no tienes teléfono. Dijiste que se llamaba Art Kruse, ¿me lo deletreas?

Jessica le fue dando las letras y su madre prometió que intentaría averiguar algo. Lo más seguro era que no sirviera de nada, pero tampoco pasaba nada por probar.

Cuando terminaron de hablar, marcó el número de Art Kruse en Florida. Después de varios tonos de llamada, escuchó una voz ronca de hombre.

—¿Dígame?

—¿Es usted Art Kruse?

—Depende de con quién hable.

—Señor Kruse, soy la agente Winslow del FBI. Imagino que ya se ha puesto en contacto mi colega…

—Sí, ayer mismo. Me preguntó por un centenar de personas que no conozco de nada, pero no me dijo de qué se trataba. Supongo que tendrá que ver con la muerte de mi hijo.

—Lo lamento mucho, señor Kruse —dijo Jessica.

—Bueno. No teníamos una gran relación, pero era mi hijo al fin y al cabo.

—No le haré muchas preguntas, pero estoy investigando un nombre en concreto y quiero estar segura de que no lo conoce. ¿Le importa?

—Claro. No creo que hoy pueda darle más información de la que les di ayer. De todos modos, dispare.

—Se trata de Gary Winslow. Tendrá más o menos su misma edad. Tómese su tiempo para pensarlo.

Jessica se había presentado como la agente Winslow, así que el hombre podía atar cabos; confió en que no fuera así. Kruse carraspeó.

—He conocido a un par de Gary y es posible que uno de ellos se llamara Winslow, pero no estoy seguro.

—¿Cómo lo conoció?

—Deme un segundo para pensar… Ha pasado mucho tiempo, pero me parece recordar que un tal Gary estuvo de visita en la casa del lago en Nuevo Hampshire. Yo debía de estar en la universidad.

—¿De quién era la casa?

—Mis padres compraron una cabaña en Squam Lake cuando ya había terminado el instituto. Habrá desaparecido o, si sigue en pie, ya no pertenece a ningún Kruse. Una vez vino un chico que se llamaba Gary, llevaba barba y melena de *hippie*. Nuestros padres eran amigos. Creo que se apellidaban Winslow. No estoy muy seguro, pero me suena.

—Aparte del pelo, ¿tiene algún otro recuerdo de Gary?

Hubo un silencio y a Jessica le habría encantado verle la cara a Art

Kruse en ese momento. Aunque solo lo oía por teléfono, estaba convencida de que callaba algo.

—No —dijo al rato—. Me pareció un colgado.

—¿Y qué hay de los padres de Gary? ¿Se acuerda de ellos?

—Creo que no los reconocería. Eran como mis padres y pasaban el rato jugando a las cartas. También recuerdo las quejas de mi madre por que se quedaran tanto tiempo.

—¿Cuánto estuvieron?

—Ni idea. Imagino que un par de semanas, pero Gary pasó con nosotros todo el verano.

—¿El verano entero?

—Sí, le dieron trabajo en la gasolinera del lago y se alojó en casa.

—Entonces, debió de conocerlo bastante bien.

—La verdad es que no, ya se lo he dicho.

Jessica le hizo unas cuantas preguntas más con la esperanza de sacar algo en claro, pero, o bien no recordaba mucho a su padre, o bien no lo quería decir. Antes de terminar la llamada, volvió a darle el pésame por su hijo.

—Gracias.

—Hablé con él por teléfono hace menos de una semana. Parecía muy agradable.

—Así es. Qué se le va a hacer, eligió su camino.

Jessica tuvo la sensación de que se le quebró levemente la voz, una sombra de emoción, pero quizá no fuera más que la ronquera. Era probable que fuera un fumador empedernido como su propio padre.

10

Miércoles, 21 de septiembre, 15:03

Fischer había pasado el día entero al volante buscando de forma metódica el rastro de Jessica Winslow o de su Camry, sin dejar de mirar uno solo de los pueblecitos costeros, las carreteras secundarias y las vías muertas al sur de Rockland.

Le empezaba a preocupar que quien la siguió en su huida hacia Maine y se despistó al sur de Rockland la perdiera de verdad. Si Jessica se le escapó por la Ruta 1 hacia el norte, podía estar en cualquier lugar. De haber querido, a esas alturas podría haber llegado a Canadá sin problema. Y, si ese era el caso, iba a necesitar un milagro o algo de ayuda extra para dar con ella.

Con todo, seguía confiando en que salió de la Ruta 1 entre Damariscotta y Rockland. Precisamente, cuando sonó el móvil estaba en Damariscotta, metido en el coche y estudiando un mapa que había comprado en una tienda llamada Renys. Era Brandon.

—Hola —dijo Fischer.

—Hola, ¿ha habido suerte?

—No, sigo igual.

—Puede que yo tenga algo —dijo Brandon.

—Dime.

—Quizá no sea nada, pero me he entretenido haciendo una lista de todos los contactos de la página que Jessica Winslow tenía en Facebook y de un perfil abandonado de LinkedIn. Incluso he conseguido rascar algunos nombres en una vieja cuenta de Friendster. Revisando las redes sociales de todos los de la lista, he encontrado a una compañera suya de la universidad que tiene una cuenta de Instagram. Se llama Gwen Murphy y vive en Boston, pero su *feed* está lleno de fotografías en Maine. Por lo visto tiene una casa allí. La mayoría de las fotos son de Port Clyde, un pueblo…

—De la península de St. George.

—Exacto. Supongo que ya habrás pasado por ahí —dijo Brandon.

—Sí, pero echaré otro vistazo.

—No es gran cosa, pero pensé que te vendría bien la información.

Fischer arrancó, feliz de tener un hilo del que tirar por mucho que al final no resultara en nada. Desde el primer momento tuvo la corazonada de que Jessica Winslow le habría pedido las llaves de la residencia de

verano a alguien, a algún amigo. Era la opción más lógica. Y podía ser que esa persona fuera Gwen Murphy. Abandonó la carretera principal de vuelta hacia la península a través de un paisaje ya conocido de colinas suaves, los colores del primer otoño y la luz de la tarde. Maine era agradable y le empezaba a apetecer pasar allí las vacaciones con la familia, el próximo verano tal vez. Tenían la costumbre de alquilar una casa en las Smoky Mountains, pero no estaría mal cambiar de aires. Aunque la cercanía al océano le traía recuerdos de su penosa infancia en Florida, lo podría sobrellevar. Además, a su hija pequeña le gustaba tanto como a él el marisco, el que fuera.

Cuando llegó a las afueras de Port Clyde, Fischer redujo la velocidad para examinar todos los coches que había aparcados en los caminos de acceso. Se dirigió de nuevo hacia el faro, quería verlo con la niebla despejada. Aparcó y bajó del coche. Le sorprendió ver tantas islas, algunas no muy alejadas de la costa. El agua estaba salpicada de boyas para pescar langostas en las que quedaba atrapada la última luz del día. Con gusto se habría quedado un rato para disfrutar del panorama, pero volvió a ponerse en marcha y fue al centro del pueblo en busca de bocacalles que todavía no hubiera probado. Tomó la primera a la izquierda en dirección noroeste desde el supermercado: Horse Point Road. La calle subía un poco para mostrar el puerto en toda su amplitud y estaba flanqueada por casas con encanto y techo de tejas; en algunas, un cartel en la fachada las anunciaba en alquiler.

Cuando casi había recorrido una milla por la carretera, Fischer vio un Camry blanco aparcado frente a una casa gris de dos plantas con decoración de color azul. Frenó un poco, lo suficiente para comprobar la matrícula: era el coche de Jessica Winslow.

La había encontrado.

Lo recorrió de arriba abajo un sobresalto electrizante que le cosquilleó la nuca. Se giró hacia la casa, pero enseguida volvió a mirar la calzada: había distinguido una silueta en la primera planta y miraba en su dirección.

También lo habían visto.

Horse Point Road no tenía salida y al fondo tuvo que cambiar de sentido muy despacio. Se le pasó por la cabeza entrar por el acceso de la casa en la que se ocultaba Jessica Winslow, tirar abajo la puerta y matarla dentro, pero habría sido una estupidez en muchos sentidos. Era agente del FBI y lo más seguro es que estuviera armada. Además, aunque la pillara desprevenida, no habría forma de que la muerte fuera indolora. Y el cliente lo había exigido.

Recorrió la calle en dirección contraria sin mirar hacia el coche ni hacia la casa. Tal vez Jessica pensara que se había confundido.

11

Miércoles, 21 de septiembre, 16:22

Jessica Winslow estaba hablando por teléfono con su padre cuando vio un Chevy Equinox de color gris que pasó a poca velocidad por delante de su casa. El hombre que iba dentro (aunque bien podría haber sido una mujer) se giró hacia su coche. Lo único que pudo ver era que llevaba puesta una gorra de béisbol.

La calle no tenía salida, así que le dijo a su padre que volvería a llamarlo y corrió al dormitorio de invitados para coger un par de prismáticos que había visto en una estantería. Fue con ellos al dormitorio principal, colocó una silla de escritorio frente a una de las dos ventanas y enfocó. No tuvo que esperar más de treinta segundos para que el coche volviera a pasar por delante, sin reducir la velocidad esa vez. También vio la matrícula, pero estaba manchada de barro y solo consiguió distinguir el número tres y lo que podría ser la letra ele.

La matrícula estaba oculta a propósito y eso quería decir que la habían encontrado. La invadió de súbito una mezcla de miedo y júbilo. Ahí lo tenía. ¿Cómo lo había logrado? La habrían seguido desde Albany o quizá escucharan su conversación telefónica con Gwen, aunque no se le ocurría cómo. En cualquier caso, si la habían seguido hasta ahí, debieron de hacerlo con varios coches porque no había notado nada.

¿La persona del coche sería el cerebro que había elaborado aquella lista o solo obedecería órdenes? Lo mismo podía estar allí para matarla que solo para encontrarla. Notó un cosquilleo eléctrico en todo el cuerpo, como un zumbido, y fue a por la pistola. Quería tener a mano su Glock 27.

Mientras trataba de decidir lo que iba a hacer, recordó que tenía que llamar a su padre aunque solo fuera porque se lo había dicho. Cuando le mencionó a Arthur Kruse, había guardado un largo silencio y luego le preguntó si lo conocía de algo.

—No lo sé, papá —le respondió Jessica—. Quería saber *si* te sonaba. De haber coincidido con él, fue hace muchos años.

Otro silencio.

—Aún no sé dónde he aparcado el coche —dijo su padre al rato.

Era lo último que dijo antes de que Jessica interrumpiera la llamada de forma tan brusca. Lo cierto era que no hacía falta que llamara otra vez porque él ya no recordaría esa primera conversación. Aun así, cumplió su

palabra.

—Papá, soy Jessica, tu hija.

—Sé que eres hija mía.

—Quería despedirme como es debido, antes tuve que cortar la llamada.

—Eso está bien. —Parecía resfriado.

—¿El qué está bien?

—Despedirse como Dios manda. Ya no se estila.

Jessica rio.

—Es cierto. Bueno, papá, voy a colgar. Te quiero.

—¿No me habías preguntado tú por el pequeño Artie Kruse?

Jessica, que seguía sentada en la silla del dormitorio, se levantó.

—Sí, he sido yo.

—Ese mocoso era un pequeño tirano.

—¿Cuándo lo conociste?

—No sé si se puede decir que lo conocí, pero pasé un verano en una casa que tenían sus padres en Squam Lake.

—Sí, eso me habían dicho.

—Yo quería que hablara de ello, que habláramos de lo que habíamos hecho. Pero él no. Él hacía como si nunca hubiera pasado.

—¿El qué no había pasado?

—Lo que hicimos de críos.

—Claro… —dijo Jessica y bajó la voz. Su padre empezaba a agitarse, como hacía cada vez que no conseguía alcanzar algún recuerdo—. ¿Por qué crees que no quería hablar del tema?

—Porque no quería pensar en ello tal vez. Cuando la gente no tiene ganas de hablar de algo, suele ser por eso.

—Estoy de acuerdo. En cambio, tú no querías olvidar, papá. Necesitabas hablar con él. Eso significa que querías recordarlo.

—¿De qué estábamos hablando, Rose?

Rose era la madre de Jessica, pero pasó por alto el desliz. Sabía que su padre estaba a punto de perder el hilo.

—Estamos hablando de Art Kruse, del pequeño Artie Kruse. Me decías que no quería hablar de algo.

Hubo un largo silencio y Jessica supo que lo había perdido.

—¿Y dices que yo lo conozco? —dijo cuando volvió a hablar.

—Creo que no, papá —dijo—. Por cierto, estaréis a punto de cenar.

—Seguro que nos dan macarrones con queso otra vez.

—¿Y eso es malo?

—Supongo que no.

—Papá, tengo que despedirme. Te quiero.

—Yo también te quiero, Rosie.

Jessica empezó a dar vueltas con la pistola enfundada en la cadera. Necesitaba aclarar las ideas y tenía mucho en lo que pensar. Para empezar, existía una conexión entre su padre, el de Arthur Kruse y algo (algo malo)

que habían hecho los dos. No sabía el qué, pero estaba convencida de que aquello era la clave de lo que estaba ocurriendo en el presente. De todos modos, lo más apremiante era el Equinox gris que había frenado al pasar por delante de la casa. La había visto, pero también lo había visto a él. No iría a por ella esa noche. Estaba encerrada y armada, y se sentía en relativa seguridad. En el fondo, sin embargo, deseaba que lo intentara.

Se preguntó si la habría distinguido en la ventana, si era consciente de que también lo había visto. De ser así, cabía la posibilidad de que el tipo se hubiera largado, imaginando que pediría refuerzos. Pero Jessica no iba a llamar a nadie, todavía no. Podía ir a por él: sabía cuál era el coche y que estaba por la zona. Pero de momento era de noche y tocaba cerrar las ventanas. Le daría caza al día siguiente.

12

Miércoles, 21 de septiembre, 23:41

La última partida la había perdido Fischer, así que metió ocho monedas de veinticinco centavos por la ranura para que cayeran las bolas y las colocó en posición de juego mientras Donald Bennett lo observaba apoyado contra el palo de billar y con la concentración forzada de quien va como una cuba.

—Esta vez colócalas bien —le dijo.

—Claro, jefe —respondió Fischer—. Pero no cambiará nada. Sacas de pena.

Donald dejó escapar un bufido, igual que si hubiera empezado a decir algo y acabado en una pedorreta y, con una amplia sonrisa, se tambaleó hacia él como columpiándose. Rozó con los dedos de la mano derecha el bisoñé que llevaba puesto Fischer, el de pelo negro y corte *mullet* que le hacía parecer el típico idiota capaz de perder una partida de billar contra el más borracho del bar.

Había fichado a Donald dos horas antes, cuando le dijo algo a la camarera que estaba agotada y que puso los ojos en blanco en cuanto le dio la espalda para sacar una Miller Lite de la nevera. El bar era el Lobster Pot, un edificio de hormigón de una sola planta junto a la carretera, a mitad de camino hacia la península desde Port Clyde. Fischer llegó a las ocho y pasó el rato bebiendo con calma tres cervezas y comiendo una hamburguesa reseca mientras buscaba a alguien que le pudiera valer. Le sorprendió que hubiera tan pocos bebedores solitarios, aunque también cayó en la cuenta de que era un miércoles de septiembre. Una mujer entró sola guardando el equilibrio a duras penas sobre unos tacones de aguja, pero solo se pasó a cotillear un rato con la camarera y beber un *amaretto* antes de marcharse. También había un hombre solo, un sesentón que bebía su cerveza de barril casi tan despacio como Fischer la suya, y que, a pesar del pelo grasiento y del abrigo raído, parecía un tipo listo y, lo que era más importante, desconfiado.

Estaba a punto de darse por vencido cuando Donald Bennett asomó por la puerta sin apenas tenerse en pie. Se acomodó en un taburete de polipiel y la camarera le tendió la mano con la palma en cazo. Él le dio una palmada, rebuznó un «¿qué pasa?», echó a reír y rebuscó en los bolsillos de los vaqueros para darle unas llaves. Luego le dijo algo más que Fischer no descifró.

—Lo mismo te digo, Donald —respondió ella después de soltar las llaves en una pecera vacía al final de la barra.

A Fischer no se le escapó cómo entornó la mujer los ojos cuando fue a por la cerveza. Ese flojeras de chaqueta vaquera y gorra de los Steelers era un cliente habitual, y de los que no caían bien.

Fischer solo tuvo que comprar un blíster de monedas de veinticinco centavos a la camarera y acercarse a la mesa de billar. Después de pasar un rato jugando él solo, el tipo se acercó, se presentó como Donald Bennett, le explicó a Fischer cómo se sujetaba el taco y le preguntó si le apetecía jugar con él. Para cuando ya llevaban siete partidas y Fischer le había pagado a Donald tres cervezas y dos chupitos, ya eran amigos íntimos. Le contó a Donald que era de Nuevo Hampshire, que acababa de llegar para visitar unas casas en venta y que estaba pensando en abrir un centro de *paintball*. Donald no conocía mucho el tema (se ganaba la vida reparando redes para las trampas de langosta), pero sabía que, si Fischer tenía ganas de *metesaca*, se había equivocado de bar. Cuando lo dijo se rio como una hiena, mostrando una fila de dientes que parecían tocones putrefactos. A Fischer se le pasó por la cabeza que, si aquello fuera una película, su esposa refunfuñaría y empezaría a hablar con la pantalla al ver el cliché.

—¿Vives por aquí?

Donald le explicó que, aunque no vivía ni a media milla, la camarera Teri siempre le pedía las llaves al llegar.

—Como si no pudieras conducir una puta milla después de unas cervezas —dijo Fischer con asombro.

—Exacto, es una zorra. —Miró hacia la barra para comprobar que no lo había oído.

Al terminar la noche, Fischer llevó a Donald a casa, una pequeña granja que había heredado a la muerte de sus padres. Dentro el papel pintado se despegaba de las paredes y olía a tabaco y a carne podrida.

—Te mentí, amigo mío —dijo Fischer mientras bebían una copa de Fireball—. No te he dicho para qué he venido a Maine.

—¿En serio?

Donald encendió un cigarrillo y tiró la cerilla al suelo. Fischer estaba sentado en una silla cubierta por una especie de tejido sintético a cuadros. El tapizado tenía manchas negras y rizadas que marcaban los puntos donde habían ido cayendo cerillas. Le sorprendió que Donald Bennet hubiera conseguido sobrevivir tanto tiempo sin quemarse a lo bonzo en su propia casa.

—Verás, te cuento esto porque me caes bien y quizá me puedas echar una mano —dijo Fischer—. Puedo pagarte si hace falta, tío, tengo pasta. Mi novia está viviendo en Port Clyde. Me dejó hará unos tres meses y se largó con cincuenta mil. Son míos.

—Qué coño, tío —dijo Donald, dando unos golpecitos al cigarrillo.

—Como lo oyes. El problema es que creo que me ha visto. Conoce mi

coche y me gustaría…

—Si necesitas ayuda para recuperar el dinero, cuenta conmigo.

En realidad, Fischer solo buscaba un sitio para pasar la noche y, como mucho, un coche prestado para el día siguiente. Pero se quedó dando vueltas a lo que acababa de oír. Era posible que ese despojo humano fuera más útil de lo que había pensado.

—¿Por qué se llevó la guita? —preguntó Donald alzando la voz y con auténtica sorpresa, como si la idea de que quisieran hacerle daño a su nuevo mejor amigo fuera un arcano.

Fischer se quedó pensativo y tardó en responder. Cuando apartó la vista del techo de placas de poliestireno para mirar a Donald Bennett, no le sorprendió que su nuevo amigo estuviera inconsciente, sentado todavía y con un cigarrillo humeante entre los dedos. Fischer le apagó el pitillo, lo tapó con una colcha de la abuela y fue a echar el ojo al resto de la casa.

Mientras husmeaba con cuidado de no dejar huellas sobre ninguna superficie dura, siguió barajando opciones para el día siguiente y pensando en cómo podría servirse de Donald Bennett. La casa tenía tres pequeños dormitorios en la planta superior. Estaba claro que uno de ellos había sido el de los padres de Donald; seguía con el mismo aspecto, las ventanas cubiertas por unas pesadas cortinas marrones, un cubrecama de felpa y otra colcha hecha a mano. Una fina capa de polvo se había quedado adherida a todo lo que había en aquella habitación.

Donald seguía durmiendo en su habitación de niño, era evidente, y, por lo que parecía, tampoco había cambiado nada. En la pared, un póster de Nickelback y un colchón sin sábanas sobre el suelo. Junto al colchón había un cenicero lleno a rebosar y pañuelos de papel engurruñados. La peste que llenaba la casa salía de la tercera habitación de esa planta. Estaba llena de bolsas de basura, algunas abiertas y goteando. Fischer entró lo justo para encender la luz y oyó el correteo de algún roedor en busca de un lugar donde ocultarse. ¿Quién empezaría a subir allí la basura? Sería la parte del matrimonio que sobreviviera a la otra. Donald no era tan tonto como para no saber qué hacer con la basura, pero aún no había sido capaz de vaciar la habitación.

Después de escribir a su esposa para darle las buenas noches y decir que todo iba bien en el congreso de Ohio sobre herramientas eléctricas, se acostó sin desvestirse ni deshacer la cama del dormitorio principal de los Bennett y consiguió dormir seis horas del tirón.

13

Jueves, 22 de septiembre, 10:43

No sabía gran cosa de la persona que había escrito la carta y que había asesinado por lo menos a otras tres. Pero sabía que no mataba al azar ni en plena calle. Al menos de momento. Había ahogado a Frank Hopkins en la orilla de una playa, disparado a Matthew Beaumont por la espalda en un lugar apartado y envenenado a Arthur Kruse con un sofisticado artilugio. En ninguno de los tres casos había testigos. Era por eso por lo que Jessica se sentía en relativa seguridad mientras disfrutaba de su café matutino sentada en un banco frente a Port Clyde General Store.

Hacía una mañana despejada y fría, así que sostenía el vaso de papel entre las manos para mantenerlas calientes. Estaba tiritando de arriba abajo, aunque eso no le preocupaba tanto como que se le adormecieran los dedos. Llevaba la Glock en la cartuchera y podría tener que echarle mano muy rápido. Un río lento aunque incesante de coches entraba y salía de Port Clyde. En el muelle había grupos de pasajeros esperando el ferri de Monhegan Island y de las islas cercanas llegaban otros en pequeñas embarcaciones, quizá solo para tomar café o desayunar antes de volver a casa. Por detrás de un *bed-andbreakfast* de tres plantas el sol hizo acto de presencia con una luz ineficaz que Jessica trató de aprovechar deslizándose al otro extremo del banco. Vio entonces el coche que esperaba: un Chevy gris oscuro que entró en el aparcamiento del ferri y volvió a salir para remontar la cuesta que abandonaba el pueblo.

Dejó la taza de café, echó a correr hacia su coche y salió a toda velocidad levantando gravilla nada más arrancar. No debía ir tan rápido: aquello era una península y no había muchos sitios adonde el otro pudiera ir. Al llegar a lo alto de un repecho, vio el coche por delante en dirección noreste. Los separaba un camión de FedEx y lo ideal habría sido seguir detrás de él, pero aquel cacharro se las deseaba para circular a la velocidad mínima y enseguida le hizo perder de vista el Chevy, así que aceleró, lo adelantó en una curva y mantuvo esa velocidad hasta que volvió a ver el coche. Lo siguió a una distancia que le pareció prudencial. En parte, no le importaba que la viera: iba armada, que se diera cuenta de que lo seguía y fuera a por ella.

Pasaron por Tenants Harbor, descendieron una colina a través de una ensenada en marea baja y volvieron a subir la pendiente hasta que el Chevy tomó una salida a la derecha. Tras él, Jessica redujo la velocidad.

Era poco probable que no la hubiera visto todavía, pero, de ser así, aquel era mal sitio para que cambiaran las cosas. Avanzó una milla sin ver el Chevrolet. Al llegar al final de la calle oscura y arbolada, dio media vuelta y volvió a recorrerla despacio, comprobando la entrada de las casas hasta dar con una pista de tierra que había pasado por alto. Después de una curva cerrada y un taller de encimeras de granito, el camino terminaba sin salida. El Chevy solo podía estar en dos sitios: o bien se había metido en el garaje de un rancho cochambroso que había junto al camino, o bien había seguido el acceso estrecho y cubierto de maleza que se abría tras un letrero descolorido de Long Cove Quarry.

Entonces lo supo: «Es una trampa».

No pasaba nada, ella también tenía una pistola en el asiento de al lado y estaba amartillada. Fuera una emboscada o no, esa era su oportunidad. Con la adrenalina bullendo, siguió la pista a través de la espesura hasta desembocar en una explanada salpicada de máquinas oxidadas y de encimeras de granito que habían sido descartadas. El paraje estaba rodeado de riscos y tenía una poza de aguas relucientes en las que se reflejaba el colorido de las hojas de los árboles que bordeaban la cima de los barrancos.

El Equinox estaba aparcado a menos de veinte metros. Jessica frenó, apagó el motor y empuñó el arma. Un hombre bajó del coche con la vista clavada en ella. Llevaba la gorra de béisbol que había visto por la ventana el día de antes. Era una gorra de los Steelers, no acababa de encajar. Se giró hacia Jessica y levantó los brazos muy despacio para que le viera las manos vacías.

Jessica también salió del coche con el arma hacia el suelo y los dedos sobre el cañón. Dio unos pasos hacia el hombre y gritó «¡al suelo!» levantando un poco la boca de la pistola, sin llegar a apuntarle.

No oyó nada ni sintió nada, pero por un instante y sin lugar a equívoco fue consciente de su torpeza: había perdido la partida. El hombre que tenía delante era el cebo y ella había picado el anzuelo.

La bala, más rápida que el sonido que hizo al salir del Remington M24, taladró por la espalda el cráneo de Jessica Winslow y la lanzó sobre una placa de granito con aguas.

Donald Bennett se quedó petrificado; aunque oyó el disparo, no entendió qué había pasado, tan solo vio que la mujer de la chaqueta polar se levantó por los aires un instante antes de caer desplomada al suelo como una cierva con un tiro en la cabeza. Había pasado la mañana con el vértigo de vengarse de la novia de su nuevo amigo y ahora no tenía claro qué estaba pasando. Solo sabía que era malo.

Tampoco oyó el siguiente disparo, el que le alcanzó en el centro del pecho.

Cuando Fischer llegó a su Equinox y guardó el rifle en el maletero, distinguió una sirena tenue y lejana. Lo más seguro era que no tuviera

nada que ver con él, pero aun así se sintió de pronto desprotegido a plena luz del día, en una cantera con dos cadáveres y una sola salida. Sin darle más vueltas, decidió dejar los cuerpos donde habían caído y salió de la cantera tan rápido como pudo. Cuando empezó en el negocio, era meticuloso a la hora de encubrir los crímenes, pero con los años ese detalle le preocupaba cada vez menos. En la vida real, la policía no era tan buena como la pintaban las películas y las series.

Cuando salía de la península se cruzó con un coche de policía que iba en dirección contraria. Puede que hubieran dado aviso de los disparos, pero él ya estaba tomando la Ruta 1 en dirección sur. Miró el reloj y calculó que, si no hacía ninguna parada, podría estar de vuelta en la cama con su mujer a medianoche.

CINCO

Matthew Beaumont

Jay Coates

Ethan Dart

Caroline Geddes

Frank Hopkins

Alison Horne

Arthur Kruse

Jack Radebaugh

Jessica Winslow

1

Jueves, 22 de septiembre, 18:00

La casa de los vecinos no quedaba ni a cincuenta metros, así que, aunque lloviznaba, Jack Radebaugh llamó al timbre sin abrigo y con dos botellas de vino bajo el brazo.

Abrió la puerta Margaret, que lo miró de pronto con sorpresa, o sobresaltada, como si se hubiera confundido de día. Enseguida borró el gesto.

—Oh, no hacía falta que trajera nada y se presenta con dos botellas de vino.

Extendió las manos para que Jack le pasara las botellas.

—Como no sabía qué vamos a cenar, he traído tinto y blanco.

—Adelante. Eric acaba de llamar, ha salido ya de la oficina y llegará de un momento a otro.

—Aquí huele delicioso —dijo Jack.

—Costillas de ternera estofadas. Confío en que esté bien.

—Me parece perfecto.

Margaret lo acompañó hasta un salón de techo alto y le ofreció asiento en un sofá blanco que parecía caro. Sobre la mesita que había delante del sofá aguardaba un plato de aperitivos: rebanadas de pan con salmón ahumado, un pegotito con aspecto de crema agria y una pizca de cebollino por encima.

—¿Qué le pongo para beber? —preguntó Margaret. Se frotaba las manos contra la falda de pana y Jack pensó que estaría nerviosa o que, si no eran nervios, lo que tenía era angustia. El sudor le brillaba en la frente.

—¿Qué tiene?

—Puedo hacer lo que quiera, deje volar la imaginación.

Jack pidió un martini seco y Margaret desapareció en la cocina para prepararlo. Miró alrededor, la habitación estaba impoluta y también algo desangelada. No había desorden, pero tampoco nada personal. A Jack le extrañó que no hubiera estanterías ni libros, habida cuenta de que Margaret era bibliotecaria.

En el instante justo en que regresó con la bebida, la puerta se abrió y el vozarrón de Eric sonó con un «perdón, disculpas». Margaret derramó unas gotas de ginebra mientras le pasaba a Jack la copa de martini. Bebió un sorbo y la dejó en la mesa para levantarse al tiempo que Eric entraba en el salón quitándose la gabardina.

—Lo sé, soy un capullo. Cuando llego a casa ya está aquí nuestro invitado. —Lo dijo sobreactuado, como si estuviera sobre un escenario y quisiera que lo oyeran desde las inexistentes filas del fondo.

—Acabo de llegar —dijo Jack extendiendo la mano al otro lado del sofá para estrechar la de Eric, listo para el apretón.

—Bueno, sé que *usted* no cree que soy un capullo, pero esa sí. —Sonrió a Margaret, que parecía abochornada.

—Que yo sepa, nunca en mi vida te he llamado «capullo». Además, has llegado puntual, Eric, así que no te preocupes.

—Si ella lo dice… En fin, ¿tengo tiempo para tomar una cerveza y darme una ducha antes de cenar o jodo los planes?

—Por mí, adelante —dijo Jack, a la vez que el «sin problema» de Margaret.

Cuando Eric subió a ducharse con una lata de cerveza en la mano, Jack felicitó a Margaret por el martini.

—Oh —le respondió—. Muchas gracias. Es curioso, de niña se los preparaba así a mi padre… Ahora no sería adecuado.

—Qué va, es tierno.

—Tardaremos un rato en cenar, lo acompañaré con una copa de vino.

Tomó asiento en una silla de diseño con pinta de incómoda y siguió hablando.

—A veces Eric se puede pasar un poco. Es un buen hombre, pero quiere impresionarle y podría parecerle un cretino.

—He conocido a todo tipo de personas en la vida y Eric me gusta por el simple hecho de que a usted también. No se preocupe.

—Gracias. Al menos la comida estará rica… O eso espero.

—¿Cómo se conocieron?

Mientras escuchaba la versión extendida de su encuentro en la universidad, Jack volvió a preguntarse por qué las mujeres buenas acababan infaliblemente con un mal hombre. No era el mayor misterio de la existencia, pero sin duda uno de ellos. Estaba claro que Eric era justo lo que parecía a primera vista: un matón lleno de inseguridades que trataba con prepotencia a los que estaban por debajo de él y se arrastraba ante los que creía más fuertes. Iba a humillar a esa pobre mujer hasta que lo abandonara o colapsara. Sabía que estaba sacando demasiadas conclusiones sobre una persona con quien no había estado ni diez minutos, pero también estaba convencido de que tenía razón.

El resto de la velada discurrió según pensaba. Cuando volvió de la ducha con vaqueros y una camisa Oxford de color verde, Eric estuvo bien un rato, como si la cerveza lo hubiera relajado y fuera capaz de tener una conversación decente con Jack. Pero, a medida que avanzaba la noche y todos bebieron algo más de la cuenta, empezó a meterse con su esposa. Comenzó por la comida. Se quejó de que faltaban el salero y el pimentero, aunque él estaba más cerca de la cocina. Cuando Margaret los llevó a la

mesa, los sacudió con exceso sobre las costillas y se los pasó a Jack.

—No hace falta que sea tan educado —dijo—, Margaret no sabe sazonar la comida.

—Para mi gusto está perfecta —dijo Jack, aunque para sí reconoció que la carne estaba sosa.

—Solo está siendo amable, cariño. No te ofendas, pero está soso.

—Será que nuestras papilas gustativas son distintas —respondió Margaret.

—Verás, científicamente no es cierto —dijo Eric y la voz pareció delatar la rabia que intentaba contener—, pero tampoco es el momento de discutirlo.

Tras esas palabras todos se concentraron en la comida en completo silencio. Para romperlo, Jack les habló de la lista que había llegado por correo. No tenía intención de contarlo, pero le pareció un territorio neutral en el que volver a encarrilar la velada.

—Así que se toman el asunto bastante en serio —dijo Margaret cuando Jack explicó que le habían ofrecido custodia policial.

—Supongo que sí. La verdad es que hicieron más preguntas de las que respondieron, así que no tengo muy claro de qué va todo esto.

—Es un escritor importante —dijo Eric—. Estoy seguro de que eso le ha granjeado unos cuantos enemigos.

—Tal vez, no lo sé. Lo cierto es que no reconocí ningún nombre.

—Entonces, ¿hay un agente de policía esperando ahí fuera? —Margaret se sirvió un poco más del tinto que había llevado Jack.

—No, rechacé la protección. Intentaron convencerme, pero me pareció una pérdida de tiempo. Además, mañana salgo de viaje. No estoy preocupado.

—¿Ha muerto alguien de la lista? —preguntó Margaret.

—Como he dicho, no me contaron gran cosa. He buscado algunos nombres y hay un par de muertes sospechosas recientes, así que quién sabe. La verdad, puede que me dé un poco igual. Sé que suena espantoso, pero ya soy mayor y he agotado casi todo el tiempo que me correspondía. Si alguien me quiere pegar un tiro, ¿qué más da?

Tomaron pudín de caramelo, un postre que la madre de Jack preparaba en la época de los dinosaurios. La primera cucharada lo devolvió a ese tiempo con tal intensidad que estuvo a punto de desbordarlo.

—No había probado el pudín de caramelo desde que era niño.

Nada más decirlo, tuvo la impresión de que podía entenderse como una crítica.

—Es empalagoso —dijo Eric frunciendo los labios.

—Está delicioso —respondió Jack.

—Gracias —dijo Margaret.

Tenía cara de cansada. La velada debía de haberla agotado. Jack resolvió marcharse en cuanto terminara el postre, pero cuando se disponía a

anunciar la retirada, Eric se interesó por el libro como si hubiera estado esperando a que terminara la cena.

—Lo he comprado en Amazon. Aún no lo he leído, pero sí los comentarios. Tío, es usted un gurú.

Hacía mucho que Jack perdió todo el interés por el mundo de los negocios y por aquel libro, pero pasó a modo de consultor y amablemente le expuso a Eric las bases de su planteamiento. Incluso contó un par de anécdotas divertidas de los seis meses de promoción que se vio obligado a hacer cuando el libro se coló en la lista de más vendidos de *The New York Times*. Mientras Margaret recogía la mesa, Eric bebió una cerveza, y Jack, una taza de té. Imaginó un mundo mejor en el que Eric limpiaba la mesa mientras Margaret y él charlaban de cualquier cosa menos de negocios. Al terminar el té, Jack se levantó y anunció que era hora de acostarse. En la puerta, una Margaret sudorosa por fregar los cacharros le agradeció la visita y Jack aseguró que no había probado nada tan bueno desde hacía años.

A medio metro por detrás de Margaret, se oyó la voz de Eric.

—Si eso es verdad, vaya a Quarto, en el centro, hombre. Es el mejor restaurante de Hartford. Mucho mejor que lo que hemos comido esta noche, se lo digo yo.

Se tambaleaba un poco y tenía cerrado el enorme puño alrededor del cuello de la botella de cerveza. Jack pensó por un instante que sería un placer en estado puro asestarle un derechazo en la nariz.

En la calle hacía frío, pero había parado de llover. Jack esperó un momento en la puerta sin entrar en casa, respirando hondo el aire fresco. Un coche pasó por delante despacio y salpicó los charcos de la calle. No estaba asustado, pero se preguntó cómo sería tener miedo a morir. Aunque intentó imaginarlo, enseguida se sorprendió pensando en la conversación que estarían teniendo los vecinos. Eric haría sentir mal a Margaret por algo que había dicho, hecho o cocinado esa noche. Quizá ella lo abandonara algún día, pero no confiaba demasiado en que fuera así. Abrió la puerta de la casa donde creció y entró en el recibidor. Por un instante lo desconcertó que oliera a pudín de caramelo, porque era imposible.

2

Viernes, 23 de septiembre, 10:09

—No les quiere hacer daño.

Aaron Berlin estaba en el despacho de Ruth Jackson con la puerta cerrada. Aunque le había ofrecido asiento, prefirió seguir de pie.

—A Frank Hopkins sí se lo hizo.

—El caso de Frank es diferente al resto. Jessica pensaba lo mismo. Como lo ahogaron, fue consciente de que iba a morir. La carta no llevaba sello, así que se la entregaron en mano. Además, había cumplido los setenta.

—Igual que Jack Radebaugh.

—Entonces, su caso también es distinto.

—¿Cuántas excepciones puede haber en una lista de nueve nombres? —preguntó Ruth. Desde que Aaron entró en el despacho, seguía reclinada en la silla ergonómica sin cambiar de postura.

—Yo qué coño sé, Ruth.

Frunció el ceño.

—Sé que estás afectado por lo que le ha pasado a Jessica, pero no lo pagues conmigo, ¿vale?

—Lo siento, tienes razón. Ni siquiera recuerdo lo que he venido a decirte.

—Que no quiere hacerles daño.

—Cierto. Si dejamos a un lado a Frank Hopkins, a Matthew Beaumont le dispararon por la espalda, a Arthur Kruse lo asfixiaron mientras dormía y a Jess también le dispararon por la espalda. Es como si no quisiera que supieran lo que les iba a ocurrir.

—Donald Bennett lo sabía, es posible al menos —dijo Ruth.

Aaron tardó un momento en recordar quién era. Donald Bennett también apareció muerto, lo más seguro era que el asesino llevara a aquel hombre del pueblo hasta el lugar donde encontraron a Jess. Al menos estaba claro que no fue con ella en el coche. Según la declaración de Teri Michaud, camarera del Lobster Pot, Donald Bennett era un cliente habitual y se marchó del bar con un forastero que pagó en efectivo, un tipo mugroso con *mullet*. La hipótesis de trabajo era que el asesino de Jess fichó a Donald para que lo ayudara.

—También he pensado en él. Si Bennett aceptó colaborar con el asesino y llevar a Jess hasta ese paraje aislado, también se convirtió en culpable.

Por eso no le importó cómo muriera. —Aaron se quitó una pelusa de los pantalones del traje—. Si eres inocente, se asegura de que mueres sin enterarte.

—Es una teoría —dijo Ruth.

—Lo que significa que Frank Hopkins tenía la culpa de algo. Es una pena que fuera el primero en morir y no podamos preguntarle.

—De acuerdo —dijo Ruth—. ¿Podemos dejarlo para otro momento? Ahora tengo que hacer algunas llamadas.

—Claro, disculpa. En realidad, solo quería preguntarte si había novedades.

—Ha pasado una hora.

—¿Y qué?

—Bueno, *sí* hay algo nuevo —dijo Ruth con una sonrisa; le caía bien, pero tuvo ganas de borrársela de una bofetada—. Han localizado a Jay Coates.

—¿Cómo dices? ¿Vivo o muerto?

—Está vivo. En Decatur, Georgia. Recibió la carta, pero la tiró a la basura. No sé nada más.

—¿Cuántos años tiene?

—No tengo más información, ya te lo he dicho. Trabaja con ordenadores o algo por el estilo, así que no será muy mayor. Tampoco está jubilado.

—Vale, entonces solo nos falta Alison Horne.

—Eso parece, sí.

—¿Van a preguntar a Jay Coates por sus padres? —dijo Aaron mirando por la ventana hacia el aparcamiento.

—Seguro que sí, Aaron. Le preguntarán por todo, ten confianza.

—La última vez que nos vimos, Jessica me dijo que, si estuviera al cargo de la investigación, elaboraría un perfil de los padres y buscaría puntos en común. Esa era la clave según ella.

—Creo que dio en el blanco —dijo Ruth, que inclinó la silla hacia delante con un movimiento apenas perceptible.

—¿Has oído algo?

—No voy a contarte todo lo que oigo porque ahora mismo estoy preocupada por ti, Aaron.

—Dime, ¿hay una conexión entre los padres?

Ruth movió la silla otro centímetro y apoyó los pies el suelo con firmeza.

—No sé si la *hay*. Lo único que sé es que casi todos viven por la zona de Nueva Inglaterra.

—Qué interesante.

—No tengo más datos que darte, tienes que marcharte. Voy a ponerte a trabajar en el caso de Brundy para que continúes donde lo dejó Jessica.

—Pensaba que iba a encargarse Ellen.

—Ha cambiado el plan. Tienes que prepararte para testificar, aunque las posibilidades de que llegue a juicio son casi inexistentes.

Aaron volvió a su escritorio para estudiar el expediente de Brundy, pero no podía concentrarse. Al fondo del archivador tenía una pinta de Dewar's y dos vasos. Los metió allí pensando que una noche de trabajo sacaría la botella y los vasos en la oficina para beber un trago con alguien. Lo había visto en muchas series de policías, pero nunca lo hizo. Guardó la botella en el bolsillo interior de la chaqueta y subió al aseo de la quinta planta. Allí nunca iba nadie. Cerró la puerta del retrete, se sentó sobre la tapa y bebió *whisky*. Luego hundió la cara entre las manos y lloró un par de minutos tratando de que no lo oyeran.

3

Miércoles, 28 de septiembre, 17:45

Jay Coates, un especialista en seguridad de la nube de cuarenta y un años residente en Decatur, Georgia, estuvo hablando al teléfono con una agente de policía que le resultó atractiva por la voz. A estas alturas tenía claro que fue un error garrafal decirle a aquella mujer que un mes antes *había recibido* una misteriosa lista por correo. Cuando una pareja de federales se presentó en casa para que los acompañara a la oficina y respondiera algunas preguntas, debería haber confesado la mentira. Sin embargo, aquellos hombres trajeados y canosos los dos, uno blanco y el otro negro, tenían un aspecto tan serio y una voz tan grave que no se atrevió a admitir que no le habían enviado lista alguna.

—¿Voy a hablar con la agente que me llamó? Dijo que se apellidaba Chen.

Los hombres lo miraron un segundo desorientados. El mayor de los dos, el negro, sacudió la cabeza muy despacio.

—Hablará con nosotros.

Lo condujeron a una sala de interrogatorios con equipo de grabación y aislamiento acústico en las paredes, y supo que no podía decir la verdad. Por suerte no era difícil continuar con el embuste. La simpática policía con quien habló por teléfono le había dado datos más que de sobra para que el relato resultara verosímil.

—Me ha llegado la lista de la que hablan. Bueno, creo que era esa —dijo.

—¿Podría describirla?

—Oh, ya ha pasado un tiempo. Puede que un mes.

—¿Tenía nueve nombres, incluido el suyo, en una página de papel blanco?

—Sí, eso me parece…

—¿Le sonaban?

—Creo que no.

—¿Recuerda algún nombre?

—No. Solo sé que salía el mío, lo siento.

—No se preocupe, no pasa nada. En fin, cómo iba a saber que podía ser importante…

—Eso es, claro.

Se limitó a decir a los federales lo mismo que a la agente Chen por

teléfono. No recordaba qué día fue ni cuáles eran los demás nombres, solo que estaba el suyo: Jay Coates. Al terminar el interrogatorio, se dijo que no iba a pasar nada y que nadie iba a saber que había mentido, igual que nadie lo supo en el instituto, cuando les contó a sus dos mejores amigos que había perdido la virginidad en la concentración de esgrima.

Ahora, en cambio, llevaba casi una semana con un Chevrolet plomizo pegado como una sombra cada vez que salía de su edificio de apartamentos para ir al complejo de oficinas donde trabajaba. También se sentía observado cuando volvía al anochecer y recorría a pie la distancia que separaba el aparcamiento de la puerta de casa. Le dijeron que llevara una vida lo más normal posible, pero que avisara al agente al mando (otro hombre con traje gris, pero sin canas) si tenía intención de hacer algo o de ir a cualquier parte que se salieran de la rutina. No le hizo falta. Solo iba y venía del trabajo, y pedía comida a domicilio por la noche. Aquel día iba a cenar otra vez *pizza*, aunque no le convenía, una familiar con *pepperoni*. Incluso pidió extra de queso y una botella de dos litros de Dr. Pepper. Jugó al *Dark souls II* para esperar la *pizza* y vio un documental de tiburones mientras comía.

Esa noche volvía a tener reflujo y se acostó con varias almohadas. En la cama fantaseó como tantas otras veces con que era el sujeto involuntario de un experimento. Sin que él supiera nada, unos científicos le habían implantado dispositivos de grabación en los ojos y en los oídos, y un equipo de expertos se dedicaba a observar una vida normal y corriente (la suya) las veinticuatro horas del día. El propósito era ver el mundo tal y como él lo veía. En su fantasía, imaginaba a los investigadores vigilando cada uno de sus movimientos, viendo cómo preparaba unos huevos revueltos por la mañana, cómo fregaba los cacharros y a la gente que soportaba sin quejas ni malos modos en el trabajo. Los científicos tomarían notas e intentarían ser imparciales, pero no podrían observarlo sin acabar admirando su vida sencilla, su inteligencia y su bondad. Tampoco se les escaparía que en su entorno nadie lo apreciaba, descubrirían que nunca se le reconocían los méritos. Se aprovechaban de él, eran desagradables o lo despreciaban. A veces dejaba volar aún más la imaginación y una de las científicas abandonaba el trabajo y su profesión para estar a su lado. Era un argumento estupendo para un libro y la película aún estaría mejor. Incluso se planteó escribirlo, pero era consciente de que nunca lo iba a hacer en realidad.

Ahora que lo vigilaban agentes de policía camuflados con vehículos grises, no estaba tan convencido de que aquello le gustara. Pensó que quizá rastrearan también su historial de navegación y desde que dijo por teléfono que aparecía en la lista no visitaba ciertas webs. Las echaba de menos. Tumbado en la cama, cerró los ojos y evocó la imagen de Evie Aurora, una chica de *webcam* que siempre se alegraba de verlo en los buenos tiempos, antes de la llamada del FBI.

4

Sábado, 1 de octubre, 10:30

Jay Coates, el Jay Coates que residía en Los Ángeles, California, se preparaba para la charla semanal con su madre ejecutando movimientos de taichí mientras observaba la boina de contaminación del cielo a través de la ventana de su apartamento.

El teléfono sonó con puntualidad: las diez y media de la mañana en punto para él, las doce y media para ella.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. No te he pillado en mal momento, ¿verdad?

—No. Esperaba tu llamada.

—Qué bien. Acabo de comer.

—¿Y qué has comido? —Jay terminó los movimientos con el teléfono en la mano mientras oía decir algo sobre una ensalada de tomate.

—¿Estás ahí, cariño? Creo que se corta.

—Sigo aquí.

—Ah, menos mal. Cuéntame tú. ¿Te dieron el anuncio el otro día?

—Les he dicho que no. Me cogieron y me habría venido bien el dinero, pero no vine aquí para eso, ¿sabes?

Pasó a hablarle de una obra de teatro fantástica en la que iba a actuar y, cuando la mujer le preguntó si podría ir a verla, le explicó que eran representaciones exclusivas para gente del mundillo. Puede que no se lo tragara, pero hizo como si nada. Era difícil mentir con lo de ser un actor de éxito porque se actuaba en público. A veces le contaba que también escribía guiones y que había vendido unos cuantos, pero que era imposible saber cuándo los iban a rodar. Su madre siempre le preguntaba si había incluido algún papel para él mismo, como hicieron Matt y Ben en *El indomable Will Hunting*, y él respondía que no era tan egoísta como ellos. Su madre había crecido en Cambridge, Massachusetts, y se comportaba como si Matt Damon y Ben Affleck fueran de la familia, nunca dejaba de mencionarlos.

—¿Has oído lo que acabo de decir, Jay?

—¿Cómo? Lo siento, se ha cortado un momento.

—Tengo noticias de tu padre.

Solía llevarle información suya, aunque la había abandonado hacía más de veinte años.

—Vaya, ¿de qué se trata?

—Sabes que yo no lo sigo en Facebook, pero mi amiga Stella sí. Me ha dicho que se dedica a vender suplementos vitamínicos o algo así. Según ella, huele a estafa. Debe de estar sin un centavo.

—Es un fracasado, mamá. Ya lo sabes.

—Y tú sabes que no le tengo mucho cariño, pero no me gusta que digas esas cosas. Es tu padre, Jay.

—Entonces, no hables de él.

—Bueno, me ha quedado claro, cariño. No diré ni una palabra más. ¿Qué películas has visto estos días? Acabo de ver una con Bradley Cooper que era muy buena.

Veinte minutos después y tras varios intentos fallidos, Jay consiguió poner fin a la llamada. Decidió salir a correr un rato para desconectar. Mientras se ataba los cordones, se acordó de Jeremy Evans, su mejor amigo del colegio, y del par de Air Jordan que le regalaron al cumplir doce años. Envidió de tal manera aquellas espectaculares deportivas que a la hora de misa se coló en la habitación de Jeremy por una ventana abierta, robó las Air Jordan y las tiró al contenedor de basura del callejón de un súper. Hacía años que no pensaba en eso; el recuerdo debió de brotar a la superficie al unirse la voz de su madre con los cordones. Disfrutó de él. El dolor de Jeremy por perder esas zapatillas fue una experiencia trascendental para Jay. Había hecho algo prohibido y oculto que hizo sentir mal a otra persona, y a él, bien. Fue transformador.

Puso en cola la lista de música para entrenar y salió del apartamento con la determinación de no hacer menos de cinco kilómetros.

5

Miércoles, 5 de octubre, 20:49

Ethan y Caroline seguían escribiéndose por correo electrónico, pero en los últimos días pasaban más tiempo al teléfono e incluso habían empezado a hablar por Skype. A él le parecía lo más seguro. Suponía que la Policía, el FBI o algún asesino lunático estarían escuchando todas sus conversaciones por teléfono. Con Skype tenía cierta sensación de privacidad, por poco real que fuera. Además, así podía mirar a Caroline y no solo ver las palabras que escribía o escuchar su voz al otro lado de la línea. Aquella cara lo había enamorado. Su madre coleccionaba figuritas de cerámica, unos animalitos vestidos como si fueran personas diminutas. No se acordaba del nombre (parecido a «criaturas del bosque»), pero cada vez que adquiría una nueva pieza para la colección, él contemplaba esas caritas sin parar de repetirse que eran una monada.

La de Caroline le recordaba a una de aquellas criaturas, aunque no iba decírselo a ella. Tenía la boca y la nariz minúsculas, los ojos grandes y una frente despejada que parecía aún más amplia cuando se recogía el pelo. Era castaña y de piel pálida casi reflectante, lo mismo que sus ojos de color avellana. A veces tenía aspecto aniñado, y otras, de anciana. Eso tampoco se lo iba a decir.

A cambio, le había dicho casi todo lo que tenía que decir. Cómo sobrevivía con los exiguos derechos de autor de la única canción que había vendido. Fue casi cinco años antes y la adaptaron para un anuncio de pantalones vaqueros que se emitió en todo el país. Le habló de todas sus relaciones y del miedo a que le faltara talento y a estar malgastando la vida tras un sueño inalcanzable. Le contó que salió durante un año con Phoebe Faunce, otra cantautora que murió de una sobredosis de oxicodona estando él dormido a su lado. Incluso le explicó lo que le hizo a los doce años Bob O'Neal, un amigo de sus padres, en unas dunas cerca de la casa de alquiler de Cape Cod donde veranearon una semana en familia. A cambio, Caroline le habló largo y tendido de su familia y de la crueldad de su padre. Le contó que, cuando él murió y por fin reunió el valor para hablarlo, tuvo que oír a su madre decir que se casó con él precisamente *por* esa crueldad y no a pesar de ella.

Hablaron de la lista y de la vigilancia policial que había pasado a ser parte de su vida. En una ocasión hablaron hasta la madrugada de su muerte inminente y se preguntaron si la Policía conseguiría atrapar a la

persona que había asesinado a Frank Hopkins, Matthew Beaumont y Arthur Kruse.

—Creo que lo cogerán —dijo Ethan. Apoyaba la cabeza en unas almohadas y estaba sobre un costado, mirando a Caroline adoptar la misma postura en Míchigan.

—¿De verdad?

—No lo sé. Ahora ha parado. Al menos, por un tiempo.

—Eso es porque nos están vigilando a todos —dijo Caroline—. Pero no pueden protegernos para siempre. Creo que solo está aguardando su momento.

—Supongo que tienes razón. Asesinó a tantos como pudo antes que la presencia policial se lo impidiera y ahora estará a la espera. No hay ninguna prisa, a menos que descubran quién es.

—Espero que lo hagan.

—Leí en algún lado que los seres humanos no podemos concebir nuestra propia muerte porque el miedo nos paralizaría.

—Me gano la vida estudiando poesía. Te aseguro que los poetas deben de ser la excepción a esa regla. Han escrito mucho sobre mortalidad.

—¿Y tus alumnos? —preguntó Ethan.

Caroline frunció el ceño y se echó a reír.

—Ahí has dado en el blanco. Mis alumnos no piensan en ningún momento en que ellos también van a morir algún día. Imagino que por eso no los conmueve la poesía.

Ethan tardó en responder en busca de alguna idea. Estos silencios, casi todos cómodos, se habían hecho habituales en sus conversaciones por Skype.

—Puede que lo atrapen —dijo al rato—. Está claro que tienen una pista.

—Oh, volvemos a lo mismo. ¿Te refieres a nuestros padres?

—Ajá.

Días antes unos federales les preguntaron a Ethan y Caroline por ellos y luego los llamaron. Su madre habló con Ethan nada más colgar, le contó que tenían una larga lista de nombres y querían saber si conocía alguno.

—¿Estaban Caroline Geddes, Jay Coates y Jessica Winslow? —preguntó Ethan.

—Creo que no, aunque los apellidos me suenan. Me preguntaron por un tal Wayne Coates y les dije que conocía a Wayne Chalfant. Te acuerdas de él, ¿verdad? Ese chico tan majo que era retrasado y trabajaba en el colmado.

—Entonces, ¿no conocías a nadie?

—No, cariño. Pero soy mayor y estoy perdiendo la memoria. En fin, eso dice tu padre.

—No creo que tengas mala memoria, mamá —le mintió—. No te preocupes, solo buscan información. Dime, ¿qué hay de Mary Louise Gauthier? ¿Quizá Meg Gauthier?

La mujer se quedó callada.

—Sí, creo que la nombraron —dijo por fin—. ¿Por qué? ¿Conoces a esa gente? Cuéntame algo, Ethan. No me gusta lo que te está pasando, pequeño.

Gauthier era el apellido de soltera de la madre de Caroline y Ethan sabía que también le habían preguntado por ella. Era evidente que el FBI tenía alguna pista y la estaba siguiendo. Podía ser falsa (y probablemente lo era), pero estaba claro que creían haber encontrado alguna conexión y que tenía que ver con los padres de todos ellos.

—Mamá —dijo Ethan la última vez que habló con su madre—, esta pregunta te puede parecer rara, pero ¿alguien querría vengarse de ti? ¿Alguna vez le hiciste algo malo a un niño, por ejemplo? Sin querer, por supuesto.

Hubo un silencio. Fue corto y puede que solo lo advirtiera porque conocía muy bien el ritmo al que hablaba su madre.

—Claro que no —dijo ella enseguida—. Jamás le haría daño a nadie.

—Ya lo sé, mamá. Pero pudo ser un accidente.

Otro silencio mínimo. Por un momento creyó que le iba a decir algo importante.

—No sé por qué me haces estas preguntas —se limitó a responder en cambio.

Caroline se estaba quedando dormida. Lo sabía porque había doblado la almohada por la mitad y por la forma en que había recostado la cabeza sobre ella.

—Dejaré que descanses —dijo Ethan—. ¿Quieres hablar mañana por Skype?

Con un bostezo, se incorporó sobre el codo.

—El otro día leí un poema y pensé en nosotros.

—Ah, ¿sí?

—Es un poema de Philip Larkin. Lo publicaron no hace mucho y se titula *Nos conocimos cuando terminaba la fiesta*.

—¿Cómo pueden haber publicado ahora una poesía de Larkin?

—Es póstuma, debería haberlo dicho.

—¿Quieres leérmela?

—No, ahora no. Tienes razón, estoy cansada. Solo quería decirte que me recordó lo nuestro. Me hizo pensar que nos hemos conocido, pero igual ya es tarde.

—Eso es triste.

Caroline sonrió. Tenía una boca pequeña, pero una gran sonrisa. Le asomó un pedacito de encía rosada.

—Sí, lo sé. Pero es lo que me hizo sentir, no puedo evitarlo. Búscala y la lees.

—De acuerdo, eso haré.

Cuando terminaron de hablar, Ethan se levantó para ir al baño,

cepillarse los dientes y tomar un vaso de agua en la cocina. Al pasar junto a las puertas correderas de cristal que daban al pequeño patio trasero, le pareció oír algo fuera. Descorrió la cortina y vio un gato callejero que había bautizado como Townes devorando la comida que le había preparado. Había luna llena y un brillo amarillento cubría el patio con sus dos sillas de jardín y la parrilla Weber oxidada.

De vuelta en la cama, buscó el poema de Larkin en internet; lo habían publicado en *The New Yorker* unos años antes. Hablaba de ser viejo y enamorarse de alguien con quien te encuentras cuando ya no queda mucho tiempo. Le preocupó que Caroline pensara en ellos al leerlo. Estuvo a punto de llamarla otra vez, pero dejó que durmiera. Le escribiría a primera hora de la mañana.

6

Jueves, 13 de octubre, 23:11

La casa que tenía Jonathan en las Bermudas no era lo que ella pensaba. Alison había imaginado una flamante y lujosa mansión en alguna urbanización privada, pero acabó en una destartalada casa colonial del siglo xix en un callejuela angosta y sinuosa de Saint George. El jardín estaba descuidado, y las habitaciones, llenas de muebles mohosos y alfombras raídas. A Alison le encantaba ese lugar. Todas las mañanas bajaba en ciclomotor a Tobacco Bay y nadaba hasta la extenuación. Después se tumbaba al sol. Por las tardes se refugiaba en la frescura que custodiaban las habitaciones de techo alto de la casa. Había wifi, por supuesto, pero era la única concesión a la modernidad. La cocina quizá fuera la habitación que habían renovado hacía menos tiempo, y bien podría haber sido en los años cincuenta.

Estar todo el día con Jonathan tampoco era lo que esperaba. Él pasaba mucho tiempo en el despacho con el portátil o atendiendo llamadas en el jardín, pero salían a pasear juntos cada tarde a eso de las seis con la fresca. Daban una vuelta cogidos del brazo por un parque tranquilo y que olía a flores. Desde que su esposa se marchó, estaba distinto, se había vuelto más frío y reservado, pero hacía preguntas extrañas de pronto. ¿Creía Alison que alguien era feliz de verdad? ¿Opinaba que Dios intervenía en los asuntos humanos? Puede que aquella fuera su verdadera personalidad y que nunca la hubiera visto aflorar en sus encuentros semanales. Ya ni siquiera quería sexo con ella, aunque parecía feliz de tenerla acostada a su lado en la cama de matrimonio con dosel. Se quedaba dormido con una mano en su muslo y una novela de bolsillo sobre el pecho. Algunas noches decía cosas indescifrables entre pesadillas. Una vez empezó a gemir y cuando lo despertó, la miró como si no la reconociera.

La casa fue de sus padres e iba allí desde que era niño. Había fotografías familiares colgadas en el vestíbulo del piso de arriba, y en el enorme salón, retratos al óleo: uno de sus padres, otro de Jonathan y otro de su hermana, ambos de niños, cuando tendrían ocho y diez años. Alison le preguntó por su familia, pero no le contó gran cosa. Solo que ya no quedaba nadie y que quizá debería vender la casa cuanto antes. Día sí día no, iba a limpiar una mujer de la isla y Jonathan siempre se preocupaba de charlar con ella; se conocían desde hacía cincuenta años, era la persona que más tiempo llevaba en su vida. Apenas limpiaba, solo quitaba el polvo y pasaba la

aspiradora, así que Alison había emprendido varios proyectos por su cuenta. Sobre todo, se dedicaba a rebuscar en armarios y alacenas nuevos cuadros que colgar o plata que pulir. Un día encontró un juego de copas talladas de los años sesenta, las limpió y le sirvió un ron *swizzle* a Jonathan para la hora del cóctel. Sin embargo, su mejor hallazgo fue una antigua cámara Instamatic Kodak que también sería de los años sesenta y una caja entera de carretes. Empezó con unas fotografías de la casa y del pueblo sin saber si la película aún estaría en buen estado. Cuando terminó un rollo, lo llevó a una tiendecita de revelado de Hamilton. Las fotos le parecieron preciosas y ahora estaba gastando los demás rollos con la sensación de que aquella vieja cámara —quizá también por encontrarse en una casa antigua y en un lugar nuevo del mundo— había reavivado su pasión por la fotografía.

Al cabo de semana y media, Jonathan le anunció que tenía que hacer un viaje de negocios a la Costa Oeste. Aún no había terminado de decirlo cuando la invadió el terror. No quería regresar a Nueva York. No quería salir de esa casa. Él debió de verlo en su cara, porque enseguida dijo:

—Quédate si quieres. Solo estaré fuera una semana y volveré aquí para estar contigo.

Entonces fue un alivio, pero el día en que se marchó al aeropuerto llovió a cántaros toda la tarde y poco a poco volvió a sentir frío. Su vida no iba bien. Aunque no era ni siquiera un presentimiento, una energía negativa le calaba los huesos. Aquella noche, tumbada en la enorme cama y con la vista clavada en la red de grietas que atravesaba el techo amarillento, se imaginó nadando en las aguas cálidas del Atlántico para intentar sofocar esa sensación. Pero la imagen de Tobacco Bay se convertía siempre en algo diferente, en aguas grises y gélidas azotadas por una incesante lluvia. El repunte de la marea. Unas gaviotas volando en círculo. Rocas negras orladas de algas.

Salió de la cama y deambuló por la planta de arriba hasta terminar metida en la cama individual con olor a rancio de un dormitorio en la esquina de la casa. El papel pintado estaba estampado con florecillas de color azul.

7

Viernes, 14 de octubre, 12:02

Ya estaban en pleno otoño. Era la estación que más le gustaba a Caroline y en el viaje a casa de su madre, en la otra punta de Ann Arbor, respiró tanta paz que tuvo la tentación de no acudir a almorzar con ella y seguir conduciendo sin más.

Iba escuchando un disco de Lucinda Williams que le había recomendado Ethan y el colorido de casi todos los árboles había alcanzado su punto álgido con naranjas, amarillos y rojos. El cielo era de un azul frío y el viento agitaba incesante las hojas caídas en el aire. Podría haberse quedado para siempre en ese instante, pero la estaban esperando y un agente de policía vigilaba sus pasos. Aparcó detrás del Taurus de su madre. Compró aquel rancho dos años antes para que estuvieran las dos más cerca y la aguardaba ya con la puerta abierta al otro lado del césped alfombrado de hojas.

Había preparado un elaborado pollo a la cazuela y ensalada de espinacas con nueces y granada. Eso quería decir que se encontraba bien. Cuando su madre estaba deprimida, «mustia», decía ella, una de las primeras cosas que dejaba de hacer era cocinar platos como ese.

Almorzaron en el comedor, con el viejo *labradoodle* de Meg dormido bajo la mesa.

—He conocido a alguien —dijo Caroline para su propia sorpresa.

—Anda. —A Meg le brillaron los ojos—. ¿Y quién es?

—No lo he dicho bien, empezaré de nuevo. He conocido a alguien que me gusta. Aunque no lo he conocido de verdad, no nos hemos visto en persona. Solo hablamos por teléfono, es un cantautor de Texas.

—¡Qué interesante! ¿Cómo es que empezasteis a hablar?

Le pasó por la cabeza contar alguna mentira, pero era difícil colarle alguna a su madre.

—Su nombre también aparece en la dichosa lista. Así empezó todo.

Su madre bebió un sorbo de vino *riesling*.

—¿Aún no han detenido a nadie? ¿Te han dicho algo?

—Si tienen a alguien, no me lo han contado. Tampoco lo creo porque sigo con policías pegados a los talones todo el día. No tengo más información que tú sobre este asunto.

Meg se frotó la mejilla y hundió la mirada en el plato.

—Sé que tienes vigilancia, pero aun así me gustaría que llevaras más

cuidado. Estoy muy preocupada…

—No sé qué más puedo hacer, mamá. Solo me cabe esperar a que averigüen quién está haciendo esto. No te han vuelto a llamar, ¿verdad?

—¿Quién iba a llamarme a mí?

—Los agentes del FBI que hablaron contigo. No han llamado otra vez, ¿verdad?

—¿Y por qué deberían? Les dije todo lo que sabía y creo que no les sirvió de mucho.

Caroline ya le había preguntado a su madre qué quería saber el FBI y ella le juró que había sido sincera. Por supuesto que la creía, pero también tenía la sospecha de que la mujer podría estar reprimiendo recuerdos importantes. No sería la primera vez.

—Mamá, ¿recuerdas tu primera ruptura con papá? Fue al poco tiempo de que Julius empezara la universidad.

—Recuerdo que Julius estaba tan contento por irse de casa que pensamos que no lo íbamos a ver nunca más.

—Pero ¿te acuerdas de que echaste a papá?

—Se marchó por aquella época, ¿verdad? Dijo que se iba a quedar en un hotel y resultó que estaba en casa de esa estudiante de posgrado con la que salía entonces.

—Lo echaste tú, mamá. Cambiaste las cerraduras y tiraste todos sus libros por la ventana del estudio. Años después te pregunté y lo habías olvidado.

Meg respiró hondo y centró la vista en la amplia ventana por la que asomaba el arce azucarero que se enseñoreaba del patio trasero.

—Hace un tiempo me examinó una médica, creo que era la doctora Penny. Me explicó que una de las ventajas de la depresión era que muchas de las personas que la sufrimos no la recordamos. Tengo la sensación de que hay partes de mi vida que he olvidado y que no merece la pena recordar.

Aun con todos sus altibajos, Caroline solo había visto llorar a su madre en un par de ocasiones. Sin embargo, ahora estaba a punto de romperse; a Meg le temblaba la voz y tenía los ojos llorosos.

—Siento haber sacado el tema, mamá… —le dijo Caroline—. Verás, está claro que los investigadores creen que nuestros padres son el nexo entre las personas que estamos la lista. Esa es mi impresión al menos y por eso te llamaron. ¿Dices que mencionaron varios nombres?

—Sí, y les dije que no los conocía de nada. Caroline, confía en mí. Se lo habría contado.

—Lo sé, mamá. No te acuso ni digo que ocultes nada, pero quizá sucedió algo importante en tu pasado, en tu infancia tal vez. Puede que ahora tampoco lo recuerdes, pero en una de tus depresiones me dijiste que lo merecías, que fuiste mala de niña y estabas pagando el precio.

—Creo que no era muy buena, la verdad. O eso decía tu abuela.

Meg puso un pedacito de pollo sobre el tenedor y se lo llevó a la boca.

—Pero ¿no se te ocurre nada en concreto?

—Los vecinos, diría que se apellidaban Landry, tenían un hijo tres años menor que yo. Venía a casa todas las tardes para que saliera a jugar con él. Por supuesto, nunca accedía. Al principio mamá le decía que no estaba, pero luego empecé a abrir yo misma la puerta al oír el timbre y le pedía que me esperara en el parque, que acudiría en cinco minutos. Jamás fui. Lo más triste de la historia es que siguió viniendo cada día.

Caroline ya conocía el relato de aquella crueldad infantil.

—El FBI no te preguntó por ningún Landry, ¿verdad?

—No. El único nombre que me quería sonar era Jack Radebaugh, pero caí en la cuenta de que era el autor de un libro que leyó tu padre. Holly, lo siento, el pollo no es para ti. A ver si sobra.

El perro había despertado.

Si todo hubiera estado como siempre, habrían salido a dar un paseo después de comer, y más con aquel tiempo, pero era correr un riesgo innecesario, así que prepararon café y salieron al patio. Hablaron de la serie favorita de Meg, *Anatomía de Grey*, y también de Julius, por supuesto, que había tenido un accidente de moto en el peor lugar del mundo para tenerlo, en Mongolia, e iba a quedarse allí un tiempo a recuperarse. Invadieron el cielo nubarrones negros y a Caroline se le fue el color de la punta de los dedos, pero su madre estaba en otras cosas. Aprovechando un silencio, Caroline se dispuso a entrar en casa.

—De niña tuve un sueño terrible y nunca he dejado de pensar en ello —dijo de pronto su madre.

—Caramba, ¿de qué se trata?

—Sé que te parecerá una tontería, pero fue tan real que aún lo veo. Diría que alguna vez sueño lo mismo, igual que sigo soñando que estoy en el instituto y no recuerdo la combinación de la taquilla.

—¿Cómo era el sueño?

—En el sueño tengo unos diez u once años y me he escapado de casa con una pandilla. Imagino que serían amigos míos, pero no me acuerdo de ellos. En cualquier caso, nos hemos escapado y surcamos los mares en un barco enorme. Tiene dos mástiles y una vela, y es de madera. Parece un viejo barco pirata, incluso tiene un tablón. Lo que mejor recuerdo es que decidimos entre todos que uno de nosotros debe caminar por la tabla. Tengo miedo de que me toque a mí, pero la elegida es otra niña. La atamos y le decimos que salte al llegar a la otra punta o moriremos todos.

Una racha de viento azotó la bufanda de su madre y le cubrió la boca un instante. La apartó para seguir hablando.

—Ya está. Ese es el sueño.

—Entonces, ¿la niña saltó del tablón?

—Sí. La maniatamos y no paraba de llorar, luego se hundió en el agua y no volvió a salir. Es horrible, me pongo enferma solo de pensarlo.

—¿Y no recuerdas ningún nombre?

—¿Del sueño? No, solo eran unos niños como yo.

—¿Qué querrá decir?

Meg se incorporó y Caroline la acompañó a través de las puertas correderas hacia el calor del interior de la casa.

—¿Es que los sueños siempre tienen que significar algo? —dijo Meg—. No fue más que un mal sueño. Los niños tienen pesadillas.

8

Viernes, 14 de octubre, 18:09

Jack volvió a la casa de West Hartford al anochecer y fue de habitación en habitación encendiendo luces. Había almorzado con su abogado en Summit, Nueva Jersey, y después visitó a su esposa. Fue una visita rápida, los dos de pie en el patio de casa, y se marchó con los papeles que iba a buscar.

—Estás más delgado —le dijo y él lo agradeció, pero no era ningún cumplido.

Después, mientras conducía por la autopista bajo un cielo encapotado, pensó que debería haber respondido «este soy yo en el invierno de la vida». Aquellas palabras, «el invierno de la vida», siguieron dándole vueltas por la cabeza un buen rato. Y seguían allí ahora que estaba en la casa de su niñez encendiendo lámparas y corriendo cortinas. Solo iba a quedarse una noche, así que fue al frigorífico para ver si podía arreglar una cena o si necesitaba ir a comprar. Sin embargo, delante de las verduras pochas, el queso rancio y media docena de huevos quizá caducados, se dio cuenta de que no era hambre. Solo ansiedad. Cogió la chaqueta y salió a pasear.

No fue muy lejos, solo hizo una ronda por las calles de al lado. Era una hora interesante para el paseo: aún no había oscurecido del todo, pero las luces de las casas estaban ya encendidas y la gente seguía con las cortinas descorridas. Vio a una mujer sirviéndose un vaso de vino en la cocina y a un hombre en una sofisticada bicicleta estática con pantalla de televisión, a niños viendo dibujos animados y también a una pareja joven fundida en un largo abrazo frente a las noticias del televisor. De vuelta a su zona, miró hacia la casa de los vecinos. ¿Estarían en casa Margaret y su espanto de marido, el tal Eric? En un acto inconsciente, bordeó la entrada de su casa y se acercó a la de ellos. Se quedó de pie en la sombra oscura de un seto con vistas al solárium. Estaban todas las luces encendidas.

No había nadie en la habitación, pero vio un vaso de agua en la mesita del sofá junto a un libro de tapa dura abierto bocabajo. Esperó hasta que apareció Margaret con una copa de vino tinto y se sentó en el sofá. Se retiró el pelo de la frente y, sentada sobre una pierna, dejó caer el peso del cuerpo en un reposabrazos. No cogió el libro como pensaba Jack, siguió allí sentada con el vino en la mano y sin beber, con la vista perdida en la oscuridad. Por un instante de vértigo pensó que lo miraba a él, pero estaba

en otra parte; además, con aquella oscuridad de fuera no vería nada.

Lo terrible de la soledad es que no siempre la curan otras personas, pensó Jack y no era la primera vez. Eso le decía a él la experiencia. Pasar tiempo en compañía de otros, aunque los quisiera, lo hacía sentir más solo que cuando no estaba con nadie. Le había pasado casi toda vida, desde que murió su hermana hacía ya demasiados años, desde aquella pérdida de la que sus padres jamás se recuperaron.

Oyó el ruido de un coche y se estremeció cuando los faros lo iluminaron por un segundo. Eric había llegado a casa, subió por el acceso y apagó las luces. No sabía si lo habría visto. Lo dudaba, pero aun así siguió tan inmóvil como pudo en la sombra del seto, tratando de decidir qué iba a decir si lo descubrían.

Margaret también debió de oír el coche porque giró la cabeza en esa dirección. Tenía un cuello largo y elegante; había algo en su postura, en el giro de la cabeza, en la forma de sostener la copa de vino, que la hacía salida de un cuadro clásico. Dejó el vino sobre la mesa, respiró hondo y Jack lo vio todo en su rostro: tristeza, desconfianza y una pizca quizá de auténtico amor. Se levantó para salir al encuentro de su esposo y Jack aprovechó la oportunidad para ir hacia su casa.

Antes de entrar oyó el vozarrón de Eric al encontrarse con ella.

—Parece que tu novio ha vuelto a la ciudad —le dijo y Jack tardó un momento en entender que se refería a él.

9

Sábado, 15 de octubre, 16:40

El mensaje de voz era de Madison. Dos frases entrecortadas: «Llámame cuando puedas. Tengo noticias, no te lo vas a creer». También había escrito. «LLAMA» y un emoji que Jay no supo interpretar: una cara sonrojada con las manitas delante. Debía de estar contenta. ¿Iba a ponerse a vomitar? Estaba claro que Madison había conseguido un trabajo y, por lo que él sabía (se lo había contado todo), se trataba, o bien de un anuncio para la televisión local (no iba a enviar un mensaje así por eso), o bien de un arco de tres episodios para la *sitcom* que acaba de renovar su segunda temporada en FX. Debía de ser la serie y, sinceramente, no tenía claro que pudiera soportar una conversación con Madison, fingir que se alegraba por ella y decirle cuánto lo merecía. Joder, iba a vomitar de verdad.

Conoció a Madison un par de años antes en un curso de interpretación del valle. Salieron a tomar algo al terminar la última clase y se la tiró en el bungaló que le cuidaba a su amigo Michael mientras estaba en Londres. Madison compartía dormitorio con otra actriz que estaba en casa esa noche. Jay no la podía acercar a casa, le dijo dónde vivía y acabaron en la cabaña.

Pensaba que no iba a volver a verla, pero seis semanas después coincidieron en un bar de Hollywood y tomaron unas copas juntos. Con un gesto desmedido de tristeza le explicó que había empezado a salir con un camarero del Starbucks donde trabajaba. Para él fue un alivio porque no le apetecía otro encuentro sexual mediocre. Pero pasaron un buen rato de copas. No era muy lista y eso a Jay le gustaba porque así podía explicarle cosas. También era una pésima actriz, lo que a Jay le gustaba doblemente porque significaba que jamás iba a encontrar trabajo antes que él.

Sin embargo, ahora estaba a punto de tener que felicitarla por conseguir una *sitcom* de mierda. Era insoportable. En lugar de retrasarlo, resolvió llamar y pasar el mal trago cuanto antes.

—¿Te han dado la serie?

—Ajá —le respondió como si nada, pero acto seguido lanzó tal chillido que Jay tuvo que alejarse el teléfono del oído.

La dejó hablar un par de minutos hasta que no pudo aguantar más.

—No iba a decírtelo tan pronto porque quiero que tengas tu momento y me alegro mucho por ti, Mads, pero acabo de hablar con mi madre. Eran

malas noticias.

—Oh, no.

—Tiene cáncer de pulmón.

—¡Ay, no!

—Sí. Tengo que ocuparme de esto. Ya sabes, averiguar qué podemos hacer ahora. Igual no puedo…

—Claro que no. Lo entiendo. Debes cuidar de tu madre, Jay. Pídeme lo que necesites.

—Lo haré. Te lo prometo.

Después de aquella llamada, Jay se preguntó si podría salirse con la suya y no volver a hablar con Madison. Podía ser. Lo más seguro era que estuviera acostumbrada a que pasaran de ella. Sin embargo, una vez le dijo que era su «nuevo mejor amigo…».

Podía matarla.

Con solo pensarlo se puso de mejor humor.

Sin duda esa noche ella iba a salir a celebrarlo. Si lo planeaba bien, podría salir a su encuentro a las puertas de la urbanización… No, no iba a funcionar. Se conocían. Encontrarían el historial de llamadas, puede que alguna otra cosa. Aunque iba a volverse más insoportable a medida que consiguiera papeles, no compensaba el esfuerzo de aplastarle la cabeza. Sería como pisotear a un polluelo: tan sencillo como sin sentido.

Dejó el teléfono sobre el brazo del sofá. Lo tenía agarrado con tanta fuerza que se le había ido el color de los dedos. Fue a la cocina, bebió un buen trago de la botella de Ketel One que guardaba en el frigorífico e hizo algo de taichí en el dormitorio para tratar de calmarse. Después se permitió fantasear, pero solo un rato. Tenía que parar y hacer algo, no solo pensarlo: era la única forma de sentirse mejor.

Esa noche encontró un tugurio en el centro de Los Ángeles, un lugar donde sabía que no habría ninguna posibilidad de encontrarse con Madison ni con ninguna de sus amigas. Se sentó en una mesa al fondo, bebió vodka con soda y lima, y observó a las chicas que iban de acá para allá hablando de Leonardo DiCaprio. Las peores eran las más jovencitas. Llevaban unos vestidos minúsculos y zapatos de tacón, y se reían como hienas de lo que decía un tipo mucho mayor que ellas. Qué pagadas estaban de sí mismas, pensaban que les bastaba estar buenas para triunfar en Hollywood y ahí estaban, con algún farsante con ínfulas de guionista. Tardó un rato, pero por fin dio con la chica adecuada: una pelirroja con vaqueros y un top golfo. Había entrado al local con una amiga, pero la había dejado sola para hablar con un tipo y se estaba hartando. No paraba de mirar el móvil, de beber a sorbos otro vodka con soda y de desear que la idiota de su amiga parase de reír a carcajadas y cerrara de una vez la puta boca. Jay sabía que la podía apartar del rebaño y llevársela a solas. Entonces la puerta se abrió y la pelirroja se giró hacia un tipo que iba a su encuentro; de repente estaba sonriente, se atusó el pelo y se echó a un lado

para que se sentaran aquel capullo y su ridículo bigote.

Jay apuró la copa y salió del bar. Estuvo un rato dando vueltas por el centro, encontró un local con terraza a la calle y pidió la última. Entraron dos chicas que compraron unas Corona Light y se sentaron en la mesa de al lado. Ya iban achispadas, hablaban a voces con acento del Medio Oeste y miraban en su dirección: no tenían claro si era alguna estrella de cine. Jay no levantó la vista de la pantalla del móvil fingiendo que esperaba a alguien y que le estaba escribiendo. Podía empezar a hablar con ese par de engendros de Wisconsin o Minnesota y decirles que acababan de darle un papel importante en televisión. Seguro que alguna quería follar con él. Puede que las dos. No le interesaba lo más mínimo, pero si se quedaba una sola…

—Perdona, ¿eres actor?

Lo dijo la mayor, rubia de bote y celulitis.

—No —respondió—. ¿Y vosotras? ¿Sois actrices?

No contuvieron la risa al oírlo. Le dijeron que era su primera visita a Los Ángeles y que por la mañana habían visto a Josh Lucas cruzar la calle y subir a un todoterreno.

—No sé quién es.

—Salía en *Sweet home Alabama* —dijeron los dos casi al mismo tiempo.

—No veo películas. Creo que es porque trabajo en ellas y sé que son una bazofia.

—¿A qué te dedicas?

—Coreografío combates para el cine. Seguro que tengo una buena colección de anécdotas sobre vuestras estrellas favoritas, pero no sé si os gustarían.

Casi se les escapó un grito y le propusieron que se sentara con ellas, pero se disculpó porque estaba en mitad de una conversación importante. Quizá al terminar. Siguió bebiendo la copa y mirando el teléfono tratando de decidir lo que iba a hacer. Empezó de pronto a sentir asco. Asco por las bobas que tenía en la mesa de al lado, asco por el director de *casting* que le había dado a Madison un papel profesional, asco por esa ciudad de mierda en la que vivía y la plaga humana que pululaba por las calles. Terminó la bebida, se levantó, atravesó la sala y salió por el otro lado. Se rendía y volvía a casa, pasaría un rato en internet. Había tenido la esperanza de encontrar algo mejor, pero no era la noche.

Un Uber paró al otro lado de la calle y bajó una rubia con una falda diminuta y algo parecido a un sujetador. La mujer se tambaleó un momento en la acera con la vista clavada en el teléfono y luego miró alrededor. En lugar de encaminarse hacia el bar, como pensaba Jay, giró en dirección contraria y fue dando tumbos calle arriba.

¿Y si lo era?

La rubia entró por una bocacalle y él tras ella, con la cabeza gacha por si

había cámaras de tráfico cerca. Estaban en una zona residencial con viejos edificios de apartamentos de estilo español que en su época fueron elegantes y ahora estaban llenos de recién llegados a Hollywood y yonquis. La tenía a unos veinte metros y no levantaba la vista del móvil, su luz iluminaba la melena rubia y revuelta y una cara maquillada de más. Se le aceleraron las pulsaciones. En el bolsillo de la cazadora llevaba un cuchillo de caza que compró en un mercadillo de segunda mano un año antes. Cuando lo agarró, se estremeció como si estuviera excitado y la sensación fue creciendo como una buena droga. Ahora estaba a solo diez metros, entre farolas y a la sombra de una fila de palmeras marchitas. Apretó el paso.

El primer golpe de la porra de acero le atravesó la oreja derecha, le rompió el hueso temporal y lo tiró al suelo. Un zumbido le aulló en el cerebro y lo primero que pensó fue que la policía lo había pescado aunque aún no había hecho nada. Entonces notó el calor de la sangre que le corría por el cuello y por debajo de la camisa, y tuvo miedo.

El segundo golpe lo alcanzó unos cinco centímetros por encima de la oreja y con mucha más fuerza. Se le desplomó el cuerpo y hundió la cara en el suelo. Ese segundo golpe bastó para matarlo —ya se estaba muriendo—, pero le llovieron unos cuantos más sobre la cabeza antes de que el agresor se alejara a paso ligero. Pasó junto a una chica borracha que hablaba por teléfono y decía: «Estoy justo enfrente, ¿cómo que es tarde?».

CUATRO

Matthew Beaumont

Jay Coates

Ethan Dart

Caroline Geddes

Frank Hopkins

Alison Horne

Arthur Kruse

Jack Radebaugh

Jessica Winslow

1

Lunes, 14 de octubre, 16:40

El Jay Coates de Decatur, Georgia, llevaba más de una hora en la sala de interrogatorios de comisaría. No le habían prestado atención ni le habían ofrecido agua ni siquiera le habían explicado qué hacía allí. Dos policías uniformados se habían presentado en el trabajo para llevarlo a comisaría. Jay solo podía pensar en lo que estarían diciendo sus compañeros. No sabía si estar molesto o entusiasmado, aunque no le hacía gracia estar ahí esperando, examinando aquella habitación, intentando no mirar directamente al espejo que tenía enfrente y preguntándose quién habría al otro lado.

Para templar los nervios se puso a calcular las medidas de la sala: ocho por diez, ni más ni menos. Demasiado fácil. Decidió hacer otro ejercicio mental y descubrir hasta dónde podía contar con la secuencia de Fibonacci. Lo hacía años atrás en la universidad cuando estaba nervioso o se aburría en clase. Cuando iba por el trescientos diecisiete mil ochocientos once la puerta se abrió de golpe y entraron dos agentes de paisano: un hombre de traje marrón, brazos largos y ceño fruncido, y una mujer más joven, con el pelo rapado. Ella se sentó algo apartada. El hombre del traje siguió de pie y se paseó de un lado a otro por detrás de la silla que tenía Jay enfrente.

—Voy a darle una oportunidad, Coates, solo una —dijo por fin—. Si descubro que me está mintiendo, lo denunciaré por obstrucción a la justicia. ¿Lo entiende?

Jay trató de responder, pero el policía siguió hablando.

—Me aseguraré en persona de que pase un tiempecito en la cárcel por esto. Una buena temporada. Si intenta mentirme otra vez en esta habitación, le juro por Dios que no va a gustarle un pelo. Ni se le ocurra hacer como que no sabe de qué va el asunto…

Sacudió la cabeza despacio. Jay miró a la agente, que seguía impasible en su silla y le devolvió la mirada.

—Háganos un favor a todos, Coates —continuó el hombre del traje, suavizando el tono esta vez—. Voy a hacerle una pregunta y quiero que me diga la verdad.

Jay tuvo la sensación de que el cuerpo entero se le agarrotaba. Miró al policía y asintió sin pensar.

—De acuerdo, Coates. Allá vamos. Es una pregunta muy sencillita.

¿Recibió una carta el jueves 15 de septiembre? ¿Había una lista de nueve nombres, entre ellos el suyo? Piénselo bien antes de contestar porque no se lo voy a preguntar dos veces.

Jay miró a la mujer, pero ella se observaba distraída el dorso de la mano como si aquel trance la aburriera.

—¿Por qué la está mirando? —le preguntó el hombre.

Jay se giró hacia él.

—No. Nunca me llegó esa carta.

Los dos agentes intercambiaron una mirada casi de indiferencia y él rompió a llorar.

2

Miércoles, 19 de octubre, 13:15

Cuando el avión aterrizó en Sarasota, Sam Hamilton dobló una página del libro desde su asiento de la penúltima fila. No tenía ninguna prisa por esperar encorvado bajo los compartimentos de equipaje a que desembarcara todo el pasaje. Estaba releyendo *Y no quedó ninguno* por segunda vez desde que asesinaron a Frank Hopkins. Después de reservar aquel viaje a Florida para visitar a la hermana de Frank, pasó por la única librería de Kennewick, un caserón destartalado y lleno de libros de segunda mano con el nombre un tanto pretencioso de Ragged Claws Books. En un tiempo muy lejano Sam sabía de qué poema lo habían sacado[1]. Después de saludar a Charles Montgomery, el dueño y único empleado de la tienda, fue directo a la sección de misterio y encontró un ejemplar en rústica de *Y no quedó ninguno* publicado por Pocket Books. Sabía que quería ir con el libro a Florida y que no quería llevar su ejemplar.

No pensaba que fuera a servirle de nada, pero así se sentía con algo de iniciativa. También lo mantenía centrado en el caso. La pregunta que no dejaba de hacerse, la pregunta que se estarían haciendo quienes trabajaban en el caso, era la del lazo que unía a las nueve personas de la lista. En cierto sentido, esa misma era una de las preguntas de *Y no quedó ninguno*. Diez desconocidos llegan a una isla y allí los asesinan de uno en uno. No se conocen ni se han visto nunca, pero se encuentran juntos de cara a la muerte. Para Sam, el vínculo era evidente y se forjó en el momento exacto en que desembarcaron en la isla. Sucedía lo mismo con las nueve personas que recibieron aquella carta: estaban todas marcadas para un asesinato.

Sam no sabía por qué le obsesionaba tanto aquel libro. No había nada que apuntara a que el asesino lo hubiera leído o lo conociera siquiera. Esos nueve nombres no salían en ninguna canción de cuna y había una gran diferencia entre lo que pasaba en el libro y lo que sucedía entonces. Al principio de la novela los personajes se dan cuenta de que están solos en la isla, así que el asesino debe ser uno de ellos. No pasaba lo mismo con la lista, aunque ¿y si el asesino también había incluido su nombre? Según Mary Parkinson, de la Estatal, aún no habían localizado a Alison Horne. ¿Significaba algo? Su instinto le decía que no.

Sam estaba interesado por otra persona, Jack Radebaugh. A causa de su edad. Seis de los nueve de aquella lista estaban en la treintena o tenían

cuarenta y pocos. Había otros dos setentones. Podría no tener mayor relevancia, pero el asesinato de Frank Hopkins fue muy diferente al de las demás víctimas. Quisieron que fuera consciente de lo que le iba a pasar. Sintió dolor y tampoco faltaría la dosis de pánico. A todos los demás les dispararon o atacaron por la espalda, o los asfixiaron mientras dormían. A todos, excepto a Frank.

—Disculpe, señor.

Sam miró a la azafata que se había dirigido a él y se dio cuenta de que el avión estaba casi vacío. Se disculpó y salió al pasillo.

Fue en un coche de alquiler hasta el motel que había reservado en Siesta Key, cogió las llaves de la habitación y se vistió con unos pantalones chinos finos y un polo de color azul claro y manga corta. Era agradable disfrutar otra vez del clima tropical, sentir el aire caliente y pesado que amenazaba tormenta por la tarde. Había hablado un par de veces por teléfono con Cynthia Hopkins, la hermana mayor de Frank. En la primera le hizo algunas preguntas y en la segunda concertó la visita. En ambas llamadas la mujer le dijo que no oía bien y que le costaba hablar por teléfono. Por eso había hecho el viaje. Casi con toda seguridad sería una pérdida de tiempo, pero aun así se tomó dos días libres y reservó un vuelo de ida y vuelta de Portland a Sarasota con una noche de estancia. Cynthia lo esperaba a las cuatro de la tarde. Eran las dos y el motel donde se alojaba estaba muy cerca de la casa. Decidió bajar paseando a la playa.

A las cuatro en punto, Sam llamó al timbre de casa de la hermana de Frank Hopkins. Era un bungaló con estuco de color rosa y el patio delantero de tierra apisonada salpicado de hierba amarillenta. La puerta se abrió apenas unos dedos y asomó la cara de Cynthia Hopkins, una cara redonda llena de arrugas y manchas de sol.

Sam pensó que podría haber olvidado la cita.

—Señora Hopkins, soy el detective Sam Hamilton. Hemos hablado por teléfono.

—Lo recuerdo —dijo ella, que abrió la puerta del todo y lo invitó a pasar—. Ya no oigo bien, pero de momento tengo buena memoria.

En el interior de la casa hacía mucho calor. Lo condujo hasta un porche cerrado con mosquiteras, donde le ofreció una silla de mimbre.

—¿Qué le sirvo? —preguntó.

—Nada, a menos que usted vaya a tomar algo.

—Debería haberle hecho venir a las cinco. A esa hora me gusta tomar un *gin-tonic*.

—Por favor, no se contenga. Podemos fingir que son las cinco.

—Prefiero esperar. Cuando se llega a mi edad, es importante tener rituales fijos.

Se sentó frente a él en una silla y cruzó las piernas. Llevaba pantalones blancos y una blusa de flores bajo una rebeca de color rosa. Sam pensó que no se parecía mucho a Frank. Era más alta que él, y más curtida por el

sol. Tenía la cara surcada de arrugas, casi simiesca.

—Siento lo de su hermano.

—Gracias —le respondió con la voz ronca y Sam imaginó que los surcos de la cara no solo eran obra del sol de Florida, sino de toda una vida de cócteles y tabaco.

—¿Estaban muy unidos?

—Nunca lo estuvimos, aunque tampoco discutimos ni nada parecido. Yo era una niña tranquila y aplicada. Él era muy sociable, como nuestros padres. A ellos les encantaba trabajar en el hotel y a mí no se me ocurre nada peor. Imagine vivir en un sitio donde siempre hay invitados. En cuanto pude, me mudé a Boston y encontré trabajo en la editorial Houghton Mifflin. Allí conocí a mi esposo. Como a mí, también le gustaba llevar una vida más apartada. No tuvimos hijos, pero le aseguro que leímos muchos libros.

—Su marido es…

—Murió en 2003, a los pocos años de que fijáramos nuestra residencia en Siesta Key. Frank solo vino una vez de visita y fue nada más morir Patrick. Prometió que volvería, pero imagino que nunca sacó tiempo. Eso es lo que pasa cuando se dirige un hotel. ¿Han descubierto quién asesinó a mi hermano?

A Sam le pilló desprevenido la repentina pregunta.

—No, pero ha matado a más gente. Reunió los nombres de las víctimas en una lista.

—Vale, ahora entiendo mejor a qué se refería el agente que me llamó por teléfono. Me costó seguirlo, me preguntó por una retahíla de nombres y no me sonaba ninguno ni de lejos.

—¿Podría preguntarle yo otra vez?

—¿El qué? ¿Por los nombres? Claro, no me importa, pero dudo que vaya a cambiar ninguna respuesta.

Sam recitó los nombres —se los sabía de memoria— y la mujer se detuvo a pensar en cada uno de ellos. No le decían nada.

—Espero que no haya venido hasta aquí solo para eso —le dijo.

—La verdad es que no. Quería preguntarle por la historia del Windward. Quizá recuerde algún escándalo del pasado, algo fuera de lo común que pudiera ocurrir.

—¿En el pasado?…

—Podría ser algo que sucediera cuando Frank y usted eran niños. También algo más reciente, claro.

—Concédame un momento para pensar. ¿Sabe? Creo que tomaré ese *gin-tonic* un poco antes, solo por hoy.

—Si me dice cómo le gusta y dónde está todo, estaré encantado de prepárselo mientras piensa.

—De acuerdo, siempre y cuando me acompañe con otra copa.

—Con mucho gusto —dijo Sam y la mujer le indicó dónde quedaba la

cocina.

Recorrió el suelo de terrazo del salón y entró en la luminosa habitación. Encima de una encimera impecable había una botella de ginebra Gordon's y otra de tónica Publix. Encontró unos bonitos vasos altos, preparó dos copas y fue con ellas al porche.

—Pero qué delicia —dijo Cynthia—. Un hombre sirviéndome el cóctel de la tarde.

Sam se acomodó en la silla y tomó un sorbo. Le preocupaba que estuviera muy cargado, pero ella también bebió un trago y dijo que estaba bueno.

—¿Se le ha ocurrido alguna cosa? —preguntó Sam.

—¿Sobre la historia del hotel? Creo que dos. Ambas sucedieron cuando todavía vivía en el Windward, así que se trata de historia antigua.

—No importa. Quiero oírlas.

—En tal caso… El mayor escándalo de todos ocurrió cuando tenía dieciocho años, justo antes de ir a la universidad. Sería en el verano de 1961. Había dos huéspedes alojados en el hotel, un hombre y una mujer. Recuerdo que, después de lo ocurrido, todo el mundo decía que nunca habían creído que estuvieran casados. Yo no me acuerdo de ellos, aunque entonces atendía en la recepción de cuando en cuando. —Hizo una pausa para dar un sorbo y se tomó un tiempo, como si recordar le supusiera esfuerzo—. Eran de mediana edad y el día en que tenían que dejar la habitación no salieron. Una mujer de la limpieza los encontró muertos dentro. Por lo que se decía entonces, parecía que él la mató con una navaja de afeitar y luego se cortó las venas en la bañera. Acudieron la policía y un montón de periodistas. También recuerdo que cada cual tenía su opinión sobre lo que había pasado. No estaba claro si la asesinó antes de quitarse la vida o si se trataba de una especie de pacto suicida. Sí recuerdo que estaban casados con otras personas.

—¿Recuerda cómo se llamaban?

—Suponía que me haría esa pregunta. Me temo que no. Lo único que recuerdo es que se registraron con nombres falsos, por supuesto. John y Jane Smith o algo así. Pero no recuerdo sus verdaderos nombres. Aunque sí el número de habitación: la veintidós. Era una de las habitaciones del ala que derribaron en los años setenta. Creo que nunca se volvió a ocupar.

—¿Está segura de que fue en 1961?

—Sí. Eso se lo garantizo, fue el año en que empecé la universidad.

—Se refirió a un segundo suceso.

—Este no es tan escabroso y creo que solo lo recuerdo porque era una niña cuando ocurrió. —Bebió otro sorbo y miró hacia arriba como si estuviera ordenando las ideas—. Además, siento anunciarle ya que tampoco recuerdo el nombre. Cuando yo tenía unos doce o trece años, una chica que se alojaba en el Windward se metió por una de las grietas que recorren la base del espigón y se ahogó cuando subió la marea.

—¿La conocía?

—Yo no. Era Frank quien se hacía amigo de los niños que venían a pasar el verano en el hotel. Yo me quedaba leyendo en mi habitación. Ah, tiene gracia. Iba a decir que debería preguntarle a Frank por la niña. Pero no puede, por supuesto.

—No —dijo Sam y se quedó callado mientras Cynthia cambiaba de postura. Al rato continuó—: ¿A qué espigón se refiere?

—El de la playa de Kennewick.

—Donde Frank murió…

—Exacto. No lo había relacionado, pero tiene razón. Debió de morir justo al lado. Fue algo terrible, por supuesto. En cierto sentido, mucho peor que lo de aquella pareja. Fue un accidente y ella era una niña. Imagino que hoy lo habrían vallado y puesto carteles por todas partes… En aquella época, la vida siguió adelante sin más.

Sam se quedó hasta terminar la copa, charlando sobre la infancia de Cynthia en el Windward. Ella tenía buena memoria y a él le gustaba escucharla. Pero se marchó en cuanto pudo porque tenía hambre y, sobre todo, porque estaba impaciente por coger el portátil y buscar información sobre esos dos sucesos. De camino paró en la marisquería de un centro comercial y pidió otro *gin-tonic* mientras esperaba a que le prepararan unos tacos de mero para llevar. De vuelta en el motel con la comida, puso al máximo el aire acondicionado y se zambulló en internet para comprobar si la memoria de Cynthia Hopkins era tan buena como aparentaba.

3

Viernes, 21 de octubre, 20:22

Caroline le envió un mensaje para avisar de que tenía mucho trabajo y que no podía hablar con él por la noche. Para Ethan fue como si le atravesara el estómago con un cuchillo. Le contesto «claro, que te cunda», cogió la chaqueta vaquera y dio un paseo hasta el casino El Camino. Hacía mucho que no pasaba por allí y eso mismo le dijo la camarera Lauren cuando le pidió un *mule*.

El agente Resendez le había pedido que no pasara demasiado tiempo en lugares públicos, pero no dijo expresamente que se quedara en casa. Esa noche le daba igual, a pesar de que, siguiendo su costumbre, el día de antes buscó en Google el nombre de Jay Coates y descubrió que el fin de semana habían asesinado a un Jay Coates en Los Ángeles. La lista cada vez se acortaba más.

Ya por el tercer *mule*, Ethan vio en una mesa del fondo a un par de mujeres que le resultaron conocidas. Tardó un momento en recordar que eran las camareras de un club donde tocaba alguna vez con The Buckets, un grupo que tuvo una vida muy corta. Se acercó, lo invitaron a acompañarlas y se quedó con ellas y con una jarra de Lone Star. Una hora después, cayó en la cuenta de que se había liado con la más guapa y rellena de las dos hacía un par de años al terminar un concierto. Se llamaba Alicia y ella lo pronunciaba con cuatro sílabas en lugar de tres. Por lo visto, también se acordaba de aquella noche porque apretaba la rodilla contra la suya por debajo de la mesa.

Salieron juntos al cerrar el bar. Jennifer ya había pedido un Lyft y se metió de un salto en cuanto pisaron la calle, con lo que Alicia y él se quedaron solos. De camino a casa, Ethan le habló de una canción que acababa de escribir para una voz femenina. Si le apetecía, podía acompañarla a la guitarra. Ya había utilizado ese mismo truco antes. De hecho, en un momento de pánico, pensó que quizá lo había hecho también con ella cuando se conocieron. Pero, si fue así, supo disimularlo.

En casa de Ethan, Alicia se lio un porro mientras él afinaba la guitarra e imprimía la letra. Tenía una voz bastante bonita y la canción era mejor de lo que recordaba. La repasaron un par de veces y luego se besaron en el sofá. Alicia le preguntó si se acordaba de ella.

—¿Por qué crees que me he acercado a saludaros?

Ya en la cama y con las luces apagadas, Ethan pensó en Caroline por

primera vez desde que volvió al apartamento. Tuvo ganas de pronto de estar solo, abrir el portátil y ver si quería hablar por Skype. Con la luz de la luna que se colaba por la ventana, vio que Alicia seguía con los ojos entreabiertos. Le olía fuerte el aliento a alcohol.

—Dame un momento, Alicia —le dijo—. Voy a poner un poco de música. Cierra los ojos, pero no te me duermas, ¿vale?

—Claro que no.

Se levantó, puso un disco de Rachael Yamagata y escuchó un par de canciones en el sofá. Al rato volvió al dormitorio sin hacer ruido y se alegró de encontrar a Alicia tumbada boca abajo con una pierna asomando entre las sábanas y apacibles ronquidos.

De nuevo en el sofá, abrió el portátil y buscó un punto intermedio entre Austin (Texas) y Ann Arbor (Míchigan). Había unos bonitos bungalós cerca del bosque nacional de Shawnee. Era un lugar tan bueno como cualquier otro. Le escribió a Caroline: «Esta noche te he echado de menos. ¿Quieres que quedemos en Rolling Brook Cabins? Es una zona de bungalós en Makanda, Illinois».

4

Viernes, 21 de octubre, 23:15

Caroline leyó el mensaje de Ethan y respondió: «Sí, ¿cuándo?».

«Pon tú la fecha. Yo siempre estoy libre».

Caroline abrió el calendario, aunque más o menos lo tenía claro: el fin de semana siguiente estaba libre y, a pesar de que le faltaban muchas evaluaciones, esa noche había avanzado bastante y podría hacer horas extra a lo largo de la semana. La idea de verlo cara a cara le cerraba el estómago, pero no en el mal sentido. También pensó que si era incómodo, si no había atracción física o algo así, podrían seguir siendo amigos. Eso ya lo habían conseguido.

«¿Quedamos el viernes?», escribió.

Ethan respondió: «Por mí sí».

Caroline: «Ese fin de semana es Halloween».

Ethan: «¿Es un fin de semana importante para ti? ¿Lo cancelamos?».

Caroline: «Es un fin de semana importante para mis alumnos. Se ve mucho disfraz sexi».

Ethan: «¿Te han invitado a alguna fiesta?».

Caroline: «Como siempre. Un compañero monta algo cada año la noche del sábado más próximo a Halloween».

Ethan: «¿Prefieres quedar otro fin de semana?».

Caroline: «Ni de coña. Si quedo contigo, no tengo que pensar en un disfraz».

Ethan: «Puedes ir de Sylvia Plath en plan guarrilla».

Caroline: «Ya fui así hace un par de años, la gente se acordaría. ¿Y tú? ¿No sales?».

Ethan: «Me han invitado a una fiesta, pero prefiero ir a Illinois».

Caroline: «Me alegro. ¿De qué ibas a disfrazarte?».

Ethan: «De estrella decadente del *rock*. El mismo disfraz de todos los años».

Estuvieron una hora escribiéndose y para cuando terminaron Ethan tenía reservado un bungaló la noche del viernes y la del sábado.

Caroline se acostó, decidida a no pensar en que iba a ver a Ethan, en lo que esperaba él ni en lo que sería tenerlo delante. Le preocupaba quién iba a cuidar de Estrella y Fable, y lo peligroso que podía ser viajar al mismo lugar que Ethan, teniendo en cuenta que alguien los había puesto a los dos en su lista negra. Tal vez fuera una locura plantearse siquiera estar juntos.

Aunque en el fondo no le importaba… o no lo suficiente. Cuando hablaba con Ethan, ya solo con recibir un mensaje suyo, sentía tanto y era tan liberador que necesitaba comprobar si le sucedía igual al tenerlo delante y en persona. A veces se preguntaba si alguna vez había estado enamorada de verdad. Solo había salido en serio con Alec Gresham. Lo conoció cuando estuvo en Oxford con la beca Fulbright y él pasó después dos años en Estados Unidos mientras hacía la tesis en Ithaca. Al terminar el doctorado, eran más amigos que amantes. No, eso no era verdad. Ella aún lo quería y, en cierto modo, lo seguía queriendo. Sin embargo, nunca sintió por él lo que Ethan le había hecho sentir de un día para el otro. Le rondaba la cabeza una cita de *Sentido y sensibilidad*: «No son el tiempo ni la ocasión los que determinan la intimidad, sino el temperamento de las personas, su inclinación. A algunas no les bastan siete años para llegar a conocerse, mientras que otras tienen más que de sobra con siete días». Tenía que averiguar si Ethan y ella tenían ese temperamento, esa inclinación, o solo eran las circunstancias.

A la mañana siguiente habló con Maeve, una profesora asociada que también amaba los gatos y que prometió cuidar de los suyos el fin de semana («Igual te los robo»). Luego avisó a la agente Hanley. Estaba al cargo de su custodia y se iba a ocupar de que hubiera agentes de policía apostados en el exterior de Rolling Brook Cabins en Illinois. La llamaría cuando tuviera más información.

—Es un viaje largo para echar un polvo —le dijo Liz cuando se estaban despidiendo y, como solía hacer, terminó la frase con una carcajada.

—Sí, es verdad —dijo Caroline, que se contuvo las ganas de decir que no solo iba para echar un polvo, aunque hasta cierto punto era así.

5

Miércoles, 26 de octubre, 17:33

Jack Radebaugh hizo la llamada desde la confortable cama de la habitación de hotel. Escuchó dos tonos y a continuación la respuesta.

—Ellen Mercer, dígame.

—Hola, agente Mercer. Soy Jack Radebaugh, estuvimos hablando cuando…

—Hola, Jack, sé quién es. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. Va todo bien, pero me dijo que llamara si se me ocurría algo, alguna conexión…

—Así es.

—Bueno, los demás nombres siguen sin decirme nada, pero estuve buscando en Google y vi que Frank Hopkins era el dueño del Windward Resort. ¿Es eso cierto?

—En efecto.

—En ese caso, y a menos que me equivoque, estoy casi seguro de que estuve alojado en ese hotel. Estaba en Kennewick, Maine, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Fue hace un milenio, cuando tenía once años. Pasé allí casi todo el verano con mis padres.

—Entonces, ¿recuerda a Frank Hopkins?

—No, pero tampoco creo que fuera el director en 1956…

—Lo cierto es que *estaba* en 1956. Sus padres dirigían el resort y, por lo que sabemos, pasó allí toda la vida.

—Vaya.

—Es posible que lo conociera ese verano. Tendrían más o menos la misma edad.

Jack bebió un trago de la botella de agua mineral que tenía en la mesita de noche.

—Podría ser. Había un montón de niños de mi edad y la verdad es que no recuerdo cómo se llamaban.

—Por supuesto, es comprensible.

—Estoy seguro de que es una simple coincidencia, pero como me dijo…

—No, no. Por supuesto. Me alegro mucho de que haya llamado, cualquier cosa que se le ocurra podría ser de gran ayuda, aunque sea una coincidencia. ¿Qué hay de los demás nombres?

—Nada, me temo que no.

—Bueno, si piensa en algo…

—Prometo que se lo diré.

—Una cosa más, Jack. Quería saber si se replantearía la opción de contar con protección policial. Aunque solo sea tener un coche aparcado enfrente de casa a ciertas horas.

—En este momento estoy de viaje, así que estarían vigilando una residencia vacía. De todos modos, estoy bien así. Le agradezco la oferta, pero tengo que rechazarla.

La oyó suspirar al otro lado de la línea.

—Muy bien. Gracias por darnos esta información sobre el Windward Resort. Si recuerda algo más, no dude en llamar. *Lo que sea*.

Al terminar la llamada, Jack dudó por un momento si había hecho bien en hablar con el FBI, también se preguntó si debería haber contado lo que le pasó a su hermana en el Windward.

Oyó unos golpes a la puerta. Justo antes de hablar con la agente Mercer, Jack había llamado al servicio de habitaciones, pero habían subido demasiado rápido. Salió con cuidado de la cama —se sentía viejo en particular cada vez que hacía un viaje de negocios—, fue hasta la puerta y la abrió lo justo para ver a un hombre latino y de corta estatura que le tendía una bandeja con una ensalada Cobb y media botella de vino. Jack llevó la bandeja a la mesa que esperaba frente a las ventanas de la habitación, tres hojas con vistas a una llanura de campos de cultivo que se extendía hasta el horizonte. Por la ventana entraba algo de luz, pero no muy lejos se veía una nube negra rota por debajo. Estaba cayendo un aguacero. Durante un instante corto pero aterrador, Jack no supo dónde estaba. Luego recordó que aquello eran las afueras de Indianápolis.

Se sentó y quitó el envoltorio de plástico de la ensalada. Estaba todo helado, también el pollo a la parrilla y el beicon. No era de extrañar que subieran tan pronto, solo habían tenido que sacarlo del frigorífico. Abrió el vino y se sirvió un vaso.

6

Viernes, 28 de octubre, 17:47

Los bungalós de Rolling Brook Cabins no parecían gran cosa por fuera, pero el interior rayaba en el lujo. Era como salido de un catálogo de L. L. Bean: muebles de madera oscura, grabados de pescadores en la pared y una colcha blanca de rayas rojas, verdes y amarillas sobre la cama. Había chimenea y dos butacones tapizados; en el cuarto de baño, una enorme bañera.

Ethan llegó primero y le envió un mensaje a Caroline para decir que ya se había registrado y que acudiera directamente a la cabaña. Ella le contestó que estaba ahí en media hora. Empezó a dar vueltas hecho un manojo de nervios; puede que tuviera tiempo de tomar una ducha rápida, pero era mejor no tentar a la suerte. Se acercó a la ventana y descorrió la cortina para ver a Caroline cuando llegara. Apenas notaba ya la presencia del coche patrulla, aunque el agente se le identificó nada más coger la habitación.

Miró en la nevera. Había una botella de vino blanco de cortesía y un plato de fruta cubierto con un envoltorio de plástico. Dejó allí las dos cosas. En la mochila llevaba un porro con una maría índica bastante potente, pero prefería estar despejado cuando viera a Caroline por primera vez. Le parecía importante.

Oyó un golpe a la puerta y el corazón estuvo a punto de salirse del pecho. La abrió y encontró a Caroline: era más alta de lo que pensaba, con las mejillas sonrojadas y una sonrisa en la cara.

—Estoy nerviosa —le dijo.

—Yo también. ¿Por qué será?

—Claro.

Entró en la cabaña, soltó la bolsa de viaje y se abrazaron. Fue bonito pero también surrealista, como si en el mundo existiera de pronto una nueva dimensión y Ethan tuviera que aclimatarse a aquella sensación a toda prisa.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Caroline.

—¿Qué quieres hacer tú?

—He preguntado primero.

—Estaría bien meternos en la cama —dijo Ethan—. Me da igual que tengamos sexo o no, pero quiero tumbarme a tu lado. Quiero tocarte y besarte.

—Lo mismo que yo.

A las dos horas estaban bebiendo el vino y comiendo la fruta en la cama. Era reconfortante para los dos sentirse tan compenetrados como en aquellas semanas. De vez en cuando uno rompía a reír de pronto. O reían los dos.

—Si nos viera alguien… —dijo Caroline.

—Que nos vean. Me hace feliz estar aquí contigo.

—A mí también.

Una hora después estaban acostados, con las sábanas pegadas al cuerpo desnudo. Exhaustos.

—Nos conocimos cuando terminaba la fiesta —dijo Ethan.

Caroline pareció confundida por un momento y luego rio.

—Me recitas poesía.

—Es el poema que encontraste el otro día.

—Sí —le dijo—. Nos conocimos al final de la fiesta, cuando ya no quedaba bebida.

—¿Te sabes el resto?

—Una parte. Todo no. Ya no recito.

—Me alegra que hayamos hecho esto —dijo Ethan.

—Piénsalo. Es rara la manera como nos conocimos.

—No pienso en otra cosa.

—¿Crees que ha sido el destino?

—No, no lo creo —respondió Ethan tras un silencio—. No creo en que existan las almas gemelas ni que todos tengamos a alguien hecho a nuestra medida. Creo que a veces encajamos con otras personas a la perfección. Hay gente que nunca encuentra su media naranja y otras personas la encuentran varias veces. Es puro azar.

—Estoy de acuerdo contigo. No creo en las almas gemelas, pero sí en el temperamento.

—¿Ah, sí? —preguntó Ethan.

—En algunas cosas no nos parecemos, pero tenemos un temperamento muy similar, nuestras inclinaciones. Creo que ahí está todo. Estoy muy contenta de que estemos aquí.

—Yo también. Aunque solo sea porque esta es la cama más cómoda en la que he dormido.

—Ja, ja. Lo es, ¿verdad? —dijo Caroline.

Se quedaron profundamente dormidos con ayuda de la benzodiazepina líquida que habían inyectado en el vino a través del corcho. Ninguno de los dos se despertó con las inyecciones que recibieron a continuación. Primero, la misma benzodiacepina en una concentración más elevada y después inyecciones de dosis letales de morfina. Caroline pesaba casi veinte kilos menos que el hombre en cuyos brazos dormía, tuvo unas ligeras convulsiones, su cerebro se quedó sin oxígeno y murió.

TRES

Matthew Beaumont

Jay Coates

Ethan Dart

Caroline Geddes

Frank Hopkins

Alison Horne

Arthur Kruse

Jack Radebaugh

Jessica Winslow

1

Sábado, 29 de octubre, 02:22

Veinte minutos después, Ethan Dart murió exactamente de la misma forma que Caroline Geddes.

DOS

Matthew Beaumont

Jay Coates

Ethan Dart

Caroline Geddes

Frank Hopkins

Alison Horne

Arthur Kruse

Jack Radebaugh

Jessica Winslow

1

Domingo, 30 de octubre, 16:39

El partido de los Saints acababa de empezar y Sam Hamilton abrió una cerveza, aunque no iba a sentarse a verlo en el sofá. Estaba en el despacho con el televisor al volumen justo para oír cualquier cosa importante que pudiera suceder. Había llenado una pared entera de fotografías, recortes de periódico y notas que él mismo había escrito a mano, todo relacionado con el caso de Frank Hopkins o mejor dicho, y como él lo llamaba, «el caso de la Lista de los Nueve». Desde que viajó a Florida para visitar a Cynthia, la hermana de Hopkins, dedicaba todo su tiempo a estar al tanto de las novedades que le hacía llegar con regularidad Mary Parkinson de la Estatal y a investigar los dos sucesos del Windward Resort que le reveló Cynthia. Y por fin había encontrado algo que aparentaba ser la clave de lo que estaba ocurriendo.

Al principio se centró en el asesinato con suicidio de 1961. Un hombre llamado Bart Knapp de Portland, Maine, se había suicidado en una de las habitaciones del Windward después de asesinar a su amante, Betsy Sturnevan. Ambos estaban casados con otras personas y ambos trabajaban en el mismo despacho contable de su ciudad. No le costó mucho encontrar información sobre el caso, ya que fue noticia en todo el país. En la habitación no había signos de lucha y encontraron sedantes y alcohol en la sangre de los dos fallecidos. Por eso era por lo que el veredicto oficial fue de doble suicidio, y la hipótesis, que Betsy se cortó las venas en la cama, mientras que Bart se metió luego en la bañera e hizo lo propio con una navaja de afeitar. La familia de Betsy Sturnevan no aceptó estas conclusiones y alegó que Bart no solo asesinó a Betsy Sturnevan, sino que la llevó contra su voluntad al Windward Resort, donde la retuvo sedada.

La historia causó un gran revuelo. En su rastreo, Sam encontró unos cuantos artículos, la mayoría del *Kennewick Star*, un periódico local de la época. Todos los policías implicados en el caso habían muerto ya, pero tanto Bart Knapp como Betsy Sturnevan tenían hijos pequeños cuando murieron e incluso valoró la opción de buscarlos. Tendrían unos sesenta años. Podría haberlo hecho, pero no había nada que relacionara a los amantes con alguien de la lista. Tuvo que concluir que esa línea de investigación no llevaba a ninguna parte.

Eso le dejaba con la niña que se ahogó junto al espigón. Escribió «Windward Resort» y «ahogamiento» en un motor de búsqueda, pero el

único resultado fue la noticia de un adolescente llamado Duane Wozniak que se ahogó mientras nadaba cerca del rompeolas en el año 2000. Leyó todo lo que encontró sobre aquel suceso, pero estaba claro que fue un accidente. Tampoco había nada que relacionara a la familia de Duane Wozniak con los nombres de la lista. Sentía mucha más curiosidad por la historia que le contó la hermana de Frank. Cynthia calculó que tendría catorce o quince años cuando la niña se ahogó y dijo que tenía dieciocho en 1961, por lo que el ahogamiento debió de suceder en 1957 o 1958. Era lógico que no hubiera resultados en internet sobre un ahogamiento en el Windward Resort en esos años. La muerte accidental de una niña en una playa de Maine no habría llegado a las páginas de un periódico de tirada nacional con archivo en línea. Sin embargo, sí se mencionaría en los periódicos locales. Ahora Sam llevaba tres días sentado en la biblioteca pública de Kennewick dejándose la vista en los microfilmes del *Kennewick Star* y del *Southern Maine Forecaster*, dos periódicos activos a mediados de los cincuenta en la ciudad. A punto ya de darse por vencido, abrió la horquilla y buscó también artículos de 1956 y 1959. Y así, Sam acababa de dar en el blanco hacía solo tres horas. En julio de 1956, el *Star* publicó una noticia sobre el trágico ahogamiento de Faye Grant. Tenía diez años y veraneaba en el Windward con su madre y un hermano. Un detective de policía llamado William Cable sentenció que fue un accidente. Al parecer, Faye Grant se adentró por una grieta al pie del espigón y no pudo salir cuando volvió a subir la marea.

Otro artículo recogía también los nombres de los familiares directos de Faye. El padre era John Grant, un ejecutivo de seguros de Hartford, Connecticut. Era de suponer que el hermano mayor de Faye se llamaba como su padre, porque el periódico se refería a él como «el pequeño Jack Grant». La madre era Lily Grant, de soltera Lily Radebaugh, nacida en Baltimore.

Sam leyó aquellas palabras con un escalofrío corriéndole por la piel de los brazos y la nuca. «El pequeño Jack Grant» podría estar tras el nombre de Jack Radebaugh. Si Faye era su hermana, la Lista de los Nueve tendría algo que ver con su muerte. Querría venganza. Frank Hopkins estaría en el Windward Resort cuando Faye murió, cuando se ahogó junto al espigón. Las demás personas de la lista eran muy jóvenes para haber presenciado la muerte de Faye… Sam no tenía ni idea de por qué las habían elegido. Su mejor hipótesis era que estarían relacionadas de la forma que fuera con alguien a quien Jack culpabilizaba. Sus padres quizá. Las edades cuadraban.

Envió por correo electrónico imágenes JPEG de todos los artículos sobre el caso a la detective Mary Parkinson de la Estatal y a la agente Ruth Jackson del FBI, y empezó a estudiar sus notas sobre las familias. Las piezas empezaban a encajar: había más puntos en común entre sus padres que entre las propias víctimas. Todos eran blancos, todos de clase media o

media-alta y todos de Nueva Inglaterra. Y había algo más, algo que Sam había advertido una semana antes: en la lista había seis hombres y tres mujeres. Le llamó la atención. Si Jack Radebaugh (u otra persona, cabía esa posibilidad) estaba asesinando a los hijos de los cómplices de la muerte de su hermana, no solo intentaría que su muerte fuera indolora. También elegiría a los hijos y no a las hijas. Había asesinado a Jessica Winslow, pero era hija única. Y Caroline Geddes tenía un hermano, pero vivía fuera del país. Con un torbellino en la cabeza, fue a por otra cerveza sin molestarse siquiera en echar un ojo al partido de fútbol del televisor.

De vuelta al despacho, pensó en Alison Horne. No habían dado con ella. ¿Estaría muerta? Imposible, habría un informe policial, una esquela, cualquier cosa que alertara al FBI. Podía ser que estuviera muerta y que no hubieran encontrado el cadáver todavía, pero en ese caso alguien habría denunciado la desaparición. No, debía de seguir viva. ¿Dónde estaba? ¿Era consciente del peligro que corría?

2

Lunes, 31 de octubre, 15:03

Jonathan Grant decidió no escribir a Alison desde el aeropuerto para avisar de su regreso a las Bermudas y de que llegaría a casa en treinta minutos. La conocía bien y sabía que no le gustaban las sorpresas, pero iba a darle una.

Entró en la casa de Church Folly Lane y gritó un «hola» mientras se limpiaba los zapatos en el felpudo. No se oía nada en casa, puede que Alison estuviera en Tobacco Bay o dando un paseo. Pero entonces la vio aparecer en la escalera con un camisón blanco hasta los pies y, por un instante, Jonathan tuvo la extraña sensación de estar viendo a un fantasma.

—He vuelto —le dijo.

Bajó las escaleras y lo abrazó.

—Me alegro —le dijo, y al momento añadió—: Podrías haber avisado.

—Quería darte una sorpresa. Estás más delgada.

—Oh. —Alison se miró el camisón casi transparente—. Será porque vivo a base de yogur y fruta. Me alegro mucho de que hayas vuelto.

—Desharé la maleta y me daré una ducha. Luego podemos salir a darnos una comilona.

Fueron al Swizzle Inn y, como hacía cada vez que iban allí, Jonathan se quejó de que el restaurante se había convertido en una trampa para turistas que vendía camisetas y vasos raros de recuerdo. Aun así, tenía una mesa favorita y allí estaban sentados. Pidió la sopa de pescado de entrante, seguida de hígado encebollado. Alison eligió la ensalada.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Ya he cerrado esa puerta.

—¿A qué te refieres?

—Compromisos, dinero… Se acabó todo eso. Háblame de las Bermudas. ¿Qué tal has estado por aquí sin mí?

Alison bebió un sorbo del vino rosado.

—Creía que me gustaba, pero ahora no estoy segura. ¿Te he dicho alguna vez que tengo un sexto sentido?

Jonathan bajó la mirada.

—Creo que no.

—No es nada del otro mundo, pero desde niña tengo sensaciones cuando va a suceder algo malo, una especie de escalofrío. A veces también me ocurre cuando ya ha pasado.

—Cuéntame, tengo curiosidad.

Le explicó que supo que su abuela iba a morir antes de que ocurriera y que un viernes por la tarde se cruzó con Missy Talbot por los pasillos del instituto y tuvo la sensación de que le absorbía el calor. Missy murió aquel mismo sábado por la noche: al volver de la fiesta de Brian Sherzinger, el coche de su novio acabó en la cuneta de Pope Road y ella salió proyectada por el cristal. Calló que había notado aquel mismo frío la noche en que Jonathan le propuso tomar una copa de vino con él al terminar el turno. Pero sí le dijo que, desde que se marchó de las Bermudas y se quedó sola en casa, tenía malos presagios, hacía frío.

—No es exactamente un presentimiento. Al principio me lo pareció, pero creo que es la casa, estar allí sola… Puede que sienta algo, que sucediera algo en el pasado…

—Qué me vas a decir a mí —dijo Jonathan antes de beber un buen trago de martini con ginebra—. Esa casa tiene mucha historia, antes incluso de que llegara mi familia.

—También podría ser que me sintiera sola.

La camarera se acercó a retirar los platos y llamó a Jonathan «cariño».

—¿Desde cuándo vienes aquí? —le preguntó Alison cuando los dejó la camarera.

—Toda la vida, desde que era un niño. Este restaurante es antiguo, llevará un siglo abierto.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

—Claro.

—Ya sabes que he estado husmeando por la casa. Mientras rebuscaba en los armarios, encontré algunos cuadros que podrían interesarte. En fin, sé que no es asunto mío, pero me he dado cuenta de que solo hay retratos de tu hermana cuando era pequeña.

—Es que murió de niña —respondió Jonathan—. ¿No te lo había dicho?

—Me dijiste que había muerto, pero no sabía cuándo ni cómo ocurrió.

—Murió cuando tenía diez años, y yo, doce. Fue hace mucho tiempo.

—Lo siento, Jonathan. ¿Cómo se llamaba?

—Faye.

—¿Y qué pasó?

—Se ahogó. Fue en Maine. Pasamos un mes de veraneo en un hotel de Kennewick. Había un espigón de piedra en la playa, una especie de rompeolas, y cuando bajaba la marea había muchas pozas que explorar, pequeñas cuevas que se abrían donde los bloques de granito no encajaban del todo. Quedó atrapada en una cuando volvió a subir la marea. Así es como murió.

—Dios, es horrible.

—Lo fue.

Por la forma en que lo dijo, Alison supo que no quería seguir hablando

del tema.

De vuelta en casa y mientras tomaban una copa en el salón, Alison se acercó a los retratos de Faye y Jonathan que colgaban sobre la chimenea.

—Qué guapa era —dijo Alison casi para sí misma.

—Sí, lo era —dijo Jonathan desde la mesa de bar con una licorera en la mano.

—¿Dónde posasteis para estos cuadros?

—Aquí no, fue en West Hartford, donde nos criamos. No me acuerdo de mucho. Sé que mi madre insistió en que lleváramos trajes marineros y que a mi edad me pareció un suplicio.

—Bueno, estáis encantadores así vestidos. El pequeño Jonathan, o Johnnie… ¿Cómo te llamaban?

—Antes me llamaban Jack.

—Anda, ¿y por qué ya no?

—Porque yo no quise.

—De niña todo el mundo me llamaba Ali. Pero mi padre siempre me decía Alison y eso me hacía sentir mayor y sofisticada. Cuando llegué a la universidad, le dije a todo el mundo que era Alison. Y lo sigo siendo.

—Es parecido a lo que me pasó a mí, pero yo formalicé el cambio. Mis padres no supieron afrontar la muerte de mi hermana, en especial mi padre. Optó por fingir que nunca había existido. Jamás lo perdoné por eso, por su debilidad. En cuanto pude, adopté el apellido de soltera de mi madre, Radebaugh. Ahora hay personas que me conocen como Jack Radebaugh y otras, como tú, para quienes soy Jonathan Grant. Ya no me importa lo del nombre. Imagino que agua pasada no mueve molino.

Jonathan dejó la licorera en la mesa. No se había llenado el vaso.

—La sangre pesa más que al agua —dijo Alison.

—¿Cómo?

—Nada, un refrán que decía mi padre.

—Sangre o agua, son cosa pasada.

—Me suena mucho ese nombre —dijo Alison, mirando hacia un lado.

—¿Cuál, el mío?

—Sí, el apellido. Bueno, todo el nombre, Jack Radebaugh.

—Escribí un libro y lo firmé así.

—¿Qué clase de libro?

—De negocios. Tuvo mucho éxito, pero…

—No creo que sea eso.

Se sentó en la silla que tenía más cerca, estaba tapizada con una tela de color azul y unas pequeñas anclas blancas. Jonathan la observó, quizá recordara dónde había visto el apellido Radebaugh y la lista que había recibido. Pero bebió un sorbo de vino y le sonrió.

—Es Halloween —dijo Alison.

—Lo sé, ¿te gusta mi disfraz?

—¿De qué vas disfrazado?

—De hombre en el invierno de la vida.

Alison se mordió el labio.

—Tal vez otoño, pero invierno no. Por Dios, estoy agotada. ¿Nos acostamos ya?

—Sí, vamos a la cama.

3

Martes, 1 de noviembre, 01:10

Jack Radebaugh (a quien Alison Horne y unas cuantas personas más conocían por Jonathan Grant, el nombre que le pusieron sus padres) recorrió con paso cauto y entre crujidos el pasillo que terminaba en el dormitorio que mucho tiempo atrás ocupó su padre. Abrió el ropero, que olía a cedro y polvo, y alcanzó el rifle del 22 que esperaba sujeto con dos escarpias en lo alto. Lo bajó, comprobó que estaba cargado y volvió al dormitorio. Alison estaba tendida sobre el costado y con una mano bajo la mejilla. Se tumbó a su lado, preocupado por la idea de que la bala no la matara en el acto por mucho que disparara a bocajarro. Había oído que algunas balas rebotaban en el cráneo, aunque era muy raro. Si apuntaba bien, no tenía por qué pasar.

«Quizá debería haberle puesto algo en la bebida para que no se despierte de pronto», igual que había sedado a Caroline Geddes y a Ethan Dart. Pero no debía preocuparse. A esas alturas conocía bien a Alison Horne y sabía que tenía el sueño profundo. Reunió fuerzas, con el cañón del arma a cinco dedos de Alison. Era verdad que no la quería (no sabía si había querido de verdad a nadie, al menos a nadie que siguiera vivo), pero le gustaba bastante.

Hacía un año que la vio por primera vez en el espantoso asador donde trabajaba. Solo fue por curiosidad. Ya lo había planeado todo, pero aún no estaba seguro de que fuera a llevarlo a cabo. Tenía preparada la lista, los nombres de nueve personas que estaban a punto de morir sin saber que estaban marcadas. Un detective privado le había entregado unos abultados expedientes con información sobre la vida de todos ellos. Hasta cierto punto, ir a ver a Alison Horne él mismo fue una manera de ponerse a prueba y descubrir cómo se sentía en el papel de Dios. Vestido con su mejor traje, se sentó en la barra y la observó en la recepción, tratando de imaginar lo que sentiría al acabar con su vida. Pensó en Grace. Si no la hubiera matado un conductor borracho un año después de terminar la universidad, su única hija tendría ahora la edad de Alison. Aquel día había acabado su turno en el pijo restaurante francés donde trabajaba y volvía a casa en coche. No le hacía falta ser camarera. Cuando estaba en el último curso en Cornell fue becaria en un periódico de Ithaca y luego la contrataron. Además, de haber necesitado un dinerillo extra, Jack se lo habría dado encantado. Sin embargo, siempre había sido independiente y

le gustaba ser camarera desde aquel primer empleo en una empresa de *catering* de Nueva Jersey cuando aún estaba en el instituto. Le había dicho que ganaba más en una noche de camarera que en toda la semana en el periódico.

Su hija era de una belleza desmedida y Jack sabía cómo la mirarían los hombres que cenaban en el Salt Bistro. Le preocupaba que tuviera que ir sola hasta el aparcamiento cuando salía del restaurante casi de madrugada, pero las cosas por las que nos preocupamos no son las que acaban sucediendo. El conductor borracho que embistió su coche invadió cuatro carriles de tráfico, esquivó otros vehículos y terminó estrellándose con el GTI de Grace con tanta fuerza que le hizo atravesar un quitamiedos, dar dos vueltas de campana y aterrizar sobre el techo en el *parking* de un centro comercial. Estaba a menos de un minuto de su apartamento.

Mientras miraba a Alison en el asador, Jack se preguntaba si le gustaría trabajar allí igual que a su hija. Algo le decía que no. Sabía que estaba a punto de cumplir los cuarenta, pero aún era lo bastante *sexy* como para lucir bien la camiseta corta y la falda de cuero ceñida del restaurante. Ella se dio cuenta de que la estaba observando y le sonrió radiante. Quizá debería conocerla mejor si podía. Tenía la intención de matar a esa mujer, así que pensó que conocerla antes sería lo correcto, estratégica y moralmente. Por supuesto, fue consciente de que no se planteaba lo mismo con las demás víctimas. Pero tampoco las tenía delante, a la distancia en que se sonríe.

Volvió varias veces al asador y al tiempo la invitó a tomar un vino. Después le propuso que se convirtiera en su amante. Fue sencillo. Además, salvando su belleza y el trabajo en el restaurante, no tenía nada que le recordara a su hija. No era más que una persona como tantas, sola en el mundo como lo estamos todos. No era ni buena ni mala en particular. Y, aunque no quería hacerle daño, sí quería matarla. Era un diminuto engranaje dentro de un mecanismo de enorme complejidad que él debía ajustar. Estaba restaurando el karma del universo.

Con cuidado le apuntó al cráneo con el cañón del rifle y apretó el gatillo.

UNO

Matthew Beaumont

Jay Coates

Ethan Dart

Caroline Geddes

Frank Hopkins

Alison Horne

Arthur Kruse

Jack Radebaugh

Jessica Winslow

1

Martes, 1 de noviembre, 15:45

Jack Radebaugh tenía intención de coger un vuelo del aeropuerto de Saint George en las Bermudas a Portland, Maine, pero cambió el billete y ahora iba en un Airbus A320 a medio llenar con rumbo al aeropuerto internacional de Bradley. Sabía que podía ser un error de consecuencias desastrosas, sobre todo estando ya tan cerca del final. Pero dejó de importarle. Antes de poner rumbo a Maine, iba a regresar a West Hartford durante una hora, dos como mucho. Aunque solo fuera por ir en su coche.

Esos días su cerebro era como un pase de diapositivas fuera de control. Las imágenes, ideas y obsesiones estaban desatadas, pero había aprendido a vivir con ello, a domarlas casi todas. También era reconfortante saber que pronto iba a apagar esos pensamientos como si soplara las velas de una tarta de cumpleaños.

Cogió un taxi del aeropuerto a West Hartford. En casa fue rápido de un lado para otro y se vistió con ropa más a tono para el frío y el mal tiempo. Sacó algunas cosas de la bolsa de viaje que había traído de las Bermudas y en el sótano metió algunas otras que le servirían para ocuparse del vecino de al lado. Él era la única razón por la que estaba de vuelta en West Hartford. Desde que cenó hacía más de un mes con su encantadora vecina Margaret y el cabrón engreído con el que estaba casada, no había parado de pensar en ellos ni de fantasear con lo que quería hacerle a Eric. Quizá Margaret, con aquella larga melena y el esbelto cuello, aguda y asustadiza como era, le recordaba a su hermana. O quizá fuera porque era una buena persona, y Eric, no. Sin más. Quizá, ahora que estaba tan cerca de terminar la obra de su vida, podía hacerle un último favor a Margaret. ¿Cómo se apellidaba? Si se lo había dicho, no lo recordaba. Sí recordaba que trabajaba a media jornada en la biblioteca. «Trabajo de lunes a miércoles por las tardes y los sábados todo el día —le dijo—. Creo que no hay horario peor». Quizá ese horario se le quedó grabado porque en realidad todo ese tiempo había estado planeando lo que se disponía a hacer.

Echó la llave por última vez a la casa de su infancia, pasó a la de la vecina y llamó al timbre. ¿Qué iba a hacer si abría Margaret? Imaginó que le diría que se marchaba y que quería despedirse. Y se iría. Parecería raro, pero ¿qué importancia tenía eso dada la situación?

Resultó que fue Eric quien abrió la puerta. Llevaba unos pantalones

cortos holgados y camiseta de tirantes. Estaba sudoroso como si estuviera haciendo ejercicio, aunque sujetaba una lata de cerveza en la mano.

—Disculpa la molestia, Eric. ¿Está Margaret en casa?

Eric parpadeó sin decir nada, estaría tratando de recordar su nombre.

—Lo siento, Jack —dijo cuando lo consiguió—. Está trabajando en la biblioteca.

—Vaya, no importa. Solo quería hacerle una pregunta, pero… —Se interrumpió antes de añadir—: Quizá sepas responderme tú. ¿Puedo pasar un rato?

Mientras Eric se decidía, Jack esperó sin cambiar el gesto ni moverse de la entrada ni disculparse.

—Adelante, hombre —dijo Eric por fin—. ¿Le traigo una cerveza?

Jack entró en el vestíbulo.

—No, gracias. No tardaré más de cinco minutos.

Eric lo acompañó al salón y le ofreció una silla. Jack se acomodó y se arregló la chaqueta para que el bolsillo derecho quedara libre. Después de dejar la lata de cerveza en la mesita que los separaba a los dos, Eric también se sentó con cara de extrañeza. Al principio Jack no supo interpretar el gesto, pero luego lo entendió: Eric aún no sabía qué pensar del vecino. ¿Tenía delante a un viejo fracasado o seguía siendo alguien influyente, un autor de grandes éxitos, un hombre con contactos? Intentaba clasificarlo para saber cómo comportarse con él.

—Iré directo al grano, Eric. No quiero hacerte perder el tiempo y no sé cuándo va a volver Margaret.

—Aún tardará —le respondió.

—Bien. Esta es la pregunta que iba a hacerle a ella, pero que ahora vas a responder tú en su lugar. ¿Cómo es que alguien bueno y atento como Margaret ha terminado con un pelele tan gilipollas como tú?

Una sonrisa incómoda empezó a contraer muy despacio la cara de Eric, como si intentara asimilar la pregunta.

—¿Lo está diciendo en serio? —dijo por fin.

—¿Que si lo digo en serio? Claro, quiero saberlo. Tengo la teoría de que te recuerda a tu madre y de que tu padre también la trataba como el culo. Imagino que a Margaret le pasará lo mismo. De otra forma soy incapaz de entender por qué se traga tu mierda.

Un color rojo intenso le subió a Eric del cuello hacia la cara.

—A ver, Jack —dijo—. Tenía la impresión de que estabas coladito por mi mujer. Ya veo que es así, qué patético. Si no te largas de mi casa, te echo a patadas.

Jack sonrió. Metió la mano en el bolsillo del plumífero y sacó su revólver Taurus del calibre 44 mágnum, la misma pistola con la que había matado a Matthew Beaumont en un pueblo a las afueras de Boston. Parecía que habían pasado años. Le apuntó al pecho.

—¿Cómo te apellidas, Eric? Creo que no lo sé.

Eric miraba petrificado el revólver sin parar de mover la mandíbula como si mascara algo.

—Hum —dijo al rato.

—Voy a matarte, Eric. Me da igual cómo te apellides, era simple curiosidad.

Eric levantó la vista del revólver y miró a Jack a la cara.

—¿Por qué?

—¿Por qué voy a matarte o por qué quiero saber tu apellido? Voy a matarte porque eres un perdonavidas y un cobarde, no me gustas. Y resulta también que estás casado con alguien que sí me gusta. Si te asesino, su vida mejorará y seguro que la de muchas otras personas. También voy a matarte porque se me está dando bien esto de eliminar a gente, así que me apetece sacar partido a este nuevo talento que he empezado a cultivar algo tarde en la vida. Por la cara que pones, sé que no entiendes nada. Te lo diré con palabras sencillas: vas a morir porque quiero que estés muerto.

—Escucha, Jack, si esto tiene que ver con Margaret…, si te has enamorado de ella o lo que sea, podemos arreglarlo. Joder, esto es…

Por un instante apenas, Jack estuvo tentado de alargar la conversación y contarle a aquel hombre cómo había dedicado los dos últimos años de su vida a planearlo todo. Y lo que había logrado. La idea era tentadora, sería como el monólogo del supervillano en una película de James Bond, pero Eric no le habría prestado atención de verdad. Ya estaba buscando la forma de salvar la vida con el cuerpo bullendo de adrenalina. Así que le disparó en el pecho, justo en el centro, y lo vio desplomarse en el sofá blanco con gesto de perplejidad y dolor.

Se levantó y se asomó por las ventanas que daban a la calle para ver si alguien que pasaba por allí había oído el disparo. Después Jack se agachó junto al cuerpo de Eric y le puso dos dedos en el cuello para tomarle el pulso. No había. En la mesa, junto a la lata de cerveza, estaba el móvil de Eric. Estaba bloqueado, pero no importaba. Siempre se podía llamar a emergencias. Se guardó el teléfono en el bolsillo delantero, metió la pistola en la bolsa de viaje y salió de la casa, aunque antes paró un segundo a mirar una pila de correo sin abrir que esperaba sobre el aparador del vestíbulo. El primer sobre estaba dirigido a Margaret Hutchinson, y el siguiente, a Eric Miles. Por lo visto, Margaret conservaba su apellido de soltera. Le resultaría más fácil no tener que cambiar el carné de conducir y las cuentas bancarias.

Ya a una milla de su residencia de West Hartford, detenido en un semáforo en rojo, Jack llamó a emergencias. Les dio la dirección de Margaret Hutchinson y Eric Miles, y dio aviso de que habían disparado a un hombre. Lo menos que podía hacer era ahorrarle a Margaret tener que ver a su esposo muerto al llegar a casa después del trabajo. Cuando se incorporó a la interestatal 84 en dirección norte, lanzó el teléfono de Eric por la ventanilla del coche.

Era un martes de noviembre más en casi todo el mundo. Pensó en su esposa y en lo que haría en ese momento. Estaría bebiendo vino *chardonnay* y viendo uno de esos programas de la tarde que tanto le gustaban. Seguro que estaba con *Jeopardy!* o *PBS NewsHour*. Cuando descubrieran lo que había hecho, irían a hablar con ella, cómo no. Le harían preguntas, quizá incluso quisieran averiguar si lo ayudó de algún modo. Como mínimo, le preguntarían por qué lo había hecho. Puede que ella les hablara del glioblastoma y de la manera como cambió su personalidad con el diagnóstico y el tratamiento. Se lo había dicho muchas veces a él también, estaba convencida de que estaba diferente. Puede que tuviera razón. De hecho, *había* cambiado algo después de aquel calvario: lo hizo consciente no solo de lo insignificante que era él, sino todas las personas que habitan este mundo. Por supuesto, fue por esa época cuando empezó a fantasear con el asesinato de los hijos de la Sociedad Pirata y con arreglar el mundo.

¿Les hablaría también de su hija y de cómo murió un año después de terminar la universidad? También cambió entonces, pero era de esperar. Por segunda vez tuvo que aprender que el mundo se deshacía con gusto de sus moradores jóvenes y bellos. No había ningún orden, tan solo caos. Elaboró aquella lista para restaurar el orden, pero su esposa no iba a atar esos cabos. Lo más seguro era que nadie lo hiciera.

Ya era tarde cuando entró con el coche en el aparcamiento desangelado del Windward Resort. Al salir notó el aire frío y salobre, y lo invadió el peso de la tristeza que siempre acompañaba al olor de la costa.

La joven de recepción le tomó los datos y le sonrió con una mirada vacía. Estaba claro que no le habían dicho que estuviera pendiente por si alguien se registraba con el nombre de Jonathan Grant. Le preguntó si tenía una tabla de mareas y rebuscó en el cajón del mostrador hasta que dio con una.

—¿Va a salir de pesca, señor Grant?

—No, solo bajaré a la playa.

—Es muy agradable en esta época del año. Está vacía.

Lo miraba de frente, pero se le iba la mirada a un lado de la cabeza. Se peinaba siempre de forma que quedara cubierta la cicatriz blanca de la operación cerebral de hacía tres años, pero esa vez había olvidado hacerlo antes de entrar en el hotel.

Subió a la segunda planta por las escaleras y recorrió un pasillo oscuro y deslucido hasta llegar a su habitación. De niño el lujo del hotel lo había deslumbrado. O tal vez fuera la libertad que sintió siendo tan joven al recorrer aquel lugar, con el enorme comedor, la luz tenue del salón y los interminables pasillos. Ahora solo le resultaba viejo y triste. Los pasillos olían a sopa enlatada y desinfectante.

En la habitación el olor era peor. Allí examinó la tabla de mareas, donde vio que la marea baja iba a ser a la 1:49 de la mañana, y la alta, a las 7:53.

Era perfecto. No iba a tener mucho tiempo para hacer lo que tenía pensado, pero le bastaría. Abrió una botella de Macallan 25 y se sirvió unos dedos en el vaso de agua del aseo. Luego, se sentó a la mesa y redactó la carta.

Nada más dar las doce de la noche, vació el *whisky* escocés en una petaca de plata de ley que tenía desde la universidad y abandonó el hotel por la puerta que daba al aparcamiento trasero. El viento seguía silbando frío sobre el asfalto desierto. Jonathan llevaba botas de agua, vaqueros con forro de franela y un jersey de pescador grueso bajo la parka. Siempre había detestado el frío y, a pesar de lo que se disponía a hacer, le incomodaba aquella temperatura. Se puso el gorro de lana que guardaba en el bolsillo y cruzó con determinación Micmac Road hacia el espigón.

Era una noche despejada y el cielo estaba salpicado de estrellas con la luna creciente. No le costó caminar por la playa sin ayuda de luz, a pesar del viento húmedo que le tiraba de la parka. Cuando llegó al rompeolas, se arriesgó a encender un instante la linterna para localizar el lugar donde habían dejado morir a su hermana hacía más de cincuenta años. Ya había explorado aquel lugar mientras esperaba a Frank Hopkins. No podía estar seguro de que aquel fuera el punto exacto, pero se aproximaba lo bastante: una grieta al pie del muro de piedra por la que apenas podía colarse un adulto. La examinó, una poza de marea reflejaba la luna y algo se escabulló cuando hundió la bota en la arena húmeda.

Sacó las pastillas del bolsillo de los vaqueros y se las tragó con el *whisky* que quedaba. Se arrodilló y escurrió bajo las rocas y su manto de algas hasta dar con una postura que no era exactamente cómoda pero tampoco dolorosa. Se estaba bien acurrucado en la oscuridad de las rocas, también cuando el agua helada empezó a entrar y salir, y a salpicarle de vez en cuando la cara. Notó el sabor de la sal en los labios. Un estruendo le llenaba los oídos, y el agua, todas las cavidades alrededor. Algo, un cangrejo quizá, le rozó la nuca. Cerró los ojos y pensó en Faye. Estaba agotado de verdad. El sonido del agua que entraba y salía de la cueva era casi relajante, como un siseo. Dentro. Sss. Fuera. Sss.

Pensaba que iba a tener más frío. Quizá por estar a resguardo del viento. Quizá por el efecto de las pastillas y del *whisky*. Sabía que era trampa asegurarse de estar inconsciente cuando subiera la marea. Faye no tuvo ese lujo. Pero no era perfecto. Nunca lo había sido.

NINGUNO

Matthew Beaumont

Jay Coates

Ethan Dart

Caroline Geddes

Frank Hopkins

Alison Horne

Arthur Kruse

Jack Radebaugh

Jessica Winslow

1

Viernes, 2 de diciembre, 17:13

Sam Hamilton se acomodó en un taburete de la barra del Windward y pidió una cerveza IPA Shipyard.

—Hola, Sam. —Shelly miró hacia él mientras le servía—. Me alegra ver una cara conocida. Este año la temporada alta ha llegado en diciembre.

—Ah, ¿sí?

—Esto está lleno de curiosos.

—¿Y qué les dices?

—Según cómo tenga el día. Suelo contarles la verdad, que no lo vi aquella noche. Aunque para divertirme les dije a un par de tipos que había invitado a todo el bar. Lo cierto es que habría estado bien, ¿no te parece? Si luego iba a ahogarse en el espigón…

—Habría sido generoso de su parte.

—Exacto, a eso me refiero. Si no puedes llevarte nada al otro barrio, al menos paga una ronda a los que dejas por aquí. ¿Te quedas a cenar?

—Aún no lo he decidido —respondió Sam.

—No hay prisa. El plato del día es lubina y Thomas me ha dicho que está deliciosa.

Shelly fue al otro extremo de la barra y sirvió dos copas de vino a una pareja de mediana edad.

—Shelly, corrígeme si me equivoco —le dijo Sam cuando volvió—. Aquí sigue habiendo una biblioteca, ¿verdad?

—¿Una biblioteca?

—Sí, con libros para leer mientras se está aquí alojado.

—Ah, claro. En la tercera planta.

Dio un buen trago a la cerveza. Le entró impaciencia por subir y echar un vistazo a la biblioteca. Acababa de recordarla, una sala con estanterías que llegaban hasta el techo y repletas de libros donados. Murray, el padre de Frank Hopkins y primer dueño del Windward Resort, la puso en marcha hacía mucho. Tenía un cartel descolorido hecho a mano que decía algo así como «El rincón de lectura del tío Murray». La descubrió porque un par de años atrás iba a pasar alguna que otra noche al Windward con una agente inmobiliaria divorciada de York. Por motivos que nunca entendió, no quería ir al apartamento de Sam, pero se encontraban en el hotel, pasaban juntos una hora nada más y luego lo dejaba solo en una habitación que no necesitaba. En una de esas noches, dio con la biblioteca

del tío Murray. La colección nació cuando el Windward era un auténtico centro de vacaciones y había familias que pasaban allí un mes o incluso todo el verano.

Estaba claro que Jack Radebaugh escribió una nota en su última noche, después de registrarse en la habitación 207. En el escritorio aparecieron un bolígrafo y hojas en blanco. Pero no habían encontrado nada. La hipótesis era que fue con ella al espigón y se la llevó la marea. Sam había pensado mucho en esa teoría y no le encajaba. Si la había escrito —una confesión quizá—, ¿por qué no la dejó en la habitación del hotel? A no ser, claro está, que como el asesino de *Y no quedó ninguno* sintiera la necesidad de escribir una carta para explicar por qué y cómo lo hizo todo, pero luego la escondiera. El asesino del libro metió la carta en una botella y la lanzó al mar. ¿Hizo Jack Radebaugh lo mismo? ¿O la escondió de alguna otra manera?

Sam, que había releído la novela de Christie dos veces en las últimas semanas, recordaba que el asesino se debatía entre el deseo de legar para la posteridad un misterio perfecto y el de ganar la admiración de todo el mundo para su talento. No paraba de darle vueltas. Había llegado a conocer muy bien a Jack Radebaugh desde que encontraron su cadáver atrapado al pie del rompeolas de la playa de Kennewick. Todas sus víctimas, con la excepción de Frank Hopkins, eran hijos de antiguos huéspedes del Windward Resort y, aunque las fechas no estaban del todo confirmadas, todos se alojaron allí de niños, en la época en que se ahogó Faye, la hermana de Jack. Daniel Horne, el padre de Alison Horne, era quien mejor recordaba el ahogamiento de la pequeña. Les contó a los detectives del FBI que Jack y Faye iban con una pandilla de críos que se hacía llamar la Sociedad Pirata.

—¿Quieres otra? —preguntó Shelly con la mano en el tirador de cerveza.

—Ahora no, luego vuelvo. Voy a ver la biblioteca. ¿Está abierta?

—Debería estarlo. ¿Qué iban a robar ahí? ¿Un libro?

La puerta no estaba cerrada con llave. Sam dio a tientas con el interruptor de la luz y la habitación cobró vida entre centelleos, un espacio sin ventanas no mucho mayor que cualquier habitación de hotel. Había unas cuantas butacas de polipiel desperdigadas por la moqueta de color burdeos. Olía a libros mohosos y a alfombra más mohosa todavía.

Decidió revisar las estanterías en el sentido de las agujas del reloj. No tenía claro qué buscaba, pero sí que lo sabría en cuanto lo tuviera delante. Quizá un libro sobre ahogados o piratas. Por remota que fuera, cabía la posibilidad de que Jack Radebaugh escribiera una confesión para luego esconderla en un lugar donde lo más probable fuera que nunca la encontraran. La primera sección era de novelas en tapa dura, lo indicaba una cartela escrita a mano y casi ilegible ya. Los libros estaban por orden alfabético de autor, casi todos eran novelas que fueron populares cuarenta

o cincuenta años antes. Muchos títulos de Michener y Leon Uris, y toda una hilera de Catherine Cookson. Algunas novelas más modernas sueltas, bastantes de John Grisham y la mar de libros en tapa dura de Stephen King.

Pasó a la historia y luego a las biografías. También había una generosa sección de novelas de bolsillo, sobre todo románticas y de suspense. En el apartado de Ross MacDonald vio un libro de bolsillo titulado *Con el agua al cuello* y lo hojeó. Nada.

Pensó entonces en Agatha Christie. Le costó dar con un estante con una docena de sus libros. Allí estaba: *Diez negritos*. Sacó el ejemplar de bolsillo. La cubierta era azul y en ella aparecía la estatua de madera de un indio que estaban decapitando con un hacha. Sacudió el libro y lo hojeó. Tampoco había nada.

La última sección ocupaba los estantes a menor altura y era de libros infantiles. Sam se agachó y examinó los títulos. Había muchísimos de Nancy Drew y de los hermanos Hardy, no faltaban ni los gemelos Bobbsey. Los cuentos ilustrados tenían los lomos tan finos que le costaba leer el título, así que los fue ojeando. Unos cuantos los había leído de niño, como *Los cinco y el tesoro de la isla*, de Enid Blyton, que lo transportó a la casa de su abuela en Yorkshire y a su enorme colección de Blyton. Lo sacó (¿cómo había ido a parar aquel libro a Maine?), lo empezó a leer por encima y por un rato se dejó llevar por la historia. Pero debía seguir inspeccionando estantes. Descartada Christie, se le ocurrió que tenía más opciones de encontrar la nota precisamente en esa sección, en la de libros para niños. Si el ahogamiento de Faye Grant desencadenó aquella serie de asesinatos, sucedió cuando su hermano Jack solo tenía doce años. Siguió buscando.

Había sacado varios libros, todos los que tenían aspecto de haber estado allí ya en 1956, y estaba a punto de darse por vencido cuando se fijó en un lomo que le resultó conocido: *Peter Pan*, de Walt Disney. Lo tenía uno de sus primos de Alabama. Era el libro de la película de animación y de niño a Sam le encantaba todo lo que tenía que ver con esa historia. Además, trataba de piratas. Y no solo eso: una de las escenas que siempre recordaba Sam era aquella en la que el Capitán Garfio amenaza con abandonar a Tigridia para que se ahogue con la marea. A Sam se le aceleró el corazón al recordar ese detalle.

Sacó el libro de la estantería y lo abrió. Tres hojas de papel dobladas se deslizaron de entre las páginas del libro y cayeron a sus pies.

A quien pueda interesar:

Supongo que llegará el día en que alguien lea esta carta. Quizá ese primer lector sea un astuto agente de policía o un federal o quizá pasen muchos años; puede que una madre encuentre este libro en un mercadillo y, con él, una pieza de una historia olvidada.

Seas quien seas, te pido disculpas de antemano tanto por la letra, como por el

tema que nos ocupa. Quiero explicar por qué lo hice. Quizá para que lo comprendan, quizá solo quiero ponerlo por escrito para explicármelo a mí mismo. Imagino que en el fondo confío en que alguien termine leyendo estas palabras, pero jamás lo sabré si no es así.

Con esto, comienza mi historia.

En 1956 mi madre nos llevó a mi hermana Faye y a mí al Windward Resort para pasar los meses de julio y agosto. En esa época vivíamos en Hartford y mi padre acudía a acompañarnos casi todos los fines de semana. Por entonces muchas familias veraneaban así, aunque la costumbre pronto pasó de moda y hoy es impensable la idea de tomar dos meses de vacaciones si los padres quieren conservar su puesto de trabajo.

Ese verano Faye y yo nos sentíamos en el paraíso. El hotel estaba a orillas de la playa y éramos libres para ir adonde quisiéramos, siempre y cuando acudiéramos con puntualidad a comer y cenar con nuestra madre. Había también otros muchos niños de veraneo y pronto formamos un grupo muy unido. De aquella época de mi vida recuerdo más las emociones que los detalles cotidianos. Era un doceañero que nunca había tenido tantos amigos y de pronto tenía una decena.

Éramos una pandilla en toda regla. Por supuesto, a estas alturas se me habrían olvidado algunos nombres, pero como me apasionaba la lectura, me había aficionado a escribir un diario. Era un cuaderno más bien, lleno dibujos, listas, planos e ideas. Aquel verano debí de llevarlo conmigo a la biblioteca del tercer piso del Windward, donde los miembros de la recién fundada Sociedad Pirata se reunían después de cenar. Lo digo porque anoté en sus páginas el nombre de todos, con el título «La Sociedad Pirata del Windward Resort».

Jack Grant
Meg Gauthier
Danny Horne
Gary Winslow
Deborah MacReady
Wayne Coates
Art Kruse
Paula Shepherd
Frank Hopkins

Al final de esta lista dejé una línea en blanco y debajo escribí el nombre de mi hermana, Faye Grant, seguido de la palabra «aspirante». Los miembros de la Sociedad Pirata no estábamos del todo dispuestos a que una niña de solo diez años fuera miembro de pleno derecho del grupo.

No recuerdo si nos llamamos Sociedad Pirata antes o después de que alguien hojeara el libro de *Peter Pan*. Sí recuerdo que nos creíamos ya mayores para llamarnos «piratas», así que añadimos lo de «Sociedad» para que sonara más sofisticado. También recuerdo estar leyendo el libro con el grupo cuando Wayne dijo que había visto la película el verano anterior. Era mentira, todos sabíamos que no se proyectaba en el cine desde hacía años.

Tampoco recuerdo quién propuso que, para iniciar a Faye en nuestra Sociedad, podíamos maniatarla y obligarla a entrar en la cueva secreta que habíamos encontrado al pie del espigón cuando bajara la marea. La idea debió de surgir mientras leíamos *Peter Pan* porque así quiso el Capitán Garfio matar a Tigridia. No olvidaré el dibujo de Tigridia mientras Peter Pan y el Capitán Garfio se enfrentan en un combate con espadas. La llevo grabada a fuego en el

subconsciente.

A alguien se le debió de ocurrir.

Si Faye sobrevivía cuando subiera la marea igual que Tigridia, se convertiría en miembro oficial de la Sociedad Pirata.

Todos hasta el último estuvimos de acuerdo en que el plan era perfecto. Se lo presentamos en una de nuestras reuniones secretas en la biblioteca y aceptó sin pestañear. La verdad es que creo que habría accedido a cualquier cosa con tal de ser una más de la cuadrilla.

En mi recuerdo todo esto ocurrió en el transcurso de un solo día, pero no lo sé a ciencia cierta. De lo que estoy se- guro es de que Wayne Coates tenía una tabla de mareas y nos dijo que había bajamar a media tarde, cuando nos permitían bajar a la playa después de almorzar y hasta la hora de la cena. Recuerdo que estaba nublado y que chispeaba, así que teníamos la playa prácticamente para nosotros solos. Danny llevó una cuerda que había encontrado enredada en una trampa para langostas a medio hundir, aunque Faye se negó al principio a que la atáramos. Una de las chicas (diría que fue Meg) le dijo que no hacía falta que estuviera atada, pero que para superar la prueba de iniciación debía quedarse en la cueva hasta el último momento, hasta que el agua le pasara por encima de la cabeza. Solo entonces podría salir.

«Si sales un minuto antes, lo sabremos y nunca podrás ser Pirata».

Recuerdo esas palabras y también que se las repetimos todos una y otra vez a Faye, que nos escuchaba de pie con un bañador que le quedaba holgado, los ojos abiertos como platos, brazos y piernas como ramitas y la melena caída sobre una espalda frágil, y que asentía con energía, desesperada por complacer a los mayores.

Formamos un círculo a su alrededor y le advertimos que si se marchaba antes de tiempo, si le entraba el pánico y salía de la cueva sin que la marea la alcanzara, no volveríamos a hablar con ella en todo el verano.

Ninguno le dijo otra cosa.

Ninguno le dijo que solo era un juego.

Ninguno, que yo recuerde, le sonrió o le guiñó un ojo siquiera para que supiera que no iba en serio.

Todos vimos cómo se metió a rastra en la cueva cuando el agua ya empezaba a llenar las grietas y las pozas al pie del espigón. Se tumbó boca arriba con las manos a los costados.

Y después nos olvidamos de ella entre carreras y risas. Luego empezó a llover a cántaros y nos refugiamos en la sala de juegos del hotel. Pasamos la tarde con juegos de mesa.

A la hora del cóctel, mi madre preguntó por Faye. Por supuesto, le dije que no sabía dónde estaba y avisé a los demás Piratas para que no mencionaran lo que le habíamos hecho a mi hermana. Creo que ya estaba preocupado, que me preocupaba por Faye, pero también pensaba que estaría bien y que se habría escondido en otra parte para meternos a nosotros en un lío.

Pronto corrió la voz de que la niña había desaparecido y varios adultos salieron a buscarla por el terreno del hotel y por la playa. La pandilla se reunió en el comedor cuando aún quedaba gente y prometimos guardar el secreto para siempre.

No encontraron su cuerpo hasta después del anochecer. Seguía metido en esa pequeña cueva cuando la marea volvió a bajar.

Aunque han pasado sesenta años, no he olvidado lo que le hice a mi hermana con esos ocho niños. Puede que no le atáramos las manos a la espalda como

pensamos al principio, pero nuestras palabras fueron igual de efectivas.

Me he pasado la vida pensando en Faye y en cómo serían sus últimos momentos, en lo que debió de ser para ella mo- rir allí sola cuando subió la marea. No sé si intentó salir por debajo de las rocas o si esperó con determinación hasta el último momento, con la esperanza de causar buena impresión a unos niños mayores que se habían olvidado de ella. Quizá pasó tanto frío tumbada entre las gélidas aguas del océano Atlántico que los músculos ya no le respondían. En quién pensaría al morir. Supongo que en nuestros padres. En mamá. Quizá pensaba en su hermano mayor, que sabía dónde estaba. Quizá guardaba la esperanza de que volviera a rescatarla.

Hace un par de años contraté a un detective privado para encontrar a los integrantes de la Sociedad Pirata. Para mi sorpresa, seguían todos vivos y, con excepción de Frank Hopkins, todos tenían hijos. Ya había comenzado a elaborar un plan. A mi edad, me había quedado claro que no hay justicia en el mundo. Siempre hay malas personas que no reciben ningún castigo, mientras que hay inocentes con un sufrimiento atroz. Tras la muerte de Faye, mis padres jamás volvieron a ser los mismos. Perdieron la fe en el mundo y diría que ninguno de los dos volvió a sentir verdadera alegría. Decidí que el mejor castigo —el único en realidad— para los responsables de la muerte de mi hermana era que ellos también perdieran a un hijo.

No ha sido simple venganza. Es mucho más. Karma, tal vez. Tenía el dinero y la voluntad para encargarme de aquello que el mundo natural nunca iba a hacer. Podía arreglar una pequeña parcela del mundo.

¿Era justo que esas personas perdieran a un hijo por una irresponsabilidad que cometieron a los diez u once años? Claro que no, pero la vida rara vez es justa con nadie. No fue justo para mis padres que les arrebataran a su pequeña, como tampoco ha sido justa la vida conmigo. Perdí a mi hija en el mejor momento de una vida feliz y mi mente se ha vuelto contra mí de muchas formas. Seguro que mi exmujer se lo contará todo.

No ha sido plato de buen gusto asesinar a ocho inocentes, pero era lo único que podía hacer. Sé que, dentro de la dila- tada historia de la humanidad que habita este planeta, mi pequeño acto de castigo es minúsculo, pero ha sido algo. Quienes piensan que un agravio no se subsana con otro nunca han sido agraviados.

Tengo la mano ya entumecida y ha pasado la medianoche, así que seré rápido con el resto. Cuando has ganado un mi- llón de dólares muchas veces, se te abren muchas puertas. No voy a dar nombres, pero con dinero no solo pude comprar información, sino tener vigilados a todos mis objetivos. Sabía dónde iban a estar y cuándo. Conocía sus puntos flacos y sus fortalezas. También pude comprarles una muerte sin dolor. A todos menos a Frank Hopkins. A él lo ahogué cerca de la tumba marina de Faye e incluso le susurré su nombre al oído mientras moría.

Matthew Beaumont era hijo de Debbie MacReady. Era una niña apocada que apenas abría la boca, pero recuerdo bien su risilla casi histérica, sobre todo cuando Faye se deslizó bajo la roca que iba a ser su última morada.

Matthew tenía bastante dinero y pensé que podría contratar un servicio de seguridad privado para protegerse cuando recibiera la lista. Por eso es por lo que lo eliminé pronto. Yo mismo fui al bosque de Dartford y le disparé por la espalda. Parecía muy tranquilo sobre el manto anaranjado de agujas de pino.

Arthur Kruse Junior era hijo de Art Kruse y mis fuentes me informaron de que Art renegó de él porque era gay. No me sorprendió, recuerdo que el pequeño Art era el más fanático de la Sociedad Pirata, todo un tirano. Se decepcionó mucho cuando el grupo descartó la idea de atar a Faye. Incluso me planteé la opción de

matar al padre en lugar de al hijo, pero eso habría ido en contra de mi plan. Y, si hay algo que me gusta en la vida, es el orden. Aun así, me aseguré de que Arthur no sufriera, murió mientras dormía y la policía vigilaba su casa. Una fuente que permanecerá en el anonimato me proporcionó el bote de monóxido de carbono y el ingenioso temporizador.

Después de asesinar a Arthur Kruse, me dirigí a Albany con la intención de colocar un artefacto explosivo en el coche de Jessica Winslow, pero nada más llegar me di cuenta de que su casa y su vehículo estaban muy bien custodiados. No hay que olvidar que era agente del FBI. Había cometido un error, debería haberla matado antes.

Jessica era hija adoptiva de Gary Winslow, el mayor de la Sociedad Pirata, quien debería haber impedido que hicié- ramos aquello. Él o yo mismo, por supuesto. Sin embargo, todos seguimos a Gary. Aunque quizá sea un recuerdo falso, lo veo diciendo que éramos piratas pero de los buenos.

Toda una vida de éxito dedicada a los negocios me ha enseñado mucho. Una de las lecciones más importantes es que no puedes hacer todo tú solo y que a veces conviene delegar trabajo en especialistas. Eso hice para eliminar a Jessica. Me avergüenza un poco reconocer que contraté su asesinato, pero sabía que se había marchado de la ciudad y que tenía escasas posibilidades de encontrarla y asesinarla sin que algo lo impidiera o alguien me descubriera. Pagué mucho para que hicieran bien el trabajo.

En comparación con lo de Jessica, asesinar a Jay Coates fue relativamente sencillo y me encargué yo mismo. Tenía información suficiente como para saber que no era muy diferente al psicópata de su padre. Recuerdo cómo disfrutó Wayne Coates con el rito de iniciación de mi hermana. También recuerdo que siguió alegre después, cuando todos teníamos claro que algo había ido muy mal.

El FBI nunca localizó al verdadero Jay Coates. De hecho, no sé si llegó a recibir la lista porque me enteré de que un Jay Coates de Georgia dijo que le llegó una. No importa, la verdad; además, me sirvió en bandeja el asesinato de Jay, uno de los más fáciles. Lo seguí por Los Ángeles un sábado por la noche, a la espera de una oportunidad. A menos que fueran imaginaciones mías, él también estaba acechando a alguien: seguía a una joven borracha a la salida de un bar. Puede que mi asesinato evitara que Jay le hiciera algo terrible a aquella chica. Puede que la idea de restaurar el karma en el mundo empezara a dar sus frutos.

Caroline Geddes era hija de Meg Gauthier (mi primer beso, que también fue aquel verano), y Ethan Dart, de Pau- la Shepherd, la más callada del grupo. Qué raro que la lista uniera a Caroline y a Ethan justo antes de que acabara todo.

No fue sencillo planificar su muerte. Sin embargo, me enteré de que iban a reunirse en un pueblo de Illinois, en Makanda, así que solo me hicieron falta dos generosos sobornos: uno a un policía local y otro a una empleada de Rolling Brook Cabins que me proporcionó una llave maestra. Lo más difícil fue estar escondido bajo la cama y escuchar sus últimos momentos juntos. Eso sí, como con Arthur Kruse, me aseguré de que ni Ethan ni Caroline sufrieran dolor alguno. También sé lo felices que fueron al final. Quizá les hice un favor poniendo fin a su vida en ese momento. Puede que los salvara de una ruptura que destrozara a los dos. ¿De un amargo divorcio tal vez? ¿De la pérdida de un hijo? De algo los salvé, sin duda. Porque la felicidad siempre es pasajera.

Queda Alison Horne. Era hija de Danny Horne, que no solo ayudó a organizar la muerte de Faye a los doce años, sino que acabó abandonando a su propia familia por una sórdida aventura amorosa. No sé qué pensará Danny si sale a la luz que su viejo amigo de la infancia tuvo un romance con su hija antes de

asesinarla en las Bermudas.

Me sentí mal por Alison, desde luego. Me encantó pasar tiempo con ella en las Bermudas. Quería volver allí desde ha- cía años y fue una delicia ver ese viejo lugar de tormento a través de su mirada. También fue bonito hablarle de mi hermana y de lo que pasó. Imagino que no faltarán psicólogos que digan que eso fue en realidad lo único que hice desde el principio, que mi plan no era más que una forma enrevesada de hablarle al mundo de mi hermana. Dirán que quería que me encontraran. Quizá también sea cierto.

Sé que esta carta deja unas cuantas preguntas sin responder. Por ejemplo, ¿por qué me envié la carta a mí mismo y luego le di información al FBI sobre el Windward Resort? No tengo una auténtica respuesta, solo sé que me pareció lo correcto. Yo también soy culpable de la muerte de mi hermana y merecía estar en la lista, igual que merezco lo que está a punto de ocurrirme.

Quizá te preguntes por qué escribí la lista y la envié a las víctimas, ya que la idea me complicó el trabajo y les hizo vi- vir sus últimos días aterrorizadas. Como antes, lo único que sé decir es que me pareció lo correcto. Su muerte solo pretendía devolver algo de orden a un mundo sumido en el caos y la lista en sí era una parte de ese orden. Aparecer en ella solo les dijo algo que ya deberían haber sabido: que a todos nos aguarda la muerte.

¿Y qué hay de Eric Miles, mi vecino de Hartford? Aquí solo diré que merecía morir, más incluso que la mayoría de nosotros. Si quieres, puedes imaginarme como un basurero que va recogiendo las bolsas de basura que han tirado en la calle. Eric no era más que un despojo humano que se cruzó en mi camino por pura casualidad. No me costó un gran esfuerzo echarlo al camión.

Creo que ya no tengo más tiempo, así que no te seguiré aburriendo con mis reflexiones. Esconderé esta carta en un buen sitio y me iré al espigón con el *whisky* que queda. Pronto me reuniré con Faye. No será en el cielo, porque no creo que exista. Será en el otro sitio: en la fría nada que encontraremos todos cuando por fin abandonemos este mundo.

Que vuestros dioses se apiaden de vuestra alma.

Atentamente, Jack Radebaugh (Jonathan Borland Grant)

21 de junio de 1944-2 de noviembre de 2014

UNO

Matthew Beaumont

Jay Coates

Ethan Dart

Caroline Geddes

Frank Hopkins

Alison Horne

Arthur Kruse

Jack Radebaugh

Jessica Winslow

1

Domingo, 19 de marzo, 05:14

Hacía tanto tiempo que oía voces (algunas las reconocía, y otras, no) que ya empezaban a no decirle nada. Entonces, sin embargo, algunas empezaron a abrirse paso.

—Acaba de abrir los ojos —oyó.

Puede que fuera un sueño.

Volvía a estar en la oscuridad, pero una luz había parpadeado.

Algo que le gustaba de la oscuridad era que no había dolor.

Y hasta allí llegó una voz que reconoció —la de su madre—, las palabras se le quedaron flotando en la cabeza y recordó que una vez abrió los ojos. Así que intentó abrirlos de nuevo, pero no encontró nada más que negro y el ruido de máquinas. El ruido de la habitación donde estaba, haciendo lo que fuera que hacen las habitaciones.

A las siguientes voces y con el contacto de una mano en el brazo, volvió a separar los párpados. En esta ocasión la miraba un rostro. No lo reconoció, pero sonreía. Era de mujer, con pecas en el nacimiento del pelo y una finísima cicatriz en la barbilla.

—Caramba, hola —le dijo.

Al poco había tantas caras alrededor de la cama que solo mirarlas la alegraba y la agotaba en la misma medida. Al lado tenía a su madre, que no le soltaba la mano.

—¿Estoy muerta? —preguntó.

Tenía la voz ronca y le resultó extraña. Todo el mundo rio, aunque también hubo lágrimas.

—No, pero has estado cerca. —Era su médico—. ¿Qué recuerdas?

Movió despacio la cabeza de un lado a otro en busca de palabras con las que trasladar sus recuerdos.

—Trabajo para el FBI —dijo por fin.

—Así es, cariño —dijo su madre.

Tiempo después fueron a visitarla dos personas del FBI, se acordaba de ellas. Pasaron una tarde agradable, con la memoria llena de recuerdos y una franja de luz de verano que le cubría las piernas y les daba calor.

La mujer se llamaba Ruth Jackson y tenía la cara redonda y la voz grave. El hombre era Aaron Berlin y no paraba de ponerse de puntillas una y otra vez, como dando saltitos. Sabía que había sido algo más que su compañera de trabajo. Le llegaban instantes como diapositivas

proyectadas sin seguir ningún orden: los dos enredados en las sábanas y las carcajadas al tratar de salir de ellas, el hombre golpeando una puerta para que le dejara entrar.

—Tienes buen aspecto —le dijo Ruth Jackson.

Se le ocurrieron unas cuantas respuestas sarcásticas, pero las borró de la mente.

—Gracias, tú también. Bonito traje.

Ruth sonrió y a su lado Aaron se puso de puntillas y volvió a bajar sin sacar las manos en los bolsillos.

—Nos ha dicho el médico que vas recuperando la memoria.

—Esta misma mañana he recordado todo el séptimo curso de golpe. Ha sido terrorífico.

Ruth rio y eso le hizo recordar cuánto le gustaba divertir a los demás.

—Lo siento mucho —le dijo Ruth.

—¿Solo recuerdas cosas de hace mucho tiempo?

—¿Podéis sentaros? —les preguntó—. Me encanta hablar con vosotros dos, pero tú me vas a volver loca con los saltitos, Aaron.

Los federales se rieron y a ella le pareció que también era de alivio. Se sentaron en unas sillas de plástico. Ruth ocupó la que estaba a su lado.

—¿Recuerdas por qué estás aquí?

—Sé que me pegaron un tiro, pero no sé el motivo.

—Oh, vaya.

Ruth frunció el ceño y miró al techo como si tratara de elegir la siguiente pregunta.

—¿Te acuerdas de una lista?

—Sé que me preguntaron por una, pero ya estaba en esta cama. No recuerdo quién fue.

—Sería yo, imagino que aún no estabas preparada. En cualquier caso, si estás aquí, es por esa lista.

—Oh, tenéis que contármelo. Nadie me dice nada y no paro de pensar que hice algo horrible.

—No hiciste nada malo.

Se incorporó en la cama y ese ligero movimiento casi le nubló la vista.

—Habladme de ella. Quiero saber toda la historia y por qué he terminado aquí.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy.

—De acuerdo. Te contaré lo básico, avísame si te cansas o si te supera.

Sintió un cosquilleo en los brazos y cogió aire.

—Empieza ya, necesito enterarme. ¿Cómo es la historia?

—No muy buena, diría yo.

—No está mal del todo —dejó escapar Aaron, que echó hacia delante la silla.

Los miraba del uno al otro, una parte de ella quería conocer la historia y

otra se resistía.

—Cierto —dijo Ruth—. No está mal del todo, pero basta de hablar de gustos y empecemos con el relato, ¿te apetece, Jessica? Así podrás juzgarlo tú misma.

Menciones

Martin Amis, Jane Austen, Danielle Bartlett, Lawrence Block, Angus Cargill, Agatha Christie, Caspian Dennis, Victoria Dillman (gracias por el título), T. S. Eliot, Bianca Flores, Joel Gotler, John Grindrod, Kaitlin Harri, David Headley, David Highfill, Tessa James, Weldon Kees, Philip Larkin, John D. MacDonald, Louis MacNeice, Sara Paolozzi, Sophie Portas, Josh Smith, Nat Sobel, Muriel Spark, Virginia Stanley, Sandy Violette, Judith Weber, Dave Woodhouse, Adia Wright y Charlene Sawyer.

1 Es *La canción de amor de J. Alfred Prufrock*, de T. S. Eliot. *(N. de la T.)*.

Título original: *Nine Lives*

Edición en formato digital: enero de 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 9788410183032

Conversión a formato digital: www.acatia.es